

A close-up photograph of a hand holding a blood-stained knife against a black background. The hand is positioned on the left side of the frame, gripping the handle of the knife. The knife's blade is the central focus, showing significant blood splatters and smears. The background is a solid, dark black, which makes the hand and the metallic blade stand out prominently. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the skin and the sharp edge of the blade.

TRAIDORES QUE CAMBIARON LA HISTORIA

JOSÉ MANUEL LECHADO



TRAIDORES QUE CAMBIARON LA HISTORIA

JOSÉ MANUEL LECHADO



PUNTO
DE VISTA
EDITORES

ISBN: 978-84-15930-52-5

© José Manuel Lechado, 2015

© Punto de Vista Editores, 2015

<http://puntodevistaeditores.com>

info@puntodevistaeditores.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

[EL AUTOR](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO I. JUDAS, EL MALDITO](#)

[CAPÍTULO II. AKENATÓN, EL TRAIADOR A LOS DIOSES](#)

[CAPÍTULO III. TRAICIONES GRIEGAS: LA ESTELA DE EFIALTÉS](#)

[CAPÍTULO IV. ROMA NO PAGA A TRAIADORES](#)

[CAPÍTULO V. ARMENIA, MODELO DE PODREDUMBRE MEDIEVAL](#)

[CAPÍTULO VI. LA TRA\(D\)ICIÓN MEDIEVAL HISPANA](#)

[CAPÍTULO VII. EL ISLAM](#)

[CAPÍTULO VIII. ANTONIO PÉREZ Y LA LEYENDA NEGRA: LA DECADENCIA QUE NO CESA](#)

[CAPÍTULO IX. INGLATERRA: DE JUAN SIN TIERRA A OLIVER CROMWELL](#)

[CAPÍTULO X. LA ESTELA DE LOS LIBERTADORES](#)

[CAPÍTULO XI. FRANCIA: DE REVOLUCIONARIOS Y EMPERADORES](#)

[CAPÍTULO XII. DERECHO DE SECESIÓN](#)

[CAPÍTULO XIII. GUERRAS Y ENTREGUERRAS: LA TRAICIÓN COMO OFICIO](#)

[CAPÍTULO XIV. ESPAÑA, SIGLO XX: DE ESPADONES Y CAUDILLOS](#)

[CAPÍTULO XV. DE LA GUERRA FRÍA A LA WAR ON TERROR](#)

[EL FUTURO DE LA TRAICIÓN](#)

EL AUTOR

José Manuel Lechado nació en Madrid el 17 de mayo de 1969. Se licenció en Filología Árabe e Islam por la Universidad Autónoma de Madrid. Prepara la tesis doctoral y ha terminado el primer curso de Dramaturgia por la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid.

Entre sus actividades profesionales, aparte de escritor, ha sido músico de rock, editor de fanzines, anticuario y vendedor de chachivaches, negro literario...

Se ha dedicado fundamentalmente al ensayo histórico y político, aunque también escribe narrativa, artículos periodísticos y teatro. Entre sus libros publicados se encuentran: *Diccionario de eufemismos y expresiones eufemísticas del español actual*, *Diccionario general de símbolos, señales, signos e iconos*, *Globalización y gobernanzas: ¿una amenaza para la democracia?* (libro con el que ganó el I Premio de Ensayo de la Obra Social de la Caja de Madrid), *La movida: una crónica de los 80*, *¿Estética o antiestética?*, *La globalización del miedo*, *El camino del Cid*, *El mal español: historia crítica de la derecha española*, *La gran aventura de los vikingos en España*, *La gran aventura de los samurais en España*, *Un paseo por el siglo de los indomables*, *La Movida... y no sólo madrileña*.

Como investigador ha recuperado la obra de Vicente Blasco Ibáñez *Crónica de la Guerra Europea de 1914*, con un amplio resumen y estudio publicado en 2014 con ocasión del centenario de la I Guerra Mundial.

En un plano más literario ha publicado diversos relatos históricos, políticos, líricos y de ciencia-ficción como *El año de la cosecha* (I Premio de Relatos de la revista *Beleño*), *La muerte de Dios*, *Sin título*, *El oro del Sudán*, *Siempre tenían frío* o *Terraforma*, entre otros. Ha participado en las

novelas colectivas *La rebelión de los delfines* y *Voces para un blues negro*. Con su novela *La cuarta salida* fue finalista del Premio Río Manzanares de Novela 2005.

En cuanto a su trabajo como dramaturgo ha estrenado adaptaciones de *Luces de Bohemia*, *Cabaret* y *Los Pasos* de Lope de Rueda, así como su obra original *El Peñón es nuestro*, sátira política de lo más irreverente.

A Maele

INTRODUCCIÓN

Todo empezó a la orilla de un río. Osiris, espíritu de la vegetación que florece cada año, vivía feliz y confiado junto a la dulce Isis, su hermana y esposa, diosa madre y protectora de la familia. El Nilo, rincón privilegiado en medio de un desierto implacable, regaba ese oasis de prosperidad siempre asediado por la amenaza del hambre y la sed. El propio río africano que fertilizaba la tierra egipcia a veces traicionaba la fe humana retrasando u olvidando su crecida anual, pero estas miserias, en todo caso, no afectaban a los dioses.

Dioses que, sin embargo, no se ven libres de otras pobreza humanas. Set, hermano de Isis y Osiris, envidiaba la felicidad de éste, y codiciaba en secreto a la mujer de su hermano –que era a su vez hermana suya–, por lo que en un arranque de celos lo encerró por la fuerza en un sarcófago y lo arrojó al curso del río, esperando que las aguas lo llevaran al eterno olvido. Pero Isis, desesperada por la ausencia de su amado, lo rescató de la corriente sólo para que Set, abundando en su malicia, atacara de nuevo a su hermano, esta vez con recursos más expeditivos. En efecto, el dios maldito despedazó a Osiris y desperdigó sus restos por todo Egipto.

Su traición no sólo buscaba una calma comprensible de sus ansias más o menos venéreas, sino que perseguía objetivos mucho más vulgares, por ejemplo la conquista del poder supremo entre los dioses y el dominio de la Creación. Como suele ocurrir en las leyendas ejemplares, el malvado Set no conseguiría su meta: Isis recorrió infatigable los desiertos y reunió todas las partes del cuerpo de su esposo con la excepción del falo, que no apareció por ninguna parte. Isis, diosa de la vida, resucitó a Osiris, y éste, abrumado por el amor de su hermana-esposa, engendró en ella a un hijo

—por expediente similar al del Espíritu Santo—, Horus, que con el tiempo se convertiría en rey de los dioses y vengaría el asesinato de su padre.

Asesinato y venganza, una constante en esta orilla occidental del mundo cargada de fatalismo, pero también de esperanzas. Y amor, un sentimiento cuya fuerza creemos capaz de superar todos los imposibles, incluidas carencias físicas y desenlaces fatales.

En el antiquísimo mito de Osiris encontramos los grandes argumentos de todas las civilizaciones del entorno mediterráneo: el ciclo eterno de la vida, la resurrección, el poder del amor y, para lo que nos ocupa, el fatalismo que impide la perfecta felicidad: en el mejor de los mundos siempre planea, como una sombra, la posibilidad de la traición.

Fe y confianza. Los humanos somos seres sociales desde siempre. La persona-individuo no vale nada como tal, y así nacemos, desvalidos e inermes. Precisamos durante años el apoyo de la madre, sea ésta Isis o no, y a lo largo de nuestra vida no podemos prescindir, en mayor o menor medida, del concurso de los demás. En última instancia, y a pesar de conflictos, guerras y demás problemas, la humanidad entera se mantiene en pie por el esfuerzo común.

Por eso la traición, el fraude a la confianza puesta en el otro, nos parece el peor de los pecados, y tal vez nada duela más que una traición, dolor tanto más grande cuanto mayor sea la confianza defraudada. Para el cazador-recolector nómada, cuya supervivencia se basaba en un trabajo de equipo, la defección de un colega de acecho podía suponer no ya un simple dolor de espíritu, sino una colección de graves heridas o incluso la muerte. Por eso incluso en las sociedades de este tipo que aún perviven nada hay peor que un cobarde, es decir, un guerrero que falla a su condición y es capaz de dejar vendido a su clan, con las consecuencias, a menudo graves, que ello acarrea.

El advenimiento de la civilización sofisticó la existencia humana, pero las esencias han permanecido inalterables. Seguimos dependiendo de los otros, y la confianza que tenemos en los demás es, en cierto modo, el eje de nuestra vida.

Las religiones que se forjaron durante milenios en el entorno del Mediterráneo, desde la egipcia hasta la islámica, pasando por los mitos babilonios, griegos o cristianos, han sido fatalistas porque se asumió como base del mundo el delicado equilibrio entre la fe y su decepción.

Si Set asesinaba a su hermano por celos y envidia (como el despechado Caín haría algunos miles de años más tarde), la cosmogonía olímpica era un cúmulo de traiciones, a veces productivas, como la muy castigada del pobre Prometeo otorgando la civilización a los hombres, a veces simplemente caprichosas, como la de Cronos-Saturno devorando a sus criaturas. Traición a la propia carne que el anciano dios temía traicionera, y que se vería pagada, por supuesto, con el cumplimiento puntual de la profecía: Zeus-Júpiter sobreviviría a los banquetes de su desorientado padre y, ya crecido, le «traicionaría» destronándole y ocupando su lugar como deidad suprema. El afán de poder subyace en la génesis de muchas traiciones.

Y, desde luego, en la de muchas religiones. Loki, el enloquecido dios nórdico del fuego, es un traidor expulsado del banquete de los dioses. Quizá por ser, como Prometeo, el emblema del progreso que hace a los seres humanos más y más poderosos, convirtiéndose poco a poco en una amenaza para divinidades caprichosas y a menudo crueles. O tal vez sea por el propio carácter traicionero de su elemento: fuente de calor y energía, emblema de la civilización, pero también gran destructor que a veces se vuelve incontrolable.

La traición se constituye así, al menos para la tradición occidental, en el elemento axial de una cultura milenaria, variada en razas y mitos, pero

muy consistente y parecida en los aspectos esenciales.

Y resulta curioso que, al menos en esta parte del mundo, la idea mítica de traición vaya tan ligada a la de progreso y civilización. El titán Prometeo traiciona a los dioses y es castigado por ello, pero su osadía permite a la raza humana salir adelante (e incluso se llega a sugerir que es el propio Prometeo quien crea a la humanidad a partir, curiosamente, de un trozo de arcilla). Loki aparece más definido como ser maléfico, pero aun así su patrocinio de la desorientada humanidad queda bien patente. Los mitos hebreos definen su cosmogonía en torno a traiciones fundamentales: el Ángel Caído desafía a Yahveh creando con ello el orden de un universo decididamente dual. Luego es Eva (y aun antes Lilith) la que proporciona a su propia especie la sabiduría por el expediente de mordisquear una manzana, y esa traición es castigada sin contemplaciones. Resulta curioso, dicho sea de paso, que sea una mujer la que produzca tales problemas, si recordamos que parte del castigo de Prometeo consistió en que los dioses dejaran «suelta» por el mundo a la primera mujer, nada menos que Pandora.

Los paralelismos son constantes, fruto de una evolución nada casual y sí cargada de mensajes muy interesados. Estas traiciones míticas, reflejo tal vez de antiquísimas leyendas, cambiaron, en la medida de sus posibilidades, la Historia. Historia local a veces, y otras de alcance más universal: la saga de Set, Prometeo y demás derivó en un gran traidor legendario que no sólo se constituyó en el paradigma de la traición, sino que con sus actos contribuyó a cambiar de forma radical la Historia de todo el planeta. Judas Iscariote, hijo de Eva, será ese gran traidor que, como veremos en su capítulo correspondiente, trastornó con un beso el de por sí complejo devenir de los hechos humanos.

Sobre el concepto de traición

Mitos aparte, quizá sería interesante saber de dónde viene el concepto en sí, cuál es el origen de la palabra «traición».

En las lenguas romances el origen común está en la palabra latina «traditio, -onis», que significa «entregar». En castellano, «traición»; en catalán, «traïció»; en italiano, «tradimento»; en francés, «trahison»; y en portugués, «traição». Incluso en inglés los términos «betrayal» y más claramente «treason» proceden de la raíz latina, como ocurre con «treulos» en alemán. La etimología deja claro que el traidor es el que entrega, es decir, el que pone a alguien a disposición de otros en contra de la voluntad del entregado.

Por supuesto las traiciones muestran un espectro más amplio que la simple «entrega», y ello queda más claro en el idioma árabe: el término «gadr», traidor, pertenece a la raíz «gadara», que significa, entre otras acepciones sombrías, «engañar». Sin duda el traidor engaña a aquel al que defrauda, pero hace algo más, y esto queda bastante patente en esta raíz árabe que también encierra el significado general de «abandonar».

A veces la etimología es más emotiva. Otra palabra árabe, de hecho más usada, para designar al traidor, es «jâin», de la raíz «jaana». Con los significados generales de «engañar, traicionar, abandonar», resulta curioso que signifique también «Khan» (el rey de los mongoles) y que algunas de sus variantes hagan mención a las caravanas y a los caravaneros...

En chino al traidor se le llama «pa'n ni», término que guarda relación con la idea general de «rebelión» (el traidor, o *pa'n tu*, sería el rebelde o amotinado). Es decir, para la cultura tradicional china, con siglos de gobiernos absolutistas a sus espaldas, la traición es, ante todo, la que se comete contra el Estado. La raíz de estos términos, «pa'n», implica la idea de división, de cortar algo en dos mitades.

En nuestro idioma, y en todos aquellos que tienen como base el latín, la palabra «traición» guarda una curiosa relación con «tradición» (lo que también ocurre en ruso: las palabras «predátel'stbo», 'traición', y «predatel'», 'traidor', guardan relación etimológica con la palabra «predáine», 'tradición'). Sin duda es una simple casualidad). Como vimos en las primeras páginas de esta introducción, no cabe duda de que, hasta cierto punto, la traición es una tradición de nuestra cultura. No se relaciona, sin embargo, con «traer», pese a que el traidor *trae* sin duda problemas.

La *traición* se define, según la Academia Española de la Lengua, como «delito que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener». Definición casi correcta si quitamos lo de «delito», cosa que hacen la mayoría de las enciclopedias: «Violación de la lealtad y fidelidad debidas». Quizá sea excesivo incluso lo del «debidas», porque si muchas traiciones, quizá la mayoría, no llegan a la categoría de delito por mucho que nos duelan, a menudo tampoco está claro que nadie nos deba esa lealtad: la asociación humana es esencialmente voluntaria y se basa en gran medida en el «hoy por ti, mañana por mí», cuando no en puros afectos. No hay débito forzado, por lo que la traición, más allá de juramentos y normas, constituye en la mayor parte de los casos un puro fraude a la confianza prestada.

El concepto de traición resulta así tan difícil de definir como otras categorías relacionadas. Igual que en tiempos antiguos la piratería era para unos delito y para otros honrado comercio, la traición no encuentra una delimitación clara: al menos en el terreno político –ese campo de las grandes traiciones históricas que aquí nos interesa– el que para unos es traidor, para otros es héroe o patriota. O, como ocurre con el terrorismo moderno, el concepto puede convertirse en un arma arrojadiza. Si Osama ben Laden y George W. Bush se acusaban mutuamente de terroristas sin necesidad de definir con claridad qué es lo que entendían como

«terrorismo», a lo largo de la Historia el concepto de «traición» se ha empleado con generosidad por bandos contendientes para acusarse unos a otros. Por ejemplo, durante la revolución inglesa, Carlos I y Cromwell se tildaban mutuamente de traidores. Sólo el devenir de los acontecimientos, que a Carlos le deparó el patíbulo, dejó claro para la Historia quién era el héroe y quién el traidor.

Es significativo que, al menos en español, sólo existan sinónimos parciales de traición, pero ninguna otra palabra que se corresponda exactamente con la extensión general del término. Así, pueden usarse voces como «infidelidad» y «deslealtad» (quizá las más próximas), y ya con cierto carácter metafórico otras como «emboscada» y «asechanza» o incluso «felonía», «insidia» o «prevaricación». No obstante, ninguna encaja del todo, y en general sólo presentan un aspecto parcial de la traición.

Del mismo modo no parece haber un antónimo claro. Palabras como «honestidad» o «lealtad» no son contrarios exactos de traición. La expresión «digno de confianza» quizá se aproximaría más, pero su propia esencia carece de un carácter absoluto: uno es digno de confianza... hasta que deja de serlo.

En definitiva, lo menos que puede decirse de la idea de traición es que no se trata de un concepto muy bien definido. Judas «vende» a su amigo Jesús, Viriato es asesinado por culpa de dos traidores, y Menelao padece de cuernos por culpa de Helena. Todas son traiciones, pero la ejecución y consecuencias son diferentes: una detención, un homicidio, una infidelidad conyugal. Todas ellas, eso sí, influyen en la Historia, a veces de forma intensa.

El elemento común a la traición sólo es, por tanto y como decíamos al principio, la ruptura (deliberada o no) de la fe prestada, el fraude a la fidelidad depositada en un alguien individual o colectivo. No se trata

necesariamente de un delito ni tampoco de defraudar una lealtad «debida», como insisten las definiciones académicas. Judas no debía fidelidad legal a Jesús, del mismo modo que el amor de Helena, como cualquier afecto, no se basa en normas.

Ni siquiera cuando aparentemente hay una obligación resulta sencillo establecer una normativa: un pueblo «debe» fidelidad a sus gobernantes, pero al mismo tiempo está legitimado para alzarse contra la injusticia o la tiranía de éstos. Al soldado se le supone el valor, pero nada más humano que acobardarse ante la sangrienta locura de la guerra... Rebeldes y desertores son considerados traidores y, sin embargo, qué fácil resulta identificarse con sus planteamientos frente a la barbarie de los militares.

La traición, en última instancia, puede ser una suma de sentimientos e intereses de interpretación ambigua: en el caso célebre de Bellido Dolfos, éste asesina al rey Sancho por interés personal, pero también por un vago sentido patriótico. Y así, aunque el romance le llame «gran traidor», su magnicidio permitió la unión de los reinos de Castilla, León y Galicia, a la postre germen de la unidad de España. Los resultados de la traición son a menudo paradójicos.

La traición a lo largo de la Historia

Somos seres que apoyamos todos nuestros afanes en una idea vaga de futuro, de progreso lineal constante que, a su vez, se estructura en torno a sentimientos no menos difusos, aunque extraordinariamente poderosos, como son la fe y la esperanza. Dos términos arraigados con gran fuerza en nuestro espíritu; tanta que aún hoy, cuando la ciencia ha puesto de manifiesto las patrañas incontables de todas las religiones, la humanidad sigue mayoritariamente aferrada a la fe, a la esperanza en una existencia ultraterrena que sea mejor que ésta. Tal vez sólo sea miedo a asumir la definitiva traición de todos los dioses.

Para las culturas del entorno occidental-mediterráneo —objeto de estudio principal de este libro—, la traición es sin duda la peor falta, la más mezquina y despreciable, y su origen histórico entronca precisamente con mitologías antiguas que, pese a su carácter fabuloso, reflejan ese temor al fraude de la esperanza tan imbricado en el imaginario colectivo de los pueblos, a veces remotos, pero tan familiares, que nos antecedieron.

Las culturas occidentales y mediterráneas de la actualidad son descendientes directas de la tradición religiosa hebrea combinada con el espíritu filosófico del mundo grecorromano. Y estas últimas civilizaciones, a su vez, proceden directamente de la cultura del Nilo. El pueblo judío primitivo, atrasado y pobre, copiará y adaptará a sus necesidades los mitos tanto de Egipto como del entorno mesopotámico, y así incluirá en su religión primigenia conceptos como la creación a partir de la nada, la pareja humana inicial, el diluvio, la resurrección del alma, la vida eterna y, sobre todo, el maniqueísmo básico que concibe el universo como el duelo constante entre dos fuerzas antagónicas que se muestran incapaces de sobreponerse una a la otra. Es en esta lucha donde debe decidirse al final de los tiempos el marco en el que se inscribe a la perfección la figura del traidor.

Set es el modelo en una cultura, la egipcia, que donó a sus sucesoras no sólo una cosmogonía esencial, sino artes, costumbres, escalas musicales, alimentos, tecnología y escritura. La escritura jeroglífica está en el origen del alfabeto fenicio, copiado a su vez por los griegos, que se lo pasaron a los romanos. Nuestro conciso y eficaz alfabeto latino no es, en última instancia, más que una derivación simplificada de los jeroglíficos.

La mitología hebrea de la que a su vez descienden cristiandad e islam parte, como se sabe, de una gran traición. Una divinidad única y omnipotente (invención egipcia también), satisfecha de su poder y de los dones que reparte a regañadientes, se ve enfrentada al levantamiento de

una parte de sus criaturas. Los ángeles rebeldes, un tercio del total de la hueste angélica, se levantan contra Yahveh-Dios y desatan, con su traición, una batalla de proporciones universales que termina, aparentemente, con la derrota de los rebeldes. Sin embargo, la victoria del principio «positivo», del «bien», no es en absoluto completa: los traidores consiguen retirarse a posiciones seguras o, de acuerdo a la mitología común, son encerrados y castigados para la eternidad en un antro de torturas conocido por diversos nombres. Sin embargo, esta cárcel presenta algunas fisuras, puesto que los vencidos seguirán ejerciendo su influencia sobre el cosmos y, de algún modo, estropearán la perfección del universo creado por el dios supremo. De este modo la traición primitiva marca el destino del mundo para siempre.

Y sirve de ejemplo. Cuando el mismo dios cree unas criaturas nuevas, más endebles y fáciles de dominar que los ángeles, la divinidad se enfrentará de nuevo al fracaso. Aunque la tradición cristiana no ha conservado al personaje, en el mito hebreo original Yahveh crea iguales al hombre y a la mujer, y ésta no es aún Eva, sino Lilith. Su nombre, que procede de la raíz semítica que significa «noche», ya parecía augurar un destino oscuro: sometida por decreto divino al hombre, Lilith no aceptó esa sumisión y solicitó al Criador un trato igual que, por supuesto, no se le concedió. Harta, se marchó del Paraíso por su propia voluntad y, desde entonces, es tenida por reina de esos demonios femeninos llamados súcubos y también por soberana de los vampiros. Lilith no es una creación original de los hebreos, pues su figura remite a un antiguo demonio femenino mesopotámico, pero encarna uno de los ejes del imaginario colectivo occidental: la traición como elemento intrínseco del género femenino. Lilith, como Pandora, vierte sobre la humanidad (y en concreto sobre el desprevenido varón) todos los males.

El paradigma de este mito patriarcal es, por supuesto, la pobre Eva, sucesora de Lilith, pero no hija suya, puesto que Yahveh la crea a partir de

una costilla de Adán para establecer con claridad la relación subordinada. Y de nuevo el Hacedor pinchará en hueso, pues a Eva le faltará tiempo para traicionar a sus amos y encaramarse al árbol de la sabiduría, fraude de confianza que da lugar al denominado «pecado original» que sirve de base a la jurisprudencia divina en las tradiciones del Libro y, sobre todo, pesado argumento que durante milenios va a determinar las relaciones hombre-mujer en buena parte del mundo.

Con todo, o quizá por ello, a lo largo de la Historia los grandes traidores van a ser, no obstante, hombres. El Ángel Caído ya lo era (si no hombre, al menos sí de género masculino, ya que en los demonios no parece haber dudas sobre el concepto sexual, como ocurre con los ángeles «buenos»), y lo serán la mayor parte de sus sucesores. Aunque por supuesto, y para no apartarnos del hilo argumental, el gran paradigma de la traición será, mucho tiempo después, un hombre confundido por sus propias esperanzas (que a su vez siente traicionadas): Judas Iscariote. De la estirpe del compañero de Jesús surgirán personajes notables que, en la medida de sus posibilidades, cambiarán la Historia. Desde luego, el nombre de este infortunado patriota judío quedará para siempre como sinónimo perfecto del traidor (el término ruso ya citado, *predátel'*, significa no sólo «traidor», sino literalmente «Judas»).

Sin embargo, antes de llegar a esto habría que analizar verdaderamente cuál es el contenido del acto de traicionar. Ya hemos indicado que se trata de una cuestión repleta de relatividad, y ésta se da en casi todos los tipos de traición que puedan considerarse. ¿Era Lucifer un traidor o sólo un ser pensante harto del dominio abrumador de un tirano sobrenatural? ¿Eva era traidora, curiosa o sólo imprudente? ¿Iscariote fue un traidor o el instrumento necesario para que se cumplieran los planes de un dios particularmente retorcido?

Las mismas consideraciones que a estos personajes de fábulas antiguas pueden aplicarse a los grandes traidores históricos. De hecho, Eva o Judas

pueden ser simples personajes literarios, pero eso no les resta un ápice de fuerza en el discurso histórico. En las culturas del Libro el comportamiento alevoso de aquellas primeras madres, Lilith o Eva, ha servido para justificar durante milenios el sometimiento de la mujer, y el fenómeno aún sigue vigente; en cuanto a la decisión de Judas no sólo es fundamental para crear el cristianismo, sino que además constituye el fundamento para la maldición del pueblo judío a lo largo de dos mil años: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

Desde el arranque mismo de la civilización las traiciones han sido constantes, tanto más importantes cuanto mayor era el poder a disputar en los imperios. Si Helena simboliza la justificación de las luchas comerciales entre la Grecia europea y la asiática —con la victoria final de la primera—, a medida que los reinos ganen en fuerza, extensión e influencia las traiciones serán más frecuentes. Si Filipo de Macedonia murió asesinado en extrañas circunstancias, no es extraño que su hijo Alejandro guardara ciertas precauciones maniáticas. Puede incluso que el miedo a acabar del mismo modo le empujara a permanecer siempre en campaña, rodeado de sus soldados más fieles: consideraba la guerra más segura —y no le faltaría razón— que una corte poblada de pelotilleros y traidores en potencia.

Incluso el Imperio Romano surge con el asesinato alevoso y traicionero del dictador Julio César. De su sangre brotará una monarquía absoluta caracterizada por los celos, las banderías cortesanas y un sin fin de traiciones que llegarían a su culmen en el periodo conocido como «anarquía militar», en virtud del cual el ejército ponía y quitaba emperadores a su antojo, en un proceso violento que se puede tildar, sin demasiado margen de error, como una suma de traiciones.

Durante la Edad Media no había tal vez mucho que repartir, pero la riqueza disponible era de igual forma fuente de codicia e intereses, y así

proliferaron los traidores aristocráticos, convictos de perfidia y alevosía que de nobles sólo tenían el nombre que ellos mismos se pusieron.

Y, por no alargarnos demasiado, la época moderna y contemporánea no ha mejorado en absoluto este aspecto al parecer tan unido al espíritu humano, y eso a pesar del endurecimiento de los castigos a los traidores. Por citar sólo un ejemplo clarificador, las dos guerras mundiales fueron campo abonado para los espías, y el espionaje es, en muchos casos, una forma sibilina y oficializada de traición con un sueldo a fin de mes.

Con todo, la ambigüedad de la terminología ha permanecido intacta a lo largo del tiempo. Si Bellido Dolfos era para unos traidor y para otros héroe y patriota, la situación no varía e incluso se vuelve más confusa a medida que los personajes nos son más próximos. En el siglo XX, y probablemente igual será en este XXI, con frecuencia resulta difícil distinguir al traidor del patriota, al alevoso del héroe. El dictador Vidkun Quisling que gobernó Noruega entre 1942 y 1945 pasó de padre de la patria (al menos es así como él mismo se consideraba) a traidor en una noche: detenido por las nuevas autoridades pro-aliadas, fue condenado por vender el país a los nazis.

La guerra propagandística moderna emplea los términos con la agudeza de un arma, pero no necesariamente con la propiedad exigible, y esto conduce a casos de extrañamiento semántico, tan evidente en otros términos de la moderna política como «terrorismo».

Lo que sí parece claro es que en general es la tradición de base judeo-cristiana (y también islámica) la que peor valora la traición. Volviendo al origen religioso de la aversión al concepto, los credos orientales apenas prestan atención a esta debilidad humana (puesto que en general no dan importancia a ninguna en concreto). El concepto social, que resta importancia al individuo en culturas como la india, la china o la japonesa, hace que la traición individual —sin estar bien vista— no se considere

como un elemento determinante. En cierto modo la defección de un solo individuo no sería suficiente, desde su punto de vista, para cambiar la Historia. Así, aunque el relato histórico de cualquiera de estas culturas cuenta tantas traiciones como puedan haber sucedido en el entorno occidental, los nombres de los protagonistas, y a menudo los propios hechos, ni se recuerdan.

La cultura occidental, sin embargo, se centra en el individuo, y en ese sentido los actos solitarios se creen de gran importancia. Occidente colecciona como patrimonio una gran lista de nombres notables en todos los ámbitos: artistas, científicos, intelectuales, militares, reyes, además de delincuentes y por supuesto traidores. En otras culturas, incluso más antiguas, la lista es mucho más reducida sin serlo sus logros: es una simple cuestión de valoración del espécimen humano. Tal vez proceda esta diferencia, como casi todo en esta parte del mundo, de Egipto, en este caso de la maniática obsesión de las gentes del Nilo por conservar en la escritura los nombres de los grandes personajes (y la misma obsesión ocasional por destruir esos nombres grabados en piedra una vez muerto el cuerpo que los sustentaba). En todo caso, es la vanidad como faceta peculiar y característica de una forma entre tantas de entender la civilización y el registro histórico (otros pueblos gustaban más de coleccionar mitos, compendios legales o registros burocráticos).

La valoración histórica del concepto de traición es importante, pues define los parámetros para ser incluido en la categoría de traidores. ¿Es realmente tan difícil? A veces resulta muy sencillo, como ocurrió con Andrew Westbrook, canadiense que luchó a favor de las tropas estadounidenses que trataron sin éxito de anexionarse Canadá en 1812 y que fue condenado por traidor. Sin embargo, no siempre queda el concepto tan claro: por ejemplo, para el gobierno español de la época los libertadores de América eran sin duda traidores alevosos; la historia local americana, sin embargo, los recuerda como a héroes. Del mismo modo

Pétain tildó de traidores a los franceses que se enrolaron en la Resistencia, pero cuando acabó la guerra fueron los aliados los que juzgaron al infame mariscal por traidor.

En la actualidad tiende a proliferar una nueva figura dentro de este campo tan resbaladizo: el «arrepentido». Originario de los grandes procesos contra la mafia iniciados en Italia durante la década de 1980 – aunque el personaje aparece ya definido en la novela *1984*–, el «arrepentido» se ha ido convirtiendo paulatinamente en protagonista accidental de las leyes antiterroristas modernas y en un elemento propagandístico básico de la lucha policial y judicial contra este fenómeno, más vigente que nunca desde el inicio de la denominada *War on Terror* desatada por la administración estadounidense a principios del siglo XXI. El «arrepentido», delincuente común que ha participado en la comisión de diferentes actos reprobables, a veces durante años y años, no es en esencia más que un traidor, un individuo que por dinero, miedo, venganza o acuerdo judicial favorable —muy rara vez por genuino «arrepentimiento»— decide entregar a sus antiguos correligionarios. Valiente colaborador de la justicia para unos, vendido para otros, de nuevo encontramos la ambigüedad inherente al término «traición».

Es una situación que se da en prácticamente todos los casos, y por ello no resulta fácil establecer un criterio universal para la «selección de los mejores traidores de la Historia». Así pues, para este libro se ha optado por seguir un criterio básico, sustentado sobre el contenido semántico que apuntábamos en páginas anteriores: será traidor aquel que defraude la confianza en él depositada. Y nos interesarán más, por supuesto, aquellos cuyas acciones ejercieron un efecto sobre el desarrollo posterior de los acontecimientos históricos. No pretendemos ser exhaustivos, pero sí ofrecer una panorámica lo más amplia posible de los más sonados casos de traición de toda la Historia.

Las leyes contra la traición

No hay duda: somos una especie social y centrada en la esperanza, y quizá por eso la traición nos resulta tan fastidiosa y digna de castigo. Las religiones de Occidente, en ese sentido, no tienen parangón en su crudeza: Prometeo es encadenado a una roca y un águila le devora las entrañas, que vuelven a crecerle todos los días (hasta que Hércules le libera); Lucifer yace en el antro más profundo del Infierno (si hemos de creer a Dante) y allí permanece incómodamente encadenado y sumido, según algunos escatólogos, no en un mar de llamas, sino agobiado por el frío más gélido; a Eva, y de rebote al indeciso Adán, Yahveh los expulsa del Paraíso y los condena no sólo a ellos, sino a todos sus descendientes (y en especial a las mujeres, que quedarán sometidas al hombre y parirán con dolor), a vivir en un mundo por demás incómodo; el pobre Judas, en fin, vive la tortura de su propio arrepentimiento antes de acabar con su vida, y su nombre queda maldito para siempre: «Pequé al entregar sangre inocente», dijo Judas, según Mateo el Evangelista.

Mitos aparte, los sistemas de justicia y las normativas legales de todas las civilizaciones han perseguido con saña a los traidores. En general, y con muy pocas excepciones, el castigo ha sido la muerte, a veces aplicada con crueldad refinada. Y no sólo a los traidores «propios»: el desprecio que estos personajes despiertan llega a tal punto que a menudo el traidor recibe el castigo por parte de aquel al que ha beneficiado. Si «Roma no paga a traidores» y se contenta con dejar sin remuneración a los alevosos que venden a Viriato, Alejandro de Macedonia, que según el *Libro de Alexandre* «nunca preçio a traedores», da un escarmiento ejemplar al asesino de su padre:

«Mandol luego prender fizolo enforçar

y lo comieron los canes, nol dexo soterrar.

Desi fizo los huesos en el fuego echar,
que non podíes del falso nulla cosa fincar.

Murio el traedor commo mereçie

[...]

Todos los traedores así deuien morir,

Ningun auer del mundo non los deueie guarir

[...]

nunca los deueie çielo ni tierra reçebir.»

Uno de los sistemas legales más antiguos, el célebre Código de Hammurabi, apenas hace mención expresa a la traición. Aunque buena parte de la normativa se refiere a cuestiones militares, se centra casi en exclusiva en asuntos fiscales (el campo que queda abandonado por los campesinos enrolados, qué hacer con él si resultan cautivos o muertos, etc.). Sí indica que al desertor, bien directamente, bien por contratar en su lugar a un mercenario, se le debe castigar con la muerte, y la deserción debe entenderse como una forma de traición a la patria. En el apartado de leyes familiares sí hay una norma que se refiere a la «traición mortal al esposo»: «Si la esposa, a causa de otro hombre, hace matar a su marido, será empalada». Y eso es todo.

Más o menos coetáneo, el código de los hititas y las leyes y costumbres de las diferentes dinastías egipcias reservan la pena de muerte a una serie de delitos graves, y entre ellos la alta traición en el sentido que hoy la entendemos, aunque a menudo estas normativas dependían de factores imprevisibles como la voluntad azarosa de los soberanos.

En la china imperial se castigaba con la muerte al traidor y al reo de lesa majestad. Un delito éste muy asociado a los actos de traición, ya que

durante milenios no se distinguió, ni en China ni en otros grandes imperios, entre el soberano y el Estado. En realidad, la indefinición de los términos constituía una herramienta para que los déspotas pudieran castigar arbitrariamente a quien les viniera en gana. A menudo los tiranos se han valido de esta potestad para acabar con enemigos y «conspiradores» –reales o inventados– y, de paso, para hacerse con sus bienes. En el Japón de los shogunes, el *Bushido* incide en el tema de la traición: se trata de un deshonor, pues «un samurái jamás matará a otro caballero de forma traicionera». Si lo hace quedará deshonrado para siempre —también su familia, una curiosa concomitancia con la tradición occidental— y deberá suicidarse: él mismo, de acuerdo al rígido código militar japonés, será el ejecutor de su castigo.

En Grecia los traidores eran ejecutados, y en la categoría de traidor se incluía al tirano derrocado, que se consideraba había faltado a sus deberes con respecto al pueblo. Aunque la legislación helénica no es precisa al respecto, a ciertos personajes sospechosos de connivencia con el enemigo, sobre todo durante las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso, les aplicaron las leyes de ostracismo, que convertían al afectado en un cadáver civil. Eran leyes excepcionales contra una persona (*ad hominem*) parecidas a las *exception bill* inglesas o al concepto de «combatiente ilegal» acuñado por el presidente estadounidense George Walker Bush muchos siglos después.

Los romanos legislarán contra la traición, pero no de un modo sistemático. En general el traidor a Roma era arrojado desde la roca Tarpeya, castigo considerado infamante. Además, a menudo, sobre todo en la época de los reyes, y también en ciertos momentos de la República, se extendía el castigo a la familia del traidor, en particular a sus hijos. Costumbre, por cierto, que siempre fue mal vista por el pueblo romano y que resultó más o menos abolida tras la sangrienta guerra civil entre Mario y Sila. Éste hizo promulgar la Lex de Maiestate, una norma que

tenía como objeto prevenir las traiciones de los gobernadores y jefes militares en las provincias: en concreto exigía un permiso especial del consulado a la hora de realizar viajes (que se aprovechaban para conspirar) o de reclutar tropas (bajo la excusa de «pacificar» la provincia el ejército podía acabar marchando contra Roma, como ocurriría más tarde, en efecto, con Julio César).

La Ley Decenviral o Ley de las Doce Tablas, compendio de las leyes básicas romanas y raíz del Derecho moderno, prestaba especial atención a los delitos de lesa majestad (y también a los actos de espionaje). El ataque al soberano era algo más que un acto de traición: suponía un sacrilegio, y durante el Imperio esta consideración se llevó a extremos delirantes, pues casi cualquier cosa acabó siendo delito de lesa majestad, incluida la falsificación de moneda (ya que llevaba la imagen del emperador) o los ataques a altos funcionarios y oficiales. De hecho, y dado el caos cortesano y cuartelero en que concluyó la monarquía imperial romana, llegó un momento en que hubo que suavizar la aplicación de estas normas, pues habría supuesto ejecutar por traición a los principales patricios y jefes políticos y militares.

Del periodo romano se puede citar, por último, y a modo de curiosidad, que las normas relativas a la traición no siempre se refieren a castigos: la Lex Iulia, del año 90 a. C., concedió la ciudadanía a todos los habitantes de Italia que no habían luchado contra Roma (es decir, que no habían sido traidores) en la Guerra Social.

Durante la Edad Media los reinos europeos apenas hacen otra cosa en materia legislativa que compendiar la tradición romana. La traición, en principio, será como de costumbre castigada con alguna forma de ejecución especialmente desagradable y humillante, aunque hay peculiaridades locales. Uno de los intentos legislativos más notables de este periodo lo constituye la compilación de las Siete Partidas, mandada reunir por el rey de Castilla, Alfonso X. Su argumentación sobre los delitos

de traición y lesa majestad parte de un fundamento jurídico muy curioso, ya que se identifica la traición (y otra serie de delitos y pecados, como la simonía) con la lepra, que se considera mal hereditario. Quizá, como decía el romance, «si gran traidor era el padre, mayor traidor es el hijo». Esta hipótesis nada científica tiene, sin embargo, importantes consecuencias judiciales, ya que permite castigar no sólo al traidor, sino a sus descendientes, y en ello radica parte del castigo, que consiste en privar al culpable de sus bienes. En todo el texto de las Partidas se tiene en cuenta este tema y se busca, para cualquier noble empeño, que las personas sean «limpias de linaje». La introducción del título segundo de la séptima Partida es bien esclarecedora:

«Traición es uno de los mayores yerros y denuestos en que los hombres pueden caer, y así la tuvieron por mala los sabios antiguos [...] que la semejaron con la lepra. Y en aquella misma manera hace la traición en la fama del hombre, que la daña y corrompe de tal manera que no se puede enmendar [...] y mancilla la fama de los que de aquel linaje descenden, aunque no tengan en ello culpa, de manera que quedan para siempre infamados.»

La ley número 1 de la VII Partida define el concepto de traición como delito de lesa majestad: «traición que hace hombre contra la persona del rey». Y continúa diciendo que «traición es la cosa más vil cosa y la peor que puede caer en corazón de hombre», pues de ella surgen la mentira, la vileza y la injusticia. Describe después las formas de hacer traición, que pueden ser intentar, por uno mismo o por intermedio de otro, matar al rey; colaborar con un reino enemigo para desposeer al rey del suyo; alzarse contra el rey; estorbar al rey el cobro de parias y tributos; abandonar al rey en medio de la batalla, tanto por deserción como por pasarse al otro bando; y también hay traición si se oculta a un espía.

El rey Sabio extiende, como los antiguos emperadores romanos, la protección de esta ley a sus altos oficiales, y así será traidor aquel que

atente contra consejeros, adelantados mayores, jueces y feudatarios en general que trabajen para la corona o sean vasallos de ella. Y también como con los divinizados emperadores antiguos, es traición derribar o deteriorar efigies del rey, así como falsificar moneda real. En definitiva, Alfonso no añade casi nada nuevo a las viejas consideraciones tardorromanas sobre la traición, si bien sistematiza el código.

¿Cómo se castigan estas traiciones? Según la Ley 2, todas por igual: «Cualquier hombre que hiciese alguna de las maneras de traición que dijimos o diere ayuda o consejo que la hagan, debe morir por ello, y todos sus bienes serán para la cámara del rey». Por añadidura, sus hijos varones quedarán infamados para siempre y no podrán heredar nada. Curiosamente, las hijas de los traidores podrán heredar la cuarta parte de la hacienda del padre.

Estas normativas y otras parecidas se aplicarán de forma similar en toda Europa hasta más allá del Renacimiento, e influirán en toda la legislación posterior, hasta nuestros mismos días, sobre el delito de traición, especialmente en lo que se refiere a los códigos militares.

El final de la Edad Media abrirá un periodo de intensa actividad legislativa en el mundo germánico, particularmente en el inglés, que pondrá en marcha así una tradición que perdura hasta hoy. Dentro de este cuerpo legislativo quizá la primera mención específica a nuestro tema sea la *Treason Act* de 1351. En ella se distingue entre alta (*high*) y pequeña (*petty*) traición. En el primer caso se incluyen los delitos habituales: intento de regicidio, colaborar con el enemigo, falsificar moneda; en el segundo, cuestiones como matar el esclavo a su amo o la mujer al marido. Por supuesto la pena es siempre una muerte dolorosa. En cuanto a los bienes del finado, como es costumbre, pasan al rey si aquél era culpable de alta traición, y al señor local en caso de traición pequeña. La *Treason Act* no aporta nada nuevo a la legislación de origen romano.

Hasta el siglo XVIII las leyes sobre alta traición no conocerán una mejor definición ni se producirán cambios significativos, salvo uno: en 1486 Inglaterra anuló el derecho de santuario a los traidores. A partir de este momento, y coincidiendo con la expansión imperial británica, se establecen cuatro cargos que constituyen delito de traición:

- Planificar la muerte del rey, de la reina o del heredero de la corona.
- Mantener relaciones sexuales con la reina o con las hijas del rey (se trataba de evitar bastardías).
- Levantar un ejército en armas contra el rey, dentro del reino.
- Unirse a los enemigos del rey o colaborar con ellos. Esto incluía el comercio con contrabandistas y piratas, algo muy habitual en las colonias americanas.

El castigo, de nuevo la muerte, con cierta crueldad: el culpable masculino era arrastrado hasta el patíbulo, ahorcado, decapitado y descuartizado. Sus trozos eran luego expuestos al escarnio público. En cuanto a las traidoras, por cuestiones de decencia no eran colgadas (un escándalo que patalearan delante del público), sino quemadas vivas. Y recordemos que el castigo no incluía sólo al reo, sino a su familia: el cónyuge y los hijos, debido a la «corrupción de la sangre» inherente al delito de traición (la «lepra» de Alfonso X), tenían prohibido poseer tierras o negocios de cualquier clase. Es decir, se les condenaba a la miseria, tuvieran culpa o no.

Como la pena era grave, la jurisprudencia británica introdujo una cautela: era necesario que al menos dos testigos de cargo declararan ante el tribunal. Sin embargo, la Treason Act dejaba al rey la última decisión en este tipo de casos. Era el soberano el que, ante el Parlamento, debía decidir si un caso determinado constituía o no traición, lo que en definitiva abría un amplísimo campo a la arbitrariedad.

Esta normativa se mantuvo vigente hasta el siglo XIX, y aunque las reformas posteriores limitaron la crueldad del castigo, las leyes sobre traición continuaron existiendo con pocas variaciones hasta mediados del XX. De hecho, la última ejecución de un traidor en el Reino Unido tuvo lugar en 1946, y la ley se mantuvo en vigor nada menos que hasta 1998, aunque los aspectos más primitivos del castigo, como el enseñamiento con el cadáver, no se aplicaban desde mucho tiempo atrás. Así fue en el caso de Hamiora Pere, nativo neozelandés que luchó por la independencia de su país en la segunda mitad del siglo XIX. Capturado por los británicos, fue juzgado por el cargo de alta traición y ahorcado. El juez, no obstante, consideró innecesario decapitar y descuartizar el cuerpo del patriota aborigen.

La brutalidad de los castigos, la arbitrariedad de que en última instancia fuera el rey quien decidiera si una persona era o no culpable de traición, y el hecho de ser considerados ellos mismos traidores, hizo que los patriotas estadounidenses crearan una legislación nueva relativa a los actos de traición (que abundaron durante la Guerra de Independencia).

La Constitución estadounidense, en su artículo 3, sección tercera, indica lo siguiente:

«Cláusula 1: La traición contra los Estados Unidos consiste únicamente en hacer la guerra contra el país o unirse a sus enemigos, dándoles ayuda y apoyo. Ninguna persona será acusada de traición si no es con el testimonio de al menos dos testigos, o tras confesar ante la corte.»

La última salvedad es importante: aparte de la acusación de dos testigos, heredada de la jurisprudencia británica, la única manera de juzgar a alguien por traición pasa porque el reo confiese de manera voluntaria, ya que la Constitución prohíbe expresamente la tortura. Pero lo más importante es que se limita el delito a la traición contra la patria, desligándose por primera vez en la Historia el concepto de traición de las

diferentes formas de atentar contra un soberano, su familia, su efigie o sus símbolos.

Para dejar las cosas más claras, la cláusula 2 deroga definitivamente el concepto de «corrupción de la sangre», por lo que el castigo por traición se aplica en exclusiva al culpable, no a su familia.

Los patriotas estadounidenses tenían buenas razones para adoptar estas cautelas, ya que todos ellos, por el mero hecho de firmar la Declaración de Independencia, eran culpables de deslealtad, es decir, de traición hacia el rey Jorge III de Inglaterra. Los independentistas eran conscientes de ello y del fin que correrían en caso de perder la guerra: ser ahorcados, decapitados y descuartizados; sus familias abocadas al hambre y la mendicidad.

En la legislación estadounidense actual la pena por traición oscila entre cinco años de cárcel y la ejecución. El castigo máximo sigue vigente incluso en estados como Míchigan, donde la pena de muerte fue derogada salvo para este caso particular. Como curiosidad también cabe señalar que una de las pocas causas válidas para deponer a un presidente en el ejercicio de sus funciones es la traición.

Sin embargo, las cautelas legislativas estadounidenses no sirvieron para nada, pues las autoridades —en concreto el Congreso— encontraron pronto innumerables puertas falsas para poder condenar por traición de manera arbitraria a quien les pareciera bien. Así, los delitos de sedición, espionaje o alzamiento en armas contra el Estado se han utilizado, en una u otra ocasión, como pretextos para juzgar a «traidores» sin necesidad de confesión ni de los dos testigos de rigor.

Este entramado de normas constitucionales y subterfugios permitió, por ejemplo, alzar al ejército de Estados Unidos contra la Confederación Sudista. Técnicamente la Constitución de Estados Unidos, por su carácter federal, permitía —y sigue permitiendo— la secesión de los socios. Sin

embargo, el gobierno de Washington apeló a la cláusula contra la traición —y en concreto a una norma paralela que castiga el delito de «portar armas contra la nación»— para emprender la guerra civil que acabó con la derrota de los sudistas. No se juzgó a nadie por «traición» de manera explícita, pero como veremos con más detalle en el capítulo correspondiente, el presidente de la Confederación, Jefferson Davis, fue encarcelado y torturado tras la derrota.

A lo largo de la breve historia de Estados Unidos se han seguido unas pocas decenas de procesos por traición propiamente dicha. Más frecuentes —y escandalosos— han sido los juicios por espionaje, una de las formas que el gobierno estadounidense ha empleado con frecuencia para eludir la necesidad de testigos. De hecho, lo que parece existir en Estados Unidos es cierto temor a llamar a las cosas por su nombre, lo que no sucede en otras legislaciones.

Para acabar con este apartado, que pretende ser ilustrativo aunque no prolijo, ¿qué dice respecto a la traición la legislación española? Pues según el Código Penal, en su Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, esto es lo que hay:

TITULO XXIII

De los delitos de traición y contra la paz o la independencia del Estado y relativos a la Defensa Nacional

CAPITULO I

Delitos de traición

Artículo 581. El español que indujere a una potencia extranjera a declarar la guerra a España o se concertare con ella para el mismo fin, será castigado con la pena de prisión de quince a veinte años.

Artículo 582. Será castigado con la pena de prisión de doce a veinte años:

1.º El español que facilite al enemigo la entrada en España, la toma de una plaza, puesto militar, buque o aeronave del Estado o almacenes de intendencia o armamento.

2.º El español que seduzca o allegue tropa española o que se halle al servicio de España, para que se pase a las filas enemigas o deserte de sus banderas estando en campaña.

3.º El español que reclute gente o suministre armas u otros medios eficaces para hacer la guerra a España, bajo banderas enemigas.

Artículo 583. Será castigado con la pena de prisión de doce a veinte años:

1.º El español que tome las armas contra la Patria bajo banderas enemigas. Se impondrá la pena superior en grado al que obre como jefe o promotor, o tenga algún mando, o esté constituido en autoridad.

2.º El español que suministre a las tropas enemigas caudales, armas, embarcaciones, aeronaves, efectos o municiones de intendencia o armamento u otros medios directos y eficaces para hostilizar a España, o favorezca el progreso de las armas enemigas de un modo no comprendido en el Artículo anterior.

3.º El español que suministre al enemigo planos de fortalezas, edificios o de terrenos, documentos o noticias que conduzcan directamente al mismo fin de hostilizar a España o de favorecer el progreso de las armas enemigas.

4.º El español que, en tiempo de guerra, impida que las tropas nacionales reciban los auxilios expresados en el número 2.º o los datos y noticias indicados en el número 3.º de este Artículo.

Artículo 584. El español que, con el propósito de favorecer a una potencia extranjera, asociación u organización internacional, se procure, falsee, inutilice o revele información clasificada como reservada o secreta, susceptible de perjudicar la seguridad nacional o la defensa nacional, será castigado, como traidor, con la pena de prisión de seis a doce años.

Artículo 585. La provocación, la conspiración y la proposición para cualquiera de los delitos previstos en los Artículos anteriores de este capítulo, serán castigadas con la pena de prisión inferior en uno o dos grados a la del delito correspondiente.

Artículo 586. El extranjero residente en España que cometiere alguno de los delitos comprendidos en este capítulo será castigado con la pena inferior en grado a la señalada para ellos, salvo lo establecido por Tratados o por el Derecho de gentes acerca de los funcionarios diplomáticos, consulares y de Organizaciones internacionales.

Artículo 587. Las penas señaladas en los Artículos anteriores de este capítulo son aplicables a los que cometieren los delitos comprendidos en los mismos contra una potencia aliada de España, en caso de hallarse en campaña contra el enemigo común.

Artículo 588. Incurrirán en la pena de prisión de quince a veinte años los miembros del Gobierno que, sin cumplir con lo dispuesto en la Constitución, declararan la guerra o firmaran la paz.

Resulta un poco sorprendente el artículo 586, que aplica tratamiento de traidor —en menor grado— al extranjero residente en España. Por lo demás, la notable diferencia de esta legislación con todas las demás es que, por primera vez en la historia de España, no se aplica la pena de muerte al traidor. Detalle extensible, de forma sorprendente en principio, a la legislación militar (Ley Orgánica 13/1985, de 9 de diciembre, perteneciente al Código Penal Militar):

Título 1

Capítulo I

Traición militar

Artículo 49. Será castigado con la pena de prisión de veinte a veinticinco años, el militar que:

Indujere a una potencia extranjera a declarar la guerra a España o se concertase con ella para el mismo fin.

Tomare las armas contra la Patria bajo banderas enemigas.

Con el propósito de favorecer al enemigo, le entregase plaza, puesto, establecimiento, instalación, buque, aeronave, fuerza a sus órdenes u otros recursos humanos o materiales de guerra o combate.

En plaza o puesto sitiado o bloqueado, buque o aeronave o en campaña, ejerciere coacción, promoviere complot o sedujere fuerza para obligar a quien ejerce el mando a rendirse, capitular o retirarse.

Sedujere tropa española o al servicio de España para que se pasen a filas enemigas o reclutare gente para hacer la guerra a España bajo banderas enemigas.

Se fugare de sus filas con propósito de incorporarse al enemigo.

Con el propósito de favorecer al enemigo, ejecutare actos de sabotaje o. de cualquier otro modo efectivo, entorpeciere gravemente las operaciones bélicas.

Propagare o difundiere noticias desmoralizadoras o realizare cualesquiera otros actos derrotistas, con la intención manifiesta de favorecer al enemigo.

Con el ánimo de favorecer al enemigo, causare grave quebranto a los recursos económicos o a los medios y recursos afectos a la defensa militar.

De cualquiera otra forma, colaborase con el enemigo, prestándole un servicio con el propósito de favorecer el progreso de sus armas.

Artículo 50. El español que en tiempo de guerra realizare actos de espionaje militar, conforme a lo previsto en el capítulo siguiente, será considerado traidor y condenado a la pena de veinte a veinticinco años de prisión.

El militar que realizare dichos actos en tiempo de paz será condenado a la pena de diez a veinticinco años de prisión.

Artículo 51. El militar que, teniendo conocimiento de que se trata de cometer alguno de los delitos previstos en este capítulo, no empleare los medios a su alcance para evitarlo será castigado con la pena de cinco a quince años de prisión.

En suma, muy parecido a las disposiciones civiles. Y decimos sorprendente, porque hasta la elaboración de esta ley la normativa militar aún preveía la pena de muerte para ciertos delitos castrenses, entre ellos la traición. Una herencia del pasado franquista del ejército español que quedó bien reflejada en la Constitución de 1978, en su Título I, cap. 2º, sección 1ª, artículo 15:

«Queda abolida la pena de muerte, salvo lo que puedan disponer las leyes penales militares para tiempos de guerra.»

Ciertamente habría sido una traición al espíritu de la democracia el mantenimiento de leyes militares excepcionales, y, dicho sea de paso, discrecionales.

En resumen, la mayor parte de los sistemas legales vigentes hoy en día contienen referencias a la traición. Dado que se trata de un término maldito, se procura sustituirlo por eufemismos o, más bien, encausar a los reos por delitos afines (espionaje el más común). Se han suprimido de la doctrina judicial cuestiones como la corrupción de sangre o el saqueo de los bienes del acusado, aunque la esencia de las cosas se mantiene.

Conclusiones: la importancia de la traición

¿Qué podemos decir como conclusión a estas breves notas sobre el difuso fenómeno histórico, pero también legal y personal, de la traición? Pues en primer lugar, que en miles de años de historia humana la evolución del concepto ha sido mínima. Es cierto que ya no se descuartiza a los traidores, ni se condena al ostracismo y la miseria a sus hijos, pero dejando aparte estos aspectos formales del Derecho, lo demás ha cambiado poco.

En primer lugar persiste el concepto de traición en todos los códigos legales, y ello a pesar de la relatividad del asunto: a fin de cuentas, ya hemos visto que el que es traidor desde un punto de vista, puede no serlo desde otro. Las leyes antiguas, durante cinco mil años, centraron la traición en la deslealtad al soberano. El despegue de los sentimientos nacionales en Europa desplazó el contenido del problema por medio de un simple cambio de sujeto: el rey ya no era la encarnación del Estado (incluso se suprimió su figura en la mayor parte de los países), pero se le sustituía por otra entidad igualmente etérea, el pueblo. Se pasa del protagonismo simbólico del soberano como representación del grupo a constituirse ese mismo grupo (identificación entre pueblo, nación y Estado) en el objeto de las posibles traiciones. El contenido es el mismo y se sigue castigando como el peor de los delitos la deslealtad a la soberanía o, lo que es lo mismo, al esfuerzo colectivo: seguimos siendo

seres sociales y, después de todo, «nunca fue rey traidor, ni papa descomulgado».

Además, y centrándonos exclusivamente en el aspecto legal, ¿por qué el ser humano debe estar obligado legalmente a guardar fidelidad a un concepto tan abstracto como la patria? Después de todo, una persona puede sentir desafección hacia el Estado que le acoge por muchas razones. Si un súbdito de una dictadura colabora con una fuerza extranjera que invade su país para imponer una democracia, es sin duda un traidor, pero ¿tiene esa traición el mismo valor que otra en unas circunstancias distintas? Sin duda no desde el punto de vista jurídico, pero en el inconsciente público sí se producirá una valoración diferente de una actitud puntual como esta.

Pero incluso si la traición tiene componentes mezquinos, rastreros y francamente censurables, ¿quién es el que define esos términos? Entramos en el debate irresoluble que trata desde siempre de definir lo que está bien y lo que está mal, y esto no tiene respuesta: es una cuestión de conveniencia, de momento y lugar. Es traidor «el que pierde», aquel cuyos actos, del tipo que sean, encuentran una sanción negativa porque su causa fracasa. Puede ser el caso de Judas o el de los espías que colaboraron con los fascismos durante la II Guerra Mundial (pero no el del cobarde apóstol Pedro ni el de los espías o colaboracionistas pro-aliados que, en términos estrictos, también fueron traidores).

Además existe algo de visceral en la condena de la traición, algo profundamente arraigado en la mentalidad colectiva, casi un rasgo atávico —al menos en nuestra cultura occidental—. El traidor, incluso si sirve a una causa «justa», resulta despreciable. Sus actos enturbian la justicia de esa causa y tienden a producir dudas y confusión: la extraña muerte del rey Sancho en Zamora produjo gran preocupación en los nobles castellanos, a pesar de su interés en la victoria de Alfonso, y ello

dio lugar al episodio cidiano de la jura de Santa Gadea y, ya de paso, a toda una mitología nacional.

Igual podría decirse del caso del general Franco y su camarilla: si bien ganó la guerra y durante más de tres décadas trató de forjarse una aureola heroica y providencial, el militar gallego nunca pudo superar el hecho de que su alzamiento al poder fuera resultado de un acto de traición: quizá sea esto —en un mar de cargos reprochables— lo que más pese en el juicio negativo que la Historia ha hecho de su dictadura.

Sea como sea, la traición habrá sido despreciada, pero ha influido de manera determinante en la Historia y la ha cambiado una y otra vez. Quizá pocos actos individuales como una traición en el momento justo pueden ejercer tanto peso sobre el devenir de la colectividad. La historia de Occidente no habría sido igual si la conjura de Casio, Casca y Bruto no hubiera logrado acabar con la vida de Julio César.

En otros planos más próximos que el legal, las cosas han cambiado incluso menos: es corriente, en los pueblos pequeños, que se tache de traidor al que de un modo u otro se ha portado mal con la colectividad, con un vecino o un familiar. Pero es que además esa fama impregna también a sus descendientes durante generaciones, y a veces quedan motes infamantes a lo largo de los años.

A fin de cuentas, incluso hoy, cuando la falsedad cosmogónica de las religiones es tan evidente, la mayoría de la especie humana sigue apegada a creencias ancestrales que son, cuando no dañinas, sí obsoletas o como mínimo inútiles. Y hay algo más que la oferta de una esperanza y un sentido: es el miedo a asumir la traición definitiva de Dios, de todos los dioses.

CAPÍTULO I

JUDAS, EL MALDITO

No es el primero cronológicamente, pero quién duda de que el gran traidor de la Historia, el prototipo por excelencia de este pecado que se encarna en su confusa figura, es el mil veces maldito Judas Iscariote, compañero del profeta judío Jesús de Nazaret y, probablemente muy a su pesar, verdadero disparador de una nueva fe que habría de extenderse por los cuatro rincones del mundo.

Como vimos en la introducción, el judeo-cristianismo hace de la traición el eje de gran parte de su doctrina. A Judas no le faltaban modelos ejemplares: Lucifer, Lilith, Eva (y por delegación Adán), Dalila, Abimelec... En realidad el texto canónico judío que nosotros conocemos como *Antiguo Testamento* es, entre otras cosas, un gran compendio de traiciones más o menos graves. En cierto modo el pueblo judío, tal y como aparece retratado en su propia mitología, se complace en traicionar a Yahveh una y otra vez: el argumento principal de esa colección de libros terribles es la constante dejadez de un pueblo hebreo que se cansa de adorar a un dios que premia muy mal. Por eso el Todopoderoso, incansable en su afán de enderezarlos, les envía profetas, reyes, jueces, generales y mesías de toda clase, pero el éxito es siempre breve: pasado un tiempo después del escarmiento los judíos vuelven a las andadas en ese eterno ciclo de «traiciones».

El dios hebreo se muestra munífico en castigos, pero ni por éstas, y así no es de extrañar que llegado el momento culminante de la historia sagrada el personaje determinante del relato sea un traidor. Sin embargo, la traición de Judas presenta un rasgo importante que la diferencia de la mayor parte de las grandes traiciones históricas: mientras que el traidor,

por lo común, traiciona por despecho, venganza, interés económico, patriotismo, amor o incluso aburrimiento, Judas lo hace por *necesidad*. Harto ha tratado este tema tan espinoso la teología cristiana y, como es lógico, las conclusiones no han sido relevantes, aunque sí peligrosas, pero de lo que no cabe duda es de que sin la traición de Judas, Jesús sería hoy un perfecto desconocido.

El nombre completo de Judas era Judas Iscariote. Resulta curioso que el nombre *Judas* signifique en hebreo «alabado». Sobre el apellido *Iscariote*, se cree que podría ser una deformación de «sicario», el grupo armado que luchaba contra la ocupación romana. Sin embargo, no parece probable que Judas fuera miembro de esa secta.

Judas Iscariote era hijo de Simón, diferente, por tanto, de Judas Tadeo (santo milagroso, pero no lo suficiente para que su nombre se use entre los cristianos; los judíos, sin embargo, siguen empleando habitualmente este nombre, en hebreo Yehuda), otro de los doce apóstoles originales. Se le considera de mayor edad que el resto de discípulos de Jesús, por lo que se le confió el cuidado de los fondos de la orden. Era también el más beligerante de todos y el único que discutía los a menudo incomprensibles actos del profeta nazareno. Los *Evangelios*, en realidad, no dan demasiados detalles sobre él, pero si hemos de creer lo que dice la tradición, los demás apóstoles no se llevaban bien con el apasionado Iscariote. Jesús, sin embargo, le tenía como a uno de sus preferidos, quizá porque era el único con personalidad propia y valor.

En el momento de la predicación de Jesús el reino de Judea era vasallo de Roma. El rey judío, una marioneta, apenas desempeñaba funciones administrativas. De hecho, en el momento de la captura de Jesús el gobernador romano Poncio Pilato gobernaba Samaria, Judea e Idumea tras la deposición del reyezuelo Arquelaos, hijo de Herodes el Grande (el de la matanza de los Inocentes), mientras que Galilea y Perea quedaban

bajo mando del otro hijo de Herodes, Herodes Antipas, quien hizo asesinar a uno de los amigos de Jesús, Juan el Bautista.

Este panorama político tenía descontentos a los judíos, quienes, a diferencia de otros pueblos sometidos en el Mediterráneo, no admitían de buen grado la pérdida de su independencia, y en concreto les molestaba la laxitud romana con respecto a la religión. Su dios, Yahveh, no debía ser incluido, como tantos otros, en el Panteón de los romanos, ya que su concepción cerradamente monoteísta no admitía tal sacrilegio.

La explotación de los recursos de Judea por los invasores, las tropelías inevitables en este tipo de situaciones y la rapacidad de los reyezuelos títeres tuvieron también mucho que ver en el malestar del pueblo, pero las consideraciones teológicas, en una nación de larga historia acostumbrada a las desviaciones de la ortodoxia, también fueron importantes.

La ocupación romana de Judea no resultó pacífica: grupos de patriotas, como los zelotes y los sicarios, se enfrentaban a los legionarios con poco éxito pero con decisión. En esa misma época comenzó a difundirse la leyenda del Mesías, una antigua profecía según la cual al final de los tiempos un líder invencible unificaría a todos los judíos y les otorgaría un reino duradero, poderoso e independiente. «Mesías» sólo significa «enviado» (de Dios) y, por lo tanto, era un título poco delimitado y de fácil adjudicación. De hecho, durante los años anteriores y posteriores a Jesús hubo innumerables santones, rebeldes y bandidos que se autotitulaban a sí mismos como el esperado Mesías.

Judas, ansioso de independencia y justicia, quedó cautivado por el mensaje igualitario y bienintencionado del Hijo del Carpintero. Sin embargo, no se dio cuenta de que la doctrina del Nazareno no hablaba de patrias ni de luchas, al menos no en este mundo. Como ocurre a menudo, el hijo de Simón confundió sus propios deseos con la realidad y creyó ver

en la personalidad arrolladora de Jesús a ese Mesías guerrero que libertaría a Israel, restauraría la ortodoxia de la fe, expulsaría a romanos, reyes y rabinos corruptos y levantaría en la Tierra Prometida un reino de justicia para todos los judíos.

La historia, por lo demás, es de sobra conocida: Jesús no hizo nada de eso y Judas se dio cuenta de su error tras la entrada de su amigo en Jerusalén. Aparte de un breve arrebató de ira en el Templo, Jesús se mostró como un manso y dejó bien claro que no pensaba levantar en armas al pueblo judío.

Muy dura debió de ser la tormenta interior que experimentó Iscariote antes de tomar la terrible decisión que le haría famoso para siempre. Tras muchas dudas, decidió informar al Sanedrín y entregar a su maestro a las autoridades. La traición estaba decidida, y es curioso que el traidor más famoso de la Historia no lo fuera a la patria ni al rey (como señalaron durante siglos, y siguen señalando, los códigos legales): Judas vendió a un amigo.

Según el mito, Judas cobró treinta monedas por señalar a los soldados —con un beso— quién era el famoso perturbador que estaba creando desórdenes por toda Judea. Treinta monedas de plata (probablemente shejels de Tiro, moneda de plata que se usaba en el Templo), una cantidad irrisoria que, como le recomendaron los rabinos, podría entregar para beneficio de los pobres; en cualquier caso poco dinero para considerar con seriedad que Judas entregó a Jesús por avaricia. Por otra parte, Iscariote podía sentirse decepcionado con Jesús, pero a pesar de todo le amaba como a un amigo y admiraba su mensaje humanista. No le habría traicionado por despecho y no tenía motivos para vengarse.

Así pues había otra razón, una que siglos de propaganda cristiana y antijudía han procurado silenciar. Judas esperaba, probablemente, que los hechos consumados movieran a Jesús y a sus seguidores a actuar. No

había previsto Iscariote la última decepción, y ver cómo el pobre Nazareno se dejaba masacrar mientras los restantes apóstoles se escondían como cobardes fue demasiado para él. La desesperación ante la pusilanimidad de sus compañeros y compatriotas, más que el arrepentimiento —pero esto también—, hicieron que Judas acabara con su vida casi a la vez que Jesús, sólo un poco antes.

Suicidio éste, por cierto, con importantes implicaciones teológicas, ya que en la tradición cristiana el hecho de quitarse la vida constituye uno de los mayores pecados. Según la imaginería tradicional, inspirada en el *Evangelio de Mateo*, Judas se ahorcó de un árbol después de tirar el dinero a los sacerdotes; en los *Hechos de los Apóstoles*, sin embargo, se cuenta otra historia: compró una tierra con el dinero, el Campo de la Sangre, y allí acabó con su vida.

Judas Iscariote, que desencadenó todo el proceso de la Pasión de Cristo, cambió la Historia con su traición. Gracias a él existe hoy la religión cristiana, hecho en sí mismo determinante y que convierte aquel beso mitológico en uno de los momentos clave del devenir humano. Por eso su figura ha despertado tantas controversias y debates, el principal, por supuesto, establecer si Judas cometió realmente un acto de traición, pues, a fin de cuentas, ¿cómo se puede traicionar a un dios que dice conocerlo todo? La conclusión sólo puede ser que Jesús (¿Dios?) necesitaba que le traicionaran. Para que su predicación tuviera éxito era imprescindible un final trágico pero ejemplar, con la resurrección milagrosa correspondiente, y el paso previo era la defección dramática de uno de sus elegidos. Por supuesto, cabe preguntarse la utilidad de un plan tan retorcido, pero cualquiera que haya leído la *Biblia* sabe que Yahveh-Dios no se caracteriza precisamente por la sencillez en sus planteamientos.

Ahora bien, de ser así las cosas, Judas no sería un traidor, sino el instrumento necesario para la peculiar victoria de Jesús. Si Judas estaba informado de todo, habría sido el principal colaborador de una compleja

estrategia ultraterrena; pero si no, la cuestión alcanza un matiz sutil y más relevante: un Judas desinformado, que traicionara «de buena fe» a un Jesús sabedor de todo lo que iba a pasar, sería a su vez víctima de la traición de Éste. Las palabras que supuestamente pronuncia Jesús en *Mateo* 53, cuando los apóstoles tratan de impedir la captura del Nazareno, no dejan clara la posición de Judas, pero sí la de Jesús:

«¿Crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Sin embargo, ¿cómo se cumplirían las *Escrituras* según las cuales tiene que suceder así?»

Sofismas y argumentaciones que, por otra parte, a ningún lugar conducen y, sin embargo, nada como la confusa mitología cristiana para despertar debates interminables. Durante siglos se ha hablado de cuál fue el destino de Judas. La versión canónica indica que fue castigado para toda la eternidad. Sin embargo, teólogos independientes consideran que si Judas actuó como lo hizo sin posibilidad de oponerse a la voluntad divina estaría libre de culpa y, lo que es más, residiría en el Cielo, junto a su amigo divino. Llevando las cosas a un extremo bastante retorcido, pero sin duda interesante, algunas sectas gnósticas aseguran que Judas, torturado injustamente en el Infierno, habría sufrido un castigo indecible y prolongadísimo por sus pecados, mucho más largo y duro, de hecho, que la terrible pasión del propio Jesús... En cualquier caso, estas argumentaciones no han servido para liberar a su figura de la eterna maldición popular: Judas es «el Traidor» por antonomasia y esto ha tenido consecuencias colaterales más allá del nacimiento de una nueva fe. Todavía hoy, en muchos pueblos de la Cristiandad, durante la Semana Santa se maltrata, mutila, pateo, arrastra o quema un monigote que representa a Judas Iscariote. Constituye un acto de expiación colectiva, una forma de pasar al muñeco los propios pecados. Buena muestra de la pervivencia del mal nombre de Judas es que incluso en algunas películas

actuales de Drácula se insinúa que el perverso vampiro no es otro que el propio compañero de Cristo.

En efecto, el antisemitismo secular del Occidente se ha basado fundamentalmente en dos pilares: la traición de Judas y, en un sentido más amplio, la traición de todos los judíos de Jerusalén que, cuando se les da a elegir, prefieren salvar a Barrabás antes que a Cristo. (Otra situación incomprensible, puesto que pocos días antes Jesús había entrado en triunfo en la ciudad, aclamado por el pueblo. Si hemos de creer todo esto, debemos llegar a la conclusión de que aquellos judíos cambiaban de opinión con mucha facilidad.)

No es casualidad que «judío», «Judea» y «Judas» parezcan provenir de una misma raíz. Porque no es así: en realidad hay cierta confusión grecorromana entre la religión y el terruño, del mismo modo que hoy es común confundir a los «indios» (nativos de la India, y también personas de raza *india*) con los «hindúes» (personas de esa religión). El nombre Judas, que en su idioma original es Yehuda, no tiene nada que ver con las otras palabras, y sólo la similitud fonética (acentuada artificialmente, primero en griego, después en latín y luego en las diferentes lenguas europeas) justifica una aproximación que guarda ante todo un carácter propagandístico. El hecho de que Judas fuera además el tesorero de los apóstoles contribuyó a promocionar durante siglos la imagen prototípica del judío avariento, sobre todo en una Europa atrasada, la medieval, en la que la usura y otras prácticas comerciales eran mal vistas por los cristianos o incluso les estaban prohibidas.

De lo que no cabe duda es de que durante siglos la imaginería cristiana ha pintado a Judas como el arquetipo del «judío» según los prejuicios cristianos: bajito, encorvado, narigudo, de mirada aviesa, frotándose las manos, a veces con cuernos y rabo de diablo. Una imagen repetida machaconamente durante siglos en altares, cuadros y tallas, introduciendo de manera subliminal en el público de las iglesias un

rechazo visceral a los judíos que a menudo acabó de manera trágica. El rechazo cristiano a ciertos oficios económicamente productivos, lo que hizo que buena parte de la banca quedara en manos de judíos durante siglos, también tuvo algo que ver: para el cristiano viejo, harto de destripar terrones a pesar de su pura sangre, debía de resultar muy duro y humillante ver cómo algunos (sólo algunos) de sus vecinos judíos se enriquecían sin esfuerzo aparente. También muchos debieron de pensar que las riquezas de esa gente estarían mejor en bolsillos más cristianos... Sin embargo, no se puede culpar de esto a Iscariote, que es, como tantos descendientes suyos, víctima de una campaña milenaria de propaganda negativa.

Víctima o verdugo, Judas Iscariote resulta un personaje atractivo, y por eso se le ha representado de innumerables maneras, incluido el bailarín y cantante de raza negra Carl Anderson de la película *Jesucristo Superstar*. En esta aproximación amistosa y musical a la figura de Judas, revolucionaria desde luego en lo que se refiere a la imaginería sobre el tema, el mítico traidor se convierte en el personaje más interesante de la película, pero esto, en realidad, no es nada nuevo: es el eterno atractivo del «mal», del mismo modo que en la *Divina Comedia* o el *Paraíso Perdido* la descripción del Infierno resulta infinitamente más sugerente que un Cielo que parece la síntesis del aburrimiento y la congelación eternas.

CAPÍTULO II

AKENATÓN, EL TRAIADOR A LOS DIOSES

Amenofis IV, nacido hacia el año 1353 a. C., es uno de los faraones más famosos de todos los tiempos, aunque no por sus actos de gobierno, y si se le recuerda no es precisamente gracias a sus contemporáneos, que trataron de borrar la memoria y hasta el mero nombre del faraón que cometió la mayor de las traiciones imaginable: la que se hace contra los dioses.

Más conocido como Akenatón, durante los primeros cuatro años de su reinado continuó la política de sus antecesores, Tutmosis IV y Amenofis III, quienes habían hecho prevalecer el culto a Atón y favorecieron a los templos y sacerdotes de este dios que encarna el globo solar. Amenofis IV, sin embargo, llevó las cosas más lejos en un proceso que puede tildarse de verdadero golpe de Estado terrestre y celestial a la vez. Incapaz de llegar a un acuerdo con los poderosos sacerdotes de Amón —no olvidemos que la religión en Egipto era un asunto de poder y mucho dinero—, decidió romper con el culto tradicional e instaurar un sistema monoteísta centrado en la figura de Atón. Amenofis cambió su nombre por el de Akenatón («Favorito de Atón») y trasladó la capital de Tebas a Amarna (Aketatón), una ciudad de nueva planta construida, según el mismo faraón anunció, en el lugar escogido por el dios.

La traición de Akenatón a los dioses tradicionales fue completa en muchos sentidos: no sólo les privó de su poder simbólico al instaurar, por primera vez en la Historia, un sistema monoteísta: es que de manera paulatina fue saqueando los fondos y recursos de los templos de los demás dioses para sufragar la construcción de su ciudad áulica, lo que en la práctica suponía despojarles también del poder terrenal. Pero las

consecuencias fueron mayores para las cuestiones cotidianas del país del Nilo, que con un faraón concentrado en sus tareas como sumo sacerdote del Sol se vio sumido en el más profundo desgobierno. En este sentido Akenatón fue también un traidor a Egipto.

Durante su reinado la economía se resintió hasta la bancarrota. Muchos templos tuvieron que cerrar sus puertas y los sacerdotes, poco acostumbrados a buscarse la vida, se convirtieron en salteadores de caminos y charlatanes profesionales que alentaban al pueblo a la rebelión. Razones no faltaban, puesto que los pocos templos no atonianos supervivientes se mantuvieron en marcha gracias a una política impositiva que terminó de sumir en la miseria a una masa de población que ya vivía desde mucho antes en condiciones precarias. Por si fuera poco, los dioses ofendidos se tomaron su primera venganza haciendo que el Nilo no creciera, como era su costumbre periódica, justo el año en que la corte se trasladó oficialmente a Amarna.

La situación se agravó, además, con el incremento de la independencia de los nomarcas, los gobernadores de las provincias. El poder de esta aristocracia *feudal* había crecido durante los reinados precedentes, pero ahora, ante la ausencia del poder central, muchos de estos jefes políticos y militares creyeron llegado el momento de gozar de mayor autonomía o incluso de separarse abiertamente de Egipto. El reino del Nilo estuvo a un paso de la disgregación, y en todo caso perdió el control de sus colonias y vasallos fuera del valle del Nilo.

El reinado de Akenatón duró dieciocho años, durante los cuales el país quedó sumido en la miseria. En los últimos momentos asoció al poder a su heredero Esmenkére, pero ya nada podía evitar la descomposición de Egipto. La agresión hitita, que fue rechazada *in extremis* por el general Horemheb, evitó la desaparición prematura del reino del Nilo, aunque la traición del Faraón Hereje dejaría a Egipto en la pobreza y la debilidad durante décadas.

Tras la muerte de Akenatón fue restaurado el culto politeísta (que nunca habían dejado de practicar las masas populares: el monoteísmo atonista fue una práctica cortesana y más bien pija) y se prohibió la nueva religión fundada por el difunto soberano. Sus seguidores escaparon al exilio y muchos fueron asesinados por el pueblo, por los sacerdotes de otros dioses o por los bandidos.

¿Qué llevó a Amenofis IV a emprender semejante reforma religiosa en una cultura milenaria de profundas creencias politeístas? En primer lugar, la tendencia heredada de sus antecesores. Esto, sin embargo, no escondía tanto elementos religiosos como políticos. El Egipto del siglo XIV a. C. se encontraba debilitado y a punto de romperse, por lo que los faraones trataban de reinstaurar el poder central unificador. La preponderancia creciente del culto solar respondería de este modo a un deseo simbólico de encarnar las virtudes del astro rey en la figura sagrada del faraón.

¿Hasta qué punto influía la religiosidad en todo esto? El faraón, como los demás sacerdotes, sabía muy bien que los rituales y las presuntas manifestaciones de los dioses en los templos eran pantomimas destinadas a impresionar al pueblo. Sin embargo, no hay que pensar que no creyeran en lo que hacían. Después de todo, a lo largo de la Historia mentes de gran valía, conscientes de las contradicciones y debilidades de la religión, han dedicado esfuerzos incalculables para «demostrar» que esa fábula esperanzadora es cierta. En cualquier caso, no cabe duda de que al menos Amenofis IV-Akenatón sí era un creyente, y si bien en los primeros años de su reinado la reforma pudo obedecer a cuestiones políticas y económicas, enseguida se convirtió en el primer fanático de su propia secta.

Aunque los faraones posteriores destruyeron sus monumentos y registros, y borrarón su nombre de casi todas partes (incluida la ciudad de Amarna, que fue abandonada y saqueada), las imágenes que se conservan nos muestran a un hombre de aspecto deforme, con las caderas anchas y

el pecho hundido, labio leporino, cara extrañamente alargada y gesto ido. Muy parecido, por otra parte, a cualquier miembro de una familia real endogámica, con su carga genética estropeada por siglos de matrimonios entre parientes cercanos. Su aspecto recuerda mucho al de los monarcas europeos tantas veces retratados. La endogamia egipcia, no obstante, era incluso más radical que la de Habsburgos, Borbones, etc., ya que se consideraba no normal, sino imprescindible, casarse entre hermanos y a veces yacer hijo y madre, como hizo el propio Akenatón. En suma, es muy probable que Akenatón fuera incluso un poco retrasado mental, y no vale decir que sus representaciones artísticas fueran deformadas expresamente por el escultor, deseoso de representar así la calidad divina de su jefe: a otros miembros de la familia real, por ejemplo a la hermosa Nefertiti, no les adorna con taras de ninguna clase.

En todo caso, si Akenatón no era anormal de nacimiento, sus prácticas religiosas debieron de ablandarle la sesera: plantado al sol durante horas, fijando a menudo la vista en el cegador disco solar y convencido de ser el hijo de nuestra estrella, fue poco a poco alejándose de la realidad. Aislado en Amarna, desde luego perdió todo contacto con su pueblo. De no ser así, ¿cómo habría podido interpretar, sino como un castigo por su traición, el estado de caos en que se sumergió Egipto tras su herejía monoteísta?

Así pues, Amenofis IV, el faraón maldito, traicionó al país y a los dioses, y su traición cambió en gran medida la historia de Egipto, que no recuperó su antiguo poder hasta mucho tiempo después, casi olvidada ya esta extravagancia de un universo creado y regido, nada menos, que por un único dios solitario y todopoderoso.

Pero hay más. Dos estudiosos franceses, Roger y Messod Sabbah, presentaron en su libro *Les Secrets de l'Exode* a principios del siglo XXI una curiosa teoría que relaciona la herejía de Amarna con el origen del judaísmo. Aunque la hipótesis ha sido tachada de patraña por otros

investigadores (y, por supuesto, por los rabinos ortodoxos), no carece de fundamento científico.

Dos factores respaldan la propuesta: la ausencia absoluta de referencias al pueblo hebreo en los anales y documentos egipcios; y, por otra parte, la forma característica de evolución de las religiones en todas partes del mundo. En lo que se refiere al primer punto, sólo el *Antiguo Testamento* habla de las peripecias y penurias de los hebreos en Egipto, país en el que supuestamente habitaron durante casi cinco siglos. Resulta chocante, sin embargo, que los egipcios, burócratas maniáticos donde los haya habido, no hagan la menor mención a este pueblo problemático, ni siquiera de forma anecdótica.

En cuanto a la génesis y evolución de las religiones, se admite de forma general (y también muy discutida) que los pueblos desarrollan primero cosmogonías espiritistas en las que todo lo creado encierra un hálito sobrenatural. De este punto se evoluciona a religiones politeístas multitudinarias. Con el paso del tiempo el panteón se va estrechando, desaparecen deidades menores, héroes y espíritus diversos, y en última instancia un dios domina sobre todos los demás. El paso siguiente sería un monoteísmo incompleto, como el que caracteriza a la fe cristiana, para acabar en un monoteísmo perfecto, que es el que pretende preconizar hoy día el islam. Si esta teoría es acertada, la aparición de un pueblo radicalmente monoteísta, sin seguir los pasos y antecedentes previos, en la zona del Oriente Cercano, constituiría una auténtica anomalía histórica y teológica.

La herejía de Amarna ofrece una curiosa explicación al problema: el monoteísmo judaico procedería directamente de la religión creada por Amenofis IV (a partir de una religión, la egipcia, que sí había seguido la evolución considerada corriente). El dios Yahveh no sería otro sino Atón (y no olvidemos que a Yahveh no se le representa físicamente, más allá de un resplandor que ciega, como el del Sol), y los judíos del Éxodo serían los

seguidores de Akenatón que tuvieron que escapar de Amarna y se asentaron más tarde en la zona del Sinaí y luego en Palestina para evitar represalias. Siguiendo esta línea de pensamiento, Akenatón sería el mítico Abraham, el gran padre de judaísmo; y Moisés, el general egipcio Mose, seguidor de Akenatón que guio a los fugitivos fuera de Egipto. Incluso el origen de la palabra «judíos», el término egipcio «yahud», significaría algo así como «los seguidores del faraón».

Si esta sugerente historia fuera cierta, la traición de Amenofis IV habría cambiado la Historia en un sentido mucho más profundo de lo esperado, y no dejaría de llamar la atención que un resonado «traidor» fuera padre espiritual del hombre que sería, siglos y siglos después, la encarnación máxima de la traición: Judas Iscariote.

CAPÍTULO III

TRAICIONES GRIEGAS: LA ESTELA DE EFIALTÉS

Cuando los griegos antiguos, de origen indoeuropeo, llegaron a la Hélade, traían con ellos una mitología cargada de sentido de la traición. Algo lógico, por otra parte, para un pueblo belicoso y comercial que consideraba la confianza como elemento básico de las relaciones humanas, una virtud que ellos mismos, y no dudaban en reconocerlo, defraudaban siempre que lo creían necesario. A fin de cuentas, «todos los griegos son unos mentirosos», a decir de los persas, y aunque un mentiroso no es lo mismo que un traidor, por algo se empieza.

Tampoco encontraban los griegos un buen ejemplo en sus deidades, pobladoras del panteón más humano que haya existido jamás: celos, envidias, luchas por el poder, cuernos y, por supuesto, traiciones...

Helena, o cuando la traición es cosa de cuernos

Para no perdernos demasiado por el confuso laberinto de la fe, recordemos que uno de los mitos fundacionales de la historia griega arranca de una curiosa traición: la de Helena, esposa del aburrido y feo Menelao, que se escapa de la corte en brazos de Paris, el meloso y poco aguerrido príncipe troyano, hermano de Héctor. Una jugarreta impropia de un embajador y una traición conyugal que traería, si queremos creer el relato de los hechos, incalculables consecuencias históricas.

El mito de la Guerra de Troya se encuentra a medio camino entre la leyenda y la historia y simboliza poéticamente el enfrentamiento económico entre las ciudades europeas y asiáticas del Egeo que se

disputaban las valiosas rutas comerciales hacia el Oriente, además de la lucha por el espacio físico entre los antiguos habitantes de la región y los recién llegados indoarios. Es poco probable que se desencadenara un conflicto de tales proporciones por la simple venganza de un cornudo, aunque, mirándolo bien, tampoco sería tan raro, pues a menudo las guerras empiezan por la excusa más tonta, y valga de recordatorio que en pleno siglo XX dos países centroamericanos se enfrentaron armas en mano por el resultado de un partido de fútbol.

En todo caso, la traición de Helena sería determinante para la Historia, pues el triunfo final de la coalición griega gracias al ardid de Odiseo (y no deja de ser lo del caballo una pequeña traición) determinó que la cultura clásica tendiera a centrarse en el Occidente (la expansión helénica hacia otros ámbitos acababa siempre por «orientalizarse»), y más allá del mito tardío de Eneas, este pudo ser un hecho capital en el surgimiento posterior de Roma, con todo lo que ello implica.

Tiranos de poco fiar

En la misma época de la Guerra de Troya acontece la miserable muerte de Teseo, rey de Atenas y héroe comparable a Hércules. Según la leyenda fue asesinado a traición por el rey Licomedes de Esciros, tras exiliarse Teseo de Atenas por el estado caótico en que se encontraba la ciudad. Licomedes tenía fama de hospitalario, pues también había dado refugio a Aquiles cuando, disfrazándose de muchacha, trataba de evitar el pasaje a Troya. Licomedes recibió con amabilidad al entonces anciano matador del Minotauro, pero luego, temeroso de que Teseo le arrebatara el trono, hizo que lo despeñaran por un acantilado. Esta traición no sería muy importante para la historia universal, pero sí para los atenienses, que de esta manera, con una muerte acorde con la vida que había tenido, contaban con un héroe fundacional.

Sin duda la historia de la Grecia antigua fue pródiga en actos de traición, aunque lo cierto es que en muchas ocasiones no resultaban muy claros los linderos. El conjunto de ciudades-estado dominadas por oligarquías financieras y aristocráticas fue dando paso a sistemas de gobierno algo más complejos con alternancia, según tiempos y lugares, entre monarquías, democracias y tiranías. No es el objeto de este libro hacer un análisis de cómo se gobernaban los griegos, así que no lo haremos. Baste decir, eso sí, que dependiendo de la forma de gobierno, el poder, las influencias y los dineros pasaban de unas manos a otras, y en esto sí que no hay diferencias en ninguna época ni lugar.

Las constituciones de algunas ciudades, como Atenas y Esparta, castigaban con especial dureza los actos de traición. En Atenas el traidor no sólo era ejecutado, sino que sus bienes cambiaban de manos *ipso facto*. En Esparta esta salvedad legal no se daba, puesto que los bienes eran comunales y para un ciudadano el único patrimonio era su valor (por eso la constitución espartana sólo tenía en cuenta dos delitos verdaderamente capitales: la cobardía y la traición). Sin embargo, a pesar del miedo al castigo la tentación de la recompensa era alta, y a veces existían otras intenciones más elevadas que la mera ansia pecuniaria.

Las tiranías helénicas eran, como las democracias, repúblicas que a causa de situaciones excepcionales quedaban bajo el mando de un dictador o una asamblea de notables. El término «tirano» (del griego *tyrannos*, «amo») no era despectivo en principio, pero los abusos de muchos de estos magistrados impregnaron de negatividad tanto la palabra como la forma de gobierno dictatorial. Corrupción y saqueo del erario público, asesinatos sumarios, alevosías de todo tipo y a veces hasta la entrega de la ciudad a los enemigos hicieron que los helenos se levantaran en armas más de una vez para dar su merecido a esos individuos que olvidaban la función pública del poder y creían que el Estado era su coto privado. Entramos así en el campo resbaladizo en el

que se confunden los límites entre la traición y la rebelión legítima. Para no extendernos demasiado en una historia de sangre y venganzas, citaremos al menos dos casos que los propios griegos consideraron genuinas traiciones.

El primero de ellos es el de Polícrates, tirano de Samos que había llegado al poder de forma un tanto traicionera, conspirando en el seno de su familia y comprando voluntades a diestro y siniestro, pues era hombre de gran fortuna. Una vez en el poder, su gobierno fue una suma de traiciones: hizo asesinar a todos los familiares y amigos que le habían encumbrado para que así nadie le disputara el mando; luego dispendió los fondos públicos en lujos extravagantes, lo que le volvió muy impopular. Para tratar de mantenerse en el cargo quiso venderse a los persas, al tiempo que pronunciaba ante sus gentes un discurso populista en el que aseguraba que mantendría la independencia de Samos frente al Imperio. Como suele ocurrir en estos casos, no dejó contento a nadie, por lo que Orestes, sátrapa de Magnesia, urdió una estratagema para capturarlo cuando más confiado estaba y después lo hizo crucificar, en el año 522 a. C.

El otro ejemplo entra hasta cierto punto en el espacio del mito, y pone de manifiesto, dicho sea de paso, lo movedizo de los límites semánticos. Hippias, tirano de Atenas, fue otro dilapidador de bienes que cometió el error de coquetear con los odiados persas. El pueblo ateniense, harto de la dictadura, deseaba el restablecimiento de un gobierno democrático, pero el principal atentado contra el déspota, protagonizado por dos personajes semilegendarios, Harmodio y Aristogistón, acabó con el asesinato por error de Hiparco, hermano de Hippias. Descubierta la conjura, el tirano creyó enloquecer al ver muerto a Hiparco, por lo que hizo ejecutar a los asesinos, a quienes acusó de traidores. El pueblo, sin embargo, los honró como a héroes, y por último Hippias fue destronado, pero no por sus ciudadanos, sino por una coalición de tropas griegas.

Huido de Europa, se refugió en la corte persa y se convirtió en un lacayo de Darío, en cuyo ejército sirvió como soldado dando a los medos toda la información que pudo sobre las defensas de Grecia, hasta que murió en combate en el año 510 a. C.

Efiáltés y el sacrificio decisivo de los espartanos

Ninguno de estos actos de traición cambió demasiado la Historia, aunque, quién sabe, tal vez la información del traidor Hippias animó a los persas a lanzar su ataque masivo sobre la Grecia europea. Las Guerras Médicas, que sembraron de desolación la Hélade pero al mismo tiempo supusieron el nacimiento de cierta conciencia de lo occidental, fueron ricas en actos de traición.

Aunque se distinguen dos Guerras Médicas, en realidad a lo largo de todo el siglo V a. C. el Imperio persa (al que los griegos llamaban meda por error) no dejó de hostigar la Hélade, ansioso de incorporarse las ricas ciudades comerciales del Egeo. Los helenos podían ser quisquillosos y desconfiados hasta el punto de mantenerse en guerra continua unos con otros, pero en esta ocasión formaron casi una piña contra el enemigo común. Todo empezó con el levantamiento de Jonia en el año 500 a. C. Jonia era, como toda la Grecia asiática, territorio dominado por el Imperio persa, y si bien la rebelión fue aplastada, despertó en los griegos un vivo sentido de independencia frente a las costumbres «bárbaras» de los déspotas orientales.

La I Guerra Médica acabó en una especie de empate, pero los persas no estaban dispuestos a dejar las cosas así, sobre todo tras sufrir su ejército una humillante derrota —la primera de su historia— en la planicie de Maratón. Así, veinte años después de los sucesos de Jonia, que acabaron con la destrucción de Mileto, el rey Jerjes emprendió de nuevo la marcha sobre Grecia, esta vez al frente de un ejército de 300.000 hombres

(aunque el rey Leónidas de Esparta solía arengar a sus hombres diciendo que el Gran Rey tenía muchos hombres, pero ningún soldado) apoyados por una potente flota de 700 navíos estacionada en el Egeo.

Esta masa de combatientes, sin embargo, no resultó tan eficaz como esperaba el rey de reyes, pues sus movimientos se veían limitados por las escarpaduras y asperezas de la Grecia continental. Así, en el año 480 a. C. el hasta entonces imparable avance persa se vio detenido por una fuerza muy inferior en el desfiladero de las Termópilas, mientras la gran flota imperial no conseguía tampoco éxitos notables frente a la mayor experiencia marinera de los griegos.

Los persas, amantes de la verdad, despreciaban a los traidores, pero la obstinada resistencia griega en las Termópilas resultaba humillante para las armadas persas, por lo que Jerjes decidió adaptarse a las circunstancias y aceptar la información que le suministró el traidor Efialtés, un pastor que esperaba recibir una gran recompensa a cambio de enseñar a los persas un camino oculto por las montañas que permitiría a los invasores coger por la espalda a los defensores del paso.

La traición, sin embargo, no funcionó como se esperaba. Los griegos se dieron cuenta a tiempo de la situación y lograron evacuar al grueso del ejército mientras el rey espartano Leónidas, al frente de 6.000 hombres (de los que 300 eran conciudadanos suyos), hacía frente al ataque persa, ahora desde dos frentes. Leónidas y los demás fueron aniquilados, pero consiguieron resistir el tiempo suficiente para que el resto de las tropas griegas se reorganizaran en una nueva posición defensiva. Al mismo tiempo, la heroica entrega de estos combatientes produjo un doble efecto: de un lado, elevó la moral de las ciudades griegas, y de otro sumió en el desconcierto a los invasores, que empezaron a no tenerlas todas consigo si habían de vérselas a guerreros de tanto valor, dispuestos además a luchar hasta la muerte antes que entregar su patria a la abyecta sumisión propia de las cortes orientales (según el punto de vista griego).

Sin duda Jerjes podría haber sacado consecuencias útiles en los momentos previos a la batalla, ya que tras amenazar a los griegos con «una nube de flechas que oscurecería el sol», Leónidas le respondió que lo prefería, pues así, en un día caluroso como aquel, «podrían luchar a la sombra». También, cuando Jerjes conminó a los griegos a que entregaran sus armas, Leónidas, desde su parapeto, le gritó: «¡Ven y gánatelas!» Por su valor, y por el valiosísimo tiempo que concedieron a sus coterráneos, todavía hoy una lápida recuerda el sacrificio de los hombres de Leónidas:

«Viajero, ve a Esparta y dile que sus hijos murieron aquí por defender sus leyes.»

Las traiciones pueden producir beneficios, pero nunca proporcionan gloria ni al que las comete ni al que se aprovecha de ellas. El ejército persa logró atravesar las Termópilas y saquear Atenas, pero apenas un mes después de la batalla la flota persa fue aniquilada en Salamina por un contingente naval griego muy inferior en número. Desprovistos del apoyo de sus barcos, las fuerzas terrestres del Gran Rey, pese a su abrumadora superioridad numérica, fueron barridas en Platea, y casi simultáneamente la flota combinada griega terminaba de destruir los barcos persas en Micala. Los sueños del Gran Rey de extender sus dominios hasta Europa se diluían, quizá como castigo por haberse servido de una traición.

Estos hechos resultaron determinantes para el desarrollo ulterior de la Historia, pues la derrota persa permitió que el mundo occidental se desarrollara tal y como ha venido siendo hasta ahora, con sus formas características en la filosofía, el arte y la ciencia. Un triunfo persa gracias a la información de Efiáltés habría supuesto un devenir histórico absolutamente distinto para todo el planeta, pero la traición produjo resultados imprevistos.

Efiáltés, que había acompañado al ejército persa en espera de su recompensa, tuvo que huir con los escasos supervivientes a territorio asiático, y allí acabó asesinado de mala manera: los persas hicieron con él la justicia que no pudieron los griegos, y su nombre ha sido prácticamente olvidado. Leónidas, por su parte, goza de eterna memoria, tal y como le había prometido un augurio acontecido momentos antes de la batalla, y según el cual Grecia conservaría su libertad si un rey moría en combate frente a los persas.

La inesperada victoria griega frente al hasta entonces irresistible avance persa no culminó, sin embargo, de un modo honroso, ni el sacrificio de Leónidas y los espartanos fue seguido de muestras comparables de caballerosidad. A fin de cuentas, si un pastor pobre y hambriento, y tal vez cansado de las arbitrariedades de la clase aristocrática, podía sacar beneficio de una traición, ¿por qué no se iban a valer los patricios de añagazas similares con tal de obtener una ganancia?

Todavía estaba caliente la sangre de Leónidas cuando Temístocles de Atenas, a la sazón el principal artífice de la gran alianza helénica, echó a pique la flota persa en Salamina. Después reconstruyó la Atenas destruida por los invasores y la convirtió en una próspera ciudad comercial capaz de enfrentarse en igualdad de condiciones a Esparta. Sus hazañas, sin embargo, no le privaron de la envidia y la malquerencia de sus conciudadanos, por lo que en el año 472 fue condenado al ostracismo y enviado al exilio. Tras diversos avatares acabó en la corte persa de Artajerjes, quien le nombró sátrapa de Magnesia, y desde allí se enfrentó a sus antiguos compatriotas siempre que pudo. ¿Traidor por despecho? Tal vez no tanto, pues algunos estudiosos sugieren que ya en vísperas de Salamina Temístocles mantuvo tratos con Jerjes para retirar la flota ateniense del Egeo a cambio de una cuantiosísima recompensa. Si esta presunta defección acabó como acabó fue debido, según parece, a la cobardía y torpeza de los navíos fenicios y egipcios que formaban parte

de la armada imperial, y en suma la gran victoria naval griega habría sido resultado de un cúmulo de circunstancias, entre ellas varias traiciones entrecruzadas.

Peor suerte corrió el segundo rey de Esparta (y de momento único, una vez muerto su tío Leónidas), Pausanias, quien a pesar de dirigir al ejército griego victorioso en Platea no mucho después de las Termópilas y Salamina, acabó su vida de muy mala manera: acusado de traidor y de mantener comercio secreto con los persas para convertirse en rey de toda Grecia, fue perseguido y acosado por sus conciudadanos. Refugiado en un templo, se respetó el carácter inviolable del santuario, pero se cerraron las puertas a cal y canto, y Pausanias, tal vez traidor o tal vez no, murió emparedado.

La interesada traición de Efiálfes abrió la espita de los truenos en una Grecia que ya no se vería libre de guerras en mucho tiempo. Apenas unos años después de la gran victoria sobre los persas, los griegos abandonaron toda expectativa de unidad y se dedicaron, como era su inveterada costumbre, a combatir entre sí.

La Guerra del Peloponeso, que asoló Grecia más de lo que lo hubieran podido hacer las tropas persas, se mantuvo encendida entre los años 431 y 404 a. C. Sus resultados no fueron quizá tan determinantes para la Historia de Europa como lo había sido la casi recién terminada Guerra Médica, pero sin duda estableció de manera definitiva —en esta parte del mundo— la idea de que el fin justifica los medios, y desde entonces todo ha valido en la mentalidad occidental si con ello se lograba poder y riquezas. La propia esencia de la Guerra del Peloponeso se centraba en ello: no se trataba tanto de disputarse la riqueza de la península griega como de imponer unos a otros su idea del gobierno perfecto: oligarquía contra democracia (aunque no debemos entender «democracia» en el sentido moderno, pues la democracia griega era en realidad una asamblea de aristócratas, sólo varones libres con determinado nivel de

renta: pobres, esclavos, extranjeros y mujeres quedaban fuera de esta noble institución y prácticamente carecían de derechos).

Durante esta confusa guerra entre Esparta, Atenas y sus aliados respectivos, las traiciones y cambios de bando fueron constantes: la escuela médica había dejado una impronta que ya no se iba a borrar. No seremos prolijos en descripciones, pero baste decir, por ejemplo, que Alcibíades, el mejor general de la liga ateniense, fue acusado de impiedad y, antes de someterse a juicio, prefirió pasarse a sus antiguos enemigos espartanos (en el 414), a los que dio toda clase de buenos consejos que propiciaron la estrepitosa derrota ateniense en Sicilia, que dejó a la capital del Ática casi sin aliados y sin flota.

Alcibíades fue bien tratado por el rey espartano Agis, pero pagó la hospitalidad de su protector con una traición más de andar por casa: aburrido de pasear por Esparta sin nada que hacer, sedujo a la reina Timé, lo que produjo la comprensible irritación de Agis. Huido de Esparta por los pelos, Alcibíades logró refugiarse de nuevo, esta vez en Persia, donde convenció al sátrapa Tisafernes para que rompiera su alianza con Esparta y ayudara a Atenas en la guerra. Sin duda Alcibíades no se dejaba ablandar por veleidades como la lealtad a la palabra dada o el patriotismo, pues lo que anidaba en su corazón era, por encima de todo, una ambición desmedida. Pero como suele ocurrir con los traidores, las cosas no le salieron bien: su empeño de convertirse en conquistador y soberano de una «Gran Grecia» acabaron con una nueva derrota, esta vez definitiva, en el campo de batalla, y aunque logró escapar a Persia, sólo fue para morir asesinado.

La situación de Atenas, pese a su superioridad económica y naval, fue empeorando a lo largo de una guerra que se prolongaba ya demasiado. A fin de cuentas los espartanos, imbuidos desde la cuna de sentimientos patrióticos, eran más difíciles de corromper, mientras que Atenas no podía confiar ni en sus aliados ni en sus estrategias. La situación llegó a

una crisis casi definitiva hacia el final de la guerra, cuando el sistema democrático de Atenas fue sustituido por una asamblea aristocrática formada por cuatrocientos notables del partido oligárquico, los «traidores de Dekeleia», que sometieron al pueblo a una pesada servidumbre y traicionaron al Ática entregando la ciudad a los espartanos. Fue precisamente Alcibíades quien consiguió derrocar a los Cuatrocientos en otro golpe de Estado para restablecer así la democracia, pero la suerte de Atenas estaba echada: en el año 404 la Guerra del Peloponeso acabó con la capitulación definitiva de Atenas, incapaz de superar sus debilidades internas, entre ellas la inusitada tendencia de sus líderes a la defección.

Alejandro y sus diadocos

Pese a la victoria espartana en la Guerra del Peloponeso, no habría unidad helénica (incompleta a pesar de todo) hasta el auge de Macedonia, país considerado «bárbaro» por los griegos del sur, pero país griego a pesar de todo. Y curiosamente el proceso de unificación comienza con dos actos traidores: primero el asesinato del rey Filipo II en el año 336 por Pausanias, tal vez por una cuestión personal, aunque algunos historiadores no han dejado de señalar que, a fin de cuentas, quien salía más beneficiado de la inesperada muerte del rey era su joven heredero, Alejandro (quien, por cierto, casi como primer acto de su reinado, hizo ejecutar a Amintas, uno de los candidatos al trono, acusándole precisamente de traidor y de haber tenido que ver en la muerte de Filipo). El segundo hecho es también un magnicidio a traición, el asesinato del rey persa Darío, en el año 330 a. C. por su sátrapa Bessos, con la única finalidad de asumir para sí mismo el título de soberano.

En los dos casos la traición tuvo efectos fatales para los alevosos: Pausanias fue ejecutado de inmediato; Bessos no consiguió restaurar la grandeza persa, en un momento en el que el imperio se encontraba prácticamente ocupado por las fuerzas macedonias, y apenas un año

después de su reprobable acción fue capturado por los invasores y ajusticiado.

Estas dos traiciones han ejercido un peso decisivo en el transcurso de la Historia. La de Pausanias, porque permitió acceder al poder a Alejandro en plena juventud; la de Bessos, porque la presencia de un gran rey ilegítimo dio alas a las pretensiones de poder del general macedonio, que tras la muerte de Darío III adoptó los símbolos externos del poder persa. Algo que, por cierto, fue considerado como una cierta forma de traición por sus conciudadanos, que veían no ya con malos ojos, sino como un verdadero sacrilegio, los excesos propios de las monarquías absolutas.

Durante su corto pero intenso reinado conquistador, Alejandro contó pese a todo con la fidelidad ciega de sus hombres, y aun supo ganarse la de los pueblos conquistados, en particular los egipcios, que le vieron como a un libertador, y los persas, que llegaron a convencerse de su divinidad. El gran militar macedonio no experimentó en su vida más traición que aquella que nos reserva a todos la naturaleza, y él mismo no gustó nunca, como es norma en los grandes conquistadores, de los medios arteros para conseguir victorias.

Al menos esto es lo que dice el *Libro de Alexandre*, biografía fabulosa de Alejandro escrita a principios del siglo XIII tal vez por Gonzalo de Berceo. Según el autor o autores de esta obra, Alejandro juró acabar con la vida de los traidores que habían asesinado a Darío, y no sólo por su concepto de la justicia o su visión caballerosa de la guerra, sino también por dar ejemplo, a pesar de que

«Los jüicios de Dios assí suelen correr:

quiere dar a los malos, a los buenos toller,

lieva todas las cosas segund el su plazer,

por mostrar que Él ha sobre todos poder.»

Alejandro, que era un dios para muchos de sus súbditos, no podía admitir tal estado de cosas, ni siquiera cuando la traición le favorecía, por lo que siempre procuró eliminar a los traidores de la manera más expeditiva y dolorosa posible.

Lo que quizás fue la traición definitiva de la forma de ser griega a una posible expansión sin precedentes de la cultura clásica por todo el mundo fue el reparto del Imperio Macedonio por los diadocos tras la muerte de Alejandro, una muerte que, según algunos historiadores que no aportan pruebas, pudo ser resultado no de fiebres, sino de un envenenamiento. Se sabe que los macedonios estaban hartos de la ambición conquistadora imparable de su rey y también de los usos orientales que había ido adoptando. Sin embargo, sus hombres le adoraban y parece poco probable que los diadocos se hubieran arriesgado a las consecuencias de semejante traición.

En cualquier caso, traicionado por la naturaleza o por sus hombres, el rey macedonio murió joven y sus herederos, buenos generales pero malos políticos, fueron incapaces de sostener el imperio. El inmediato reparto del vasto territorio alejandrino fue en su esencia una suma de alevosías, crímenes y otros actos reprobables en los que no faltaron acusaciones de traición, sobre todo a Ptolomeo, quien recibió el nombre infame de *traidor* no por convertirse en rey de Egipto y así sancionar la inevitable división imperial, sino por robar el cuerpo de Alejandro para erigir en — precisamente— la Alejandría del Nilo, un fastuoso monumento funerario que, según los demás generales, debía haberse levantado en Pella.

El mundo helénico entró a partir de entonces en una decadencia política imparable tras un esplendoroso estallido de cultura y civilización como no habría de repetirse hasta siglos después. Su estela, sin embargo, pondría los cimientos de la que iba a ser la civilización más grande de la Antigüedad occidental. Un mundo que, en su génesis, desarrollo y

muerte, no iba a ser en absoluto ajeno a la cadena de traiciones iniciada por el desventurado Efiáltés: Roma.

CAPÍTULO IV

ROMA NO PAGA A TRAIDORES

Eso, «Roma no paga a traidores», dice la tradición que es lo que contestó el cónsul Cepión a los traidores que vendieron a Viriato, jefe lusitano que a punto estuvo de acabar con el dominio romano en Hispania. No pagaría, pero sí se aprovechaba de sus servicios.

La alevosa muerte de Viriato

El proclamado inventor de la guerra de guerrillas puso en jaque a las legiones romanas entre los años 147 y 139 a. C., y sólo la traición de tres de sus oficiales, Ditalcón, Minuros y Audas, pudo acabar con la resistencia encabezada por el inteligente y astuto líder ibérico nacido en algún lugar desconocido de la Serra da Estrela.

A lo largo de sus años de actividad militar Viriato derrotó al ejército romano en diversas ocasiones aprovechándose de su conocimiento del terreno y de la mayor movilidad de sus fuerzas. Aunque los lusitanos no resultaron muy eficaces en campo abierto, las tropas de Viriato pusieron en ridículo una y otra vez a destacados oficiales invasores, como los pretores Cayo Vetilio, Claudio Unimano y Quincio, el cuestor Cayo Plaucio, e incluso a un cónsul, Serviliano. La derrota de este último en el 141 sirvió para que Roma asumiera, al menos en apariencia, la invencibilidad de los presuntos bárbaros, y llegara a un acuerdo de amistad con los lusitanos, elevados a la categoría de «amigos» de Roma. Era una forma de salvar los muebles y, de paso, un medio para ganar algo de tiempo.

Apenas un año más tarde un nuevo oficial romano, el cónsul Cepión, decidió acabar como fuera con el caudillo que estaba poniendo en ridículo el poderío de las legiones y, dicho sea de paso, dando un mal ejemplo a otros pueblos sometidos, como los celtíberos del centro peninsular. Así, impostando unas negociaciones, el cónsul atrajo a su campamento a una delegación lusitana formada por los tres sujetos arriba dichos, los cuales no tardaron mucho en dejarse corromper por la jugosa oferta pecuniaria de Cepión. A cambio debían asesinar a su jefe, el inadvertido Viriato.

Algo que hicieron nada más regresar al campamento. Sin embargo, y como suele pasar en esto de las traiciones, los tres alevosos no ganaron nada, pues al retornar al campamento romano el cónsul les contestó —al menos eso dice la leyenda— con el famoso «Roma no paga a traidores». Minuros, Ditalkón y Audas se quedaron compuestos, sin dinero y aún tuvieron suerte de escapar de la quema más o menos indemnes. A cambio Roma lograba, después de años de fracasos, el sometimiento gratis de la rebelde Lusitania.

Una traición mítica que no sólo ha servido para fomentar y exacerbar el nacionalismo primario tanto portugués como español, sino que posiblemente cambió la Historia, pues de haber seguido vivo Viriato tal vez su ejemplo habría cundido entre los pueblos ibéricos y el devenir de los acontecimientos, al menos en la península Ibérica, habría sido muy distinto (o tal vez Roma habría vencido de igual modo a los lusitanos, con Viriato o sin él; en todo caso, diría mucho de la calidad de un pueblo el que su éxito o fracaso dependieran en exclusiva de la vida de un solo hombre.)

De Rómulo a las guerras civiles: sucesión de alevosías

En el ahorrativo gesto de Cepión no hay que ver racanería, sino más bien

una muestra de la *virtus* romana, que valoraba, entre otras cosas, el sentido republicano de la honradez. Cabe preguntarse, no obstante, si el que se aprovecha de la traición es menos mezquino que el traidor, pues cuando la habilidad o la fuerza no eran suficiente recurso, los romanos no dudaron en emplear cualquier otro medio a su alcance.

A fin de cuentas descendían culturalmente de los griegos, un hecho del que siempre se enorgullecieron. Incluso el poeta romano Virgilio quiso dar matices genéticos a esa herencia y atribuyó a la nación latina un origen legendario en su célebre *Eneida*. Según el vate, Rómulo, el fundador de la Ciudad, habría sido descendiente de Eneas a través de Rea Silvia, nieta lejana del fugitivo troyano. La vestal Rea mantuvo al parecer coyunda secreta con el dios Marte, y de esta relación ilícita nacerían los gemelos Rómulo y Remo. Puesto que a su vez Eneas era hijo de Afrodita (la Venus romana), no es de extrañar que los futuros dueños del mundo antiguo combinaran en su sangre una explosiva mezcla de sensualidad y ardor guerrero.

Como el amor y la guerra nacen de la ambición, y en ambos juegos todo vale, no sorprende tampoco que la historia de Roma estuviera plagada, desde el primer día, de actos de traición. El primero de ellos determinaría la forma de ser un tanto fratricida y autodestructiva de los romanos: el asesinato de Remo a manos de su hermano Rómulo por un quítame allá esas pajas. En concreto, Remo se burló del lindero que Rómulo había trazado para delimitar la Urbe, la primitiva Roma Quadrata. La fábula, que recuerda mucho a la de Caín y Abel, resume la lucha que en un momento dado se produjo entre agricultores y ganaderos, o entre sedentarismo y nomadismo, con victoria de los primeros. Aunque ciertos mitos son universales, en este también hay su aquel de celos y envidias, que son compañeros habituales de los traidores. El hecho de que Rómulo, además, poblara su ciudad con bandidos y rufianes que con tal de tener mujeres no dudaron en robárselas a los sabinos, tal vez determinó el

carácter marrullero, oportunista e ingenioso de los romanos a lo largo de toda su historia.

Una historia que iba a quedar marcada por el signo de la traición, y cuya influencia sería fundamental para el mundo futuro. El devenir de Roma no fue en ningún momento tranquilo, y si el periodo monárquico, que duró hasta el año 509 a. C. con la deposición de Tarquino el Soberbio por la propia clase patricia, fue feudo de conspiraciones de todo tipo, los actos de traición más suculentos se darían, no obstante, en la República: la fulgurante expansión territorial del nuevo modelo político oligárquico basado en la autoridad del Senado trajo a la península Itálica incontables riquezas y extendió los dominios romanos por todo el Mediterráneo. Este flujo de bienes, lejos de asentar y consolidar el Estado, exacerbó viejas rencillas, creó otras nuevas y despertó el fantasma de la ambición sin límites, único espíritu escondido tras las águilas legionarias.

Julio César, traicionado por sus amigos

Este periodo de esplendor cultural, pero escenario también de crudísimas guerras civiles y asesinatos políticos, concluiría con una de las traiciones más famosas de la Historia, y también una de las que mayores consecuencias traería para el futuro: el asesinato del dictador Julio César el año 44 a. C.

Antes de producirse este magnicidio, sin embargo, es necesario establecer algunos antecedentes.

Cayo Julio César había nacido en Roma en el año 101 a. C., y su familia pretendía descender del mismísimo Eneas. Aunque eran aristócratas, durante la República la *gens* Iulia había formado parte del partido popular, que apoyaba las reivindicaciones de la clase plebeya. Aparte de este detalle, de gran importancia para su posterior desenvolvimiento como jefe populista, nada hacía augurar el gran genio militar que se

escondía en el joven Julio, más aficionado a la literatura y al sexo que a los placeres del campo de batalla.

Los que no le tomaron en serio tendrían ocasión de arrepentirse, y esto tanto los enemigos como sus propios aliados políticos, que siempre fueron ocasionales, pues César ambicionaba el poder absoluto y restaurar en su persona una suerte de monarquía que, por otra parte, respetara las apariencias republicanas. No hay que olvidar que para los romanos la idea de monarquía era algo no sólo propio de pueblos atrasados y bárbaros, sino un auténtico sacrilegio.

Sin embargo, y pese a su gran ambición que en última instancia le costaría la vida, César no gustó nunca de usar a traidores. Por el contrario, trató de comportarse siempre de forma caballerosa, y sus manifestaciones de generosidad fueron abundantes, incluso con sus enemigos, muchos de los cuales fueron menos escrupulosos que él.

César dio muestras de este talante ya durante la ardua campaña de las Galias. Los galos, pueblo belicoso y valiente, pero tremendamente dividido, consideraba la traición casi como un rasgo de hombría, y así no sólo se vendían unos a otros (facilitando en gran medida la penetración de las tropas de Julio), sino que a menudo cometían el error de traicionar a los romanos cuando creían que estos se encontraban en una posición de debilidad. Así, los vénetos traicionaron a César y éste no dudó en aplicar un castigo ejemplar: su consejo tribal fue exterminado y el resto del pueblo vendido en el mercado de esclavos. Más dura aún fue la campaña contra los traidores eburones, que se saldó con el práctico exterminio de este pueblo y la destrucción de sus tierras y ciudades.

Claro que decimos traidores desde el punto de vista romano. Para los propios protagonistas se trataba de una lucha por la independencia, y esto pone de manifiesto una vez más la relatividad de los términos. Incluso el de nación, ya que en la masacre de los eburones participaron

de manera entusiasta las fuerzas de otras tribus galas vecinas, encantadas de hacerse con una parte del botín.

Pequeñas traiciones que no cambiaron el curso de ninguna historia, pues César anexionó todas las Galias a Roma y ello le dotó del prestigio necesario para regresar a la capital y demandar sus derechos a un poder que se antojaba cada vez más absoluto. Derechos, por cierto, disputados por más de un personaje, lo que iba a abocar a la República romana a la última y desgarradora fase de sus sangrientas guerras civiles.

Durante la guerra contra Pompeyo se produjo un hecho que originó en César una sensación ambivalente y un tanto paradójica: Labieno, su lugarteniente en la Guerra de las Galias, decidió unirse a Pompeyo. Julio se dolió de esta traición, pero al mismo tiempo se vanagloriaba asegurando que Labieno había sido el único de sus oficiales —«amigo» le llamó en realidad— que se había pasado al enemigo. Tal vez fuera por envidia, puesto que Labieno se consideraba a sí mismo tan buen estratega como César, y es cierto que en la campaña de las Galias había obtenido notables éxitos actuando por su cuenta. En la Guerra Civil su participación fue igualmente destacada y se convirtió en el mejor general de los pompeyanos. Sin embargo, no pudo oponerse al genio de César y fue finalmente derrotado y muerto en la batalla de Munda. Antes, no obstante, mostró un inusitado rencor hacia César, llegando incluso a atentar contra el carácter sagrado de los emisarios en tiempos de guerra.

Más repugnante resultó para César, sin embargo, el traicionero asesinato de su mayor rival y antiguo compañero de triunvirato. Tras la derrota de Farsalia, Pompeyo buscó refugio en Egipto. El reyezuelo local, Ptolomeo XII, descendiente del diadoco homónimo, fingió acogerle de buen grado, pero en cuanto tuvo ocasión ordenó a su jefe de eunucos, Teodoto, asesinar al general romano. Griegos al fin, no dudaron en traicionar al gran Pompeyo cuando vieron que César tenía ganada la guerra. Pero si con ello pensaban agradar al conquistador de las Galias,

estaban muy equivocados: cuando César vio cómo los cortesanos egipcios le entregaban, cuidadosamente envuelta, la cabeza de Pompeyo, retrocedió horrorizado y mascullando maldiciones. Tal vez intuía que la traición iba a acabar también con él pocos años más tarde, o puede que su innato sentido de la caballería le produjera un escalofrío de repugnancia. Pompeyo había sido un rival valeroso y un gran general, y César, que admiraba las buenas cualidades de su enemigo, no pudo por menos que lamentar una muerte tan miserable y artera. Por ello no sólo no escatimó honras para su rival desaparecido, sino que en cuanto pudo tomó cumplida venganza, haciendo eliminar a los autores materiales del atentado. Y la Historia, por su cuenta, se tomó la revancha final, pues los hijos de Ptolomeo XII, Ptolomeo XIII y Cleopatra, serían los últimos soberanos del Egipto independiente.

Puede decirse por tanto que la traición del eunuco Teodoto — ordenada por el rey— cambió la Historia en gran medida: allanó el camino de César al poder absoluto en Roma, una vez desaparecido su único rival de entidad, y al mismo tiempo marcó el principio del fin para una de las civilizaciones más antiguas. Aunque helenizado y sometido al vasallaje de Roma desde hacía mucho tiempo, el país del Nilo aún mantenía vivas unas tradiciones varias veces milenarias que, poco después, con la anexión romana y el auge del cristianismo, caerían en el olvido hasta la llegada, casi dos mil años después, de otro conquistador extranjero: Napoleón Bonaparte.

César regresó a Roma lleno de gloria. Su generosidad con los vencidos, las medidas populistas (juegos gratuitos, reparto de alimentos y dinero, etc.) y su habilidad a la hora de establecer equilibrios entre las distintas familias políticas, además del respaldo casi fanático de sus bien fogueadas tropas, le permitieron acumular poderes y privilegios de forma hasta entonces desconocida en la República: cónsul, sumo pontífice, *imperator*, cónsul, *dictator*... Estos cargos tenían distintas atribuciones y legalmente

sólo podían ejercerse durante periodos determinados, si bien César no respetó las normas y alternaba los empleos como mejor le parecía. El consulado, una magistratura que se ejercía junto a un compañero (había pues dos cónsules) era una especie de presidencia de la República; el sumo pontífice o *pontifex maximus* era el jefe religioso de Roma; en cuanto al *imperator*, no era otra cosa que el jefe de todos los ejércitos, un generalísimo; por último, la dictadura era una magistratura que el Senado concedía a un solo hombre en situaciones de emergencia y por un tiempo limitado. César se hizo nombrar dictador vitalicio, entre otras cosas para no cometer la torpeza de coronarse. Por esta misma razón, muy poco después de su muerte los monarcas romanos siguieron titulándose emperadores, un título que recordaba la tradición republicana y evitaba la palabra maldita: «*Rex*».

De nada le valdrían a César su probada generosidad ni la habilidad que mostró a la hora de repartir prebendas: la ambición es un mal contagioso, y si un hombre concreto podía ser rey en Roma, entonces cualquiera podía aspirar al cargo. Las horas estaban contadas para el general que había sometido al imperio a su autoridad.

Y, sin embargo, César estaba avisado. Durante el ejercicio de su dictadura se sucedieron los augurios y las advertencias de todo tipo. César, como *pontifex maximus*, sabía muy bien que augures y oráculos eran unos mentirosos que vivían de la credulidad ajena, pero no hacía falta ser adivino para saber que César se había granjeado muchos enemigos a pesar de su generosidad —o tal vez debido a ella—. No debió desoír los avisos y tal vez tendría que haber pesado en su ánimo el todavía recordado asesinato a traición del general Quinto Sertorio, uno de los mejores oficiales de Mario en las primeras guerras civiles que, defensor como César de la facción de los populares frente a los excesos de la aristocracia, murió en el año 72 a. C. en Osca a manos de sus propios hombres, dirigidos por su lugarteniente, el traidor Perpenno (que

esperaban así obtener la benevolencia de su adversario Cneo Pompeyo, quien a la sazón estaba ganando la guerra).

El general acostumbrado a ganar batallas en inferioridad de condiciones debió de envanecerse con su encumbramiento, y así se volvió imprudente. Paseaba por Roma sin escolta, seguro del cariño del pueblo, y puede que llegara a creerse su carácter divino —algo que en Roma se concedía por decreto oficial—, olvidando que también los dioses mueren.

En el año 44 a. C. Marco Antonio ofreció en tres ocasiones la corona real a César y éste la rechazó las tres veces, provocando con ello la admiración de los romanos. Sin embargo, César sabía que el poderío de Roma no podría asentarse con facilidad en Oriente bajo formas republicanas, ya que aquellos pueblos, a diferencia de los romanos, tenían la monarquía como expresión terrenal de la divinidad. El proyecto cesáreo de proclamarse rey en Oriente, manteniendo en Roma las formas republicanas, una compleja dualidad política casi con carácter de misterio católico, resultó intolerable para algunos notables romanos, y así quedó firmada la sentencia de muerte de César.

Cayo Casio Longino, destacado oficial pompeyano que cambió oportunamente de bando tras la victoria de César en Farsalia, era sin duda el personaje apropiado para dirigir la conspiración que iba a cambiar la Historia. Como tantos otros traidores famosos, Casio ha quedado como imagen prototípica del alevoso que muerde la mano que le da de comer. Porque César no sólo le perdonó y le admitió en sus filas cuando decidió abandonar a Pompeyo, sino que le rindió grandes honores una vez vueltos a Roma. También es cierto que no le concedió el cargo de pretor que ambicionaba. Sin embargo, en la actuación de Casio y los demás conjurados debemos ver no sólo una venganza por agravios personales, ni tampoco una mera expresión de sus ambiciones —que las había, y muchas—, sino también un contenido político: el deseo de mantener viva una República que agonizaba sin remedio.

Casio logró convencer a varios romanos destacados de que César era un peligro para la República. Uno de ellos era el hijo adoptivo de César, Bruto, personaje que, sin ser uno de los inspiradores de la conspiración, ha quedado para la fama como la encarnación más abyecta de la traición: la que se hace contra aquel que te ha protegido y colmado de beneficios.

Marco Junio Bruto, como Casio, había sido oficial pompeyano y se había cambiado de bando tras el desastre de Farsalia. César le acogió bajo su protección, lo convirtió en su hijo adoptivo y lo colmó de honores, incluido ese cargo de pretor de la urbe que ambicionaba Casio. Decía descender de otro Bruto, Lucio Junio, que en el año 509 a. C. había acabado con la monarquía romana para instaurar el régimen republicano. De ser cierta la leyenda, Bruto habría llevado en su sangre el gen de la conspiración, pero lo de ser un traidor era cosa completamente suya.

Los sucesos se precipitaron en el mes de marzo del año 44 a. C. Marco Antonio había tentado varias veces a César con la corona real y los conjurados no podían perder más tiempo, pues el dictador preparaba una gran expedición militar hacia Mesopotamia. En el seno del ejército habría sido imposible atentar contra él, y el prestigio derivado de tal campaña, caso de tener éxito, lo que parecía muy probable, habría convertido a Julio César en un dios viviente para los romanos.

Había que actuar rápido y lo hicieron con tanta precipitación e imprudencia que las señales del magnicidio eran visibles para todos, incluido el mendigo ciego que, según la leyenda, advirtió a César para que se cuidara de los idus de marzo. Ese día, 15 del mes, los conjurados dirigidos por Casio y Bruto se abalanzaron sobre César en la escalera del Senado. Treinta y cinco puñaladas hirieron la carne del conquistador de las Galias, si bien sólo una fue mortal, la que, según la tradición, le asestó en el último momento Bruto. Entonces César, más dolido por la sorpresa que por el acero, exclamó su célebre «¿Tú también, hijo mío?» y cayó

muerto, paradojas de la vida, al pie de la estatua de Pompeyo, cuya peana se cubrió de sangre.

El Imperio: nido de conspiraciones

Se culminaba así una traición de final sangriento y que cambió la Historia en mucha mayor medida de lo que esperaban los conjurados: la República se vino abajo a pesar de todo y Roma, convertida de nuevo en monarquía, emprendió un camino imparable de grandiosa decadencia hasta desaparecer como Estado cinco siglos después. Antes, Roma se vio sacudida por una nueva guerra civil dentro del ciclo interminable que marcó la agonía de la República, y los traidores, exiliados de Roma y derrotados por Marco Antonio y Octavio Augusto, perdieron la vida sin ver cumplida ninguna de sus ambiciones.

Quizá más que ninguna otra traición, la de Casio y Bruto iba a determinar el futuro del mundo. Perdido el concepto de virtud republicana, Roma se convirtió en una monarquía podrida de corte cada vez más oriental cuyo desgobierno y excesos condujeron al mundo clásico al empobrecimiento del Medioevo. Durante el periodo imperial (recordemos una vez más, no obstante, que el cargo de *imperator* representaba sólo la jefatura militar, y que ni siquiera los más estúpidos, corruptos, ambiciosos o ensoberbecidos emperadores se atrevieron a proclamarse reyes: la ficción republicana, Senado incluido, se mantuvo hasta el último día), se sucederían las conspiraciones y los actos de traición, con numerosos emperadores elevados y/o asesinados por sus hombres o, lo que es peor, por sus propios familiares. Del terror áulico de los Claudios a la Anarquía Militar se llegaría a la extrema náusea política —aunque culturalmente fuera glorioso— de ese híbrido de Roma y Grecia que fue el Imperio bizantino. Un hervidero de traiciones que se mantuvo en pie hasta quince siglos después de que Julio César derramara su sangre

sobre la estatua de su viejo enemigo. Traiciones mezquinas que ya no cambiaron ninguna historia.

CAPÍTULO V

ARMENIA, MODELO DE PODREDUMBRE MEDIEVAL

La gran traición de Roma del año 44 a. C. trajo consigo un lento pero constante deterioro de la civilización en el entorno mediterráneo que culminó en ese marasmo conocido como Edad Media. Una época larga, rica en atraso y miseria, en la que Occidente, y en realidad gran parte del mundo, se rebozó en el fango de la mezquindad política y el fanatismo religioso.

Hablar de traiciones que cambiaron la Historia durante la Edad Media puede resultar difícil, ya que es una etapa muy prolongada en la que Europa se estancó en un fanatismo religioso de lo más improductivo que dio lugar a un sin fin de guerras que, por otro lado, no sirvieron para levantar ningún imperio o estado medianamente sólido. Las traiciones eran cosa habitual, casi una pieza capital del tosco engranaje del feudalismo, pero su importancia a largo plazo era casi nula, ya que el asesinato alevoso de tal o cual reyezuelo, o incluso de este o aquel emperador bizantino, apenas cambiaba nada.

En medio de este panorama, y antes de hablar de algunas traiciones medievales notables en la península Ibérica, Inglaterra y el naciente mundo islámico, el pequeño reino de Armenia, a caballo entre Occidente y Oriente, constituye un ejemplo característico de esa podredumbre medieval rica en crímenes políticos, defecciones y, por supuesto, traidores.

La descomposición del poderío romano, y una crisis semejante en la zona de influencia persa durante los primeros siglos del cristianismo, propiciaron el nacimiento de incontables reinos, en general minúsculos y

de vida efímera, en las zonas marginales de la civilización. Uno de estos fue el irrelevante reino de Armenia, pequeño y pobre país caucásico que durante siglos, y hasta hoy mismo, no iba a tener más opción política que elegir a qué imperio rendía vasallaje.

La aristocracia local conocía de sobra sus escasas expectativas, pero no por ello dejaba de luchar y conspirar por, al menos, su parcelita de poder, y dado que el rey no era más que un títere de vida cómoda, ¿qué respeto había que tenerle? Así, en el último tercio del siglo IV Meruzhan Artzruni, príncipe de la provincia de Vaspurakan deseoso de hacerse con la corona armenia, urdió un plan villanesco en connivencia con el emperador persa Sapor II para derrocar al rey Arshak II. Meruzhan no escatimó recursos ni crueldades, pero su acercamiento al soberano armenio no rindió los frutos deseados: Arshak II fue capturado por los conspiradores y enviado a Persia, donde murió en una mazmorra, pero a su vez el hijo del rey, Papes, capturó al príncipe Meruzhan y lo hizo ejecutar con crueldad refinada. Parece que, en todo caso, la suerte de los traidores no cambia nunca, más allá de épocas y lugares. Haremos notar, de paso, que el rey Papes murió asesinado a traición, pero en este caso por orden del emperador romano Flavio Teodosio, lo que demuestra la frágil posición de un país desafortunadamente enquistado entre dos grandes poderes.

Un siglo más tarde, la traición tomó tintes religiosos. Con una Armenia ya convertida al cristianismo, los persas intrigaron para anexionarse definitivamente este montañoso país, y para ello consideraron importante introducir su propia religión nacional, el zoroastrismo, que aún podía competir en pie de igualdad con la naciente doctrina ideada por los sucesores del Nazareno.

Para ello Yazgerd II, rey de Persia, sobornó a algunos aristócratas armenios, en particular al príncipe Vasak Siuni, para que renegaran del cristianismo y se convirtieran en adoradores del fuego, lo que hicieron encantados a cambio de buenas muestras palpables del único dios

verdadero: el oro. Esta traición al pueblo armenio, que consideraba el cristianismo una parte de su identidad nacional frente al anexionismo persa, tuvo como consecuencia una rebelión popular que el ejército imperial aplastó a sangre y fuego. La represión persa y la traición de los aristócratas locales, sin embargo, no proporcionaron beneficios: la mitología armenia ganó en el campo de batalla, si no la guerra, sí un buen número de mártires y héroes nacionales, y al final los soberanos persas tuvieron que admitir la entereza de las creencias armenias y ceder, pues no se vieron capaces de proceder al exterminio completo de este pueblo montaraz y orgulloso.

CAPÍTULO VI

LA TRA(D)ICIÓN MEDIEVAL HISPANA

Que la Edad Media europea fuera tiempo de pequeños reinos, ambiciones estrechas y logros moderados implica que las traiciones, aunque abundantes, fueran también de poca monta. Los actos mezquinos del traidor, como vimos en Armenia (reino antaño conocido, por cierto, como Iberia), apenas tenían fuerza suficiente para cambiar la historia local, si es que lo conseguían.

El conde don Julián y el obispo Oppas

Una traición medieval, sin embargo, sí cambiaría de modo notable la Historia, aunque fuera una traición de tintes legendarios, tal vez un mito sin verdadera base histórica: la defección del conde don Julián y el pérfido obispo don Oppas, que facilitaron la invasión de los moros y la pérdida de España, como dice el ex rey Rodrigo en el romance:

«Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados
y gente que me servía:
hoy no tengo ni una almena

que pueda decir que es mía.»

La verdad es que no está muy claro si esos dos personajes inicuos existieron de verdad, e incluso los historiadores que aceptan su carácter como seres de carne y hueso muchas veces ponen en duda la relevancia de su papel en una invasión que se habría producido de todas formas y probablemente con el mismo resultado, dada la putrefacción del reino visigodo en la antigua provincia romana de Hispania.

En todo caso la leyenda asegura que el tal Oppas era hermano del rey Witiza y que sólo por ese mérito, que no por devoción, había conseguido la sede primada de España. Rodrigo le mantuvo en el puesto, y como Oppas además de cura era espadachín consumado, le encargó el mando de una sección del ejército visigodo en la batalla de Guadalete. El obispo, que llevaba tiempo conspirando con Julián, se cambió de bando en pleno fragor del combate, facilitando el desastre de la hueste cristiana.

Por lo que se refiere a Julián, en los albores de la invasión, y en concreto en el año 710, el conde era gobernador de Tingitania, feudo hispano del norte de África que ocupaba un espacio indefinido entre las ciudades de Tánger y Ceuta. La posición, desde luego, era privilegiada: el conde no sólo controlaba el estrecho de Gibraltar desde sus plazas fuertes, sino que el propio brazo de mar le protegía de cualquier perturbación insidiosa procedente de la península Ibérica. No hay que olvidar que Julián había sido fiel seguidor del rey Witiza, pero no se llevaba bien con Rodrigo, y en su corte tingitana tenía como refugiados a los hijos de aquél, toda una amenaza a la estabilidad del trono.

Claro que el rencor de Julián hacia Rodrigo, nuevo rey de Hispania, no se debería tanto a cuestiones de política como de honra: el relato histórico de la pérdida de España está repleto de sucesos mitológicos, y uno de ellos es la deshonra de Florinda, la hija de Julián. Ocurrió que el confiado conde africano envió a su amada hija, como era costumbre entre

los aristócratas, a la corte de Toledo, y allí, mientras se bañaba un día desnuda en las aguas del Tajo, acertó a pasar el rey, que no pudo dominar su lujuria y la violó. Florinda, conocida para la historia como la Cava, y a la que el poemario pone a caer de un burro como culpable última de la invasión (por su impudicia o quizá tan sólo por ser una mujer), regresó a la corte de su padre y éste, preso de ira, concertó el plan para, con la ayuda de los musulmanes, derrocar al perverso Rodrigo. El último rey godo iba a recibir el justo pago de su traición:

«Amores trata Rodrigo, descubierta ha su cuidado;

a la Cava se lo dice, de quien anda enamorado:

—Mira, mi querida Cava, mira agora lo que te hablo:

darte he yo mi corazón y estaría a tu mandado.

La Cava, como es discreta, en burlas lo ha tomado;

respondió muy mesurada y el gesto baxo humillado:

—Pienso que burla tu alteza o quiere provar el vado;

no me lo mandéis, señor, que perderé gran ditado.

Don Rodrigo le responde que conceda lo rogado,

“que de este reino de España puedes hacer tu mandado”.

Ella hincada de rodillas, él la estaba enamorando,

sacándole está aradores de su odorífera mano.

Fue a dormir el rey la siesta, por la Cava había enviado.

Cumplió el rey su voluntad más por fuerza que por grado,

por lo cual se perdió España por aquel tan gran pecado.

La malvada de la Cava a su padre lo ha contado:

don Julián, que es el traidor, con otros se ha concertado

que destruyesen a España por lo haber así jurado.»

Y la malvada, encima, es la pobre Florinda... En medio de tanta leyenda, los historiadores dudan no sólo de la existencia de Julián, sino incluso de su verdadera filiación, ya que algunos consideran que podía ser de origen bizantino o hasta beréber. Esto le habría ayudado a sentirse menos vinculado a la aristocracia visigoda, pero tampoco habría sido determinante: cuando los ejércitos árabes de Musa ibn Nusayr y Tariq ben Ziyad llegaron a las fronteras de su feudo, Julián tenía pocas bazas para negociar.

La historia, por lo demás, es conocida: Tariq embarcará a su ejército en el norte de África contando en todo momento con el apoyo del conde y pondrá pie en *España* junto a la pequeña roca que llevará desde entonces el nombre del general de la media luna: *Yebel Tariq*, la montaña de Tariq o Gibraltar.

La conquista posterior, aunque rápida, no fue tan fácil como se había previsto, y los moros llegaron a pensar que Julián les había vendido, pues el ejército visigodo, aunque desorganizado, opuso más resistencia de la esperada. Lo cierto es que la tropa musulmana contaba con todas las desventajas imaginables frente al ejército visigodo, pero éste, poco motivado y mal dirigido por un rey lujurioso, sucumbirá una vez tras otra hasta que se consume la conquista total de la península Ibérica por los ejércitos del islam. Y como dice el romance, el rey Rodrigo se quedó en cuadro y penando, comido por culebras «por do más pecado había». Según algunos historiadores, tras escapar del campo de batalla desapareció, puede que ahogado en el propio río Guadalete, aunque no falta quien diga que fue Julián quien hundió su espada en el pecho del malvado rey. Otra tradición muy celebrada afirma que Rodrigo se disfrazó

de pastor y pasó el resto de su vida como ermitaño, expiando sus pecados.

El final del conde traidor no fue menos trágico, siempre de acuerdo a la leyenda: agobiado por los remordimientos, odiado por los cristianos y despreciado por los musulmanes, terminó su vida de manera miserable. Algunos historiadores afirman que torturado hasta la muerte por los propios musulmanes a los que tanto había beneficiado; la poesía popular, no obstante, asegura que fue perseguido por la cólera de Dios hasta que cayó fulminado, aplastado por la torre de un castillo que se derrumbó a su paso. En cuanto a Oppas, su final es igual de legendario, y se cuenta que cayó en Covadonga bajo la espada del rey Pelayo.

La traición del conde don Julián, apoyado por su siniestro obispo, cambiará para siempre la historia ibérica y abrirá un periodo de casi un milenio repleto de mitos, hechos de armas y sucesos varios que determinarán gran parte del carácter español hasta nuestros días.

Bellido Dolfos, de traidor a hijo predilecto

La gran historia hispana de la traición medieval no acaba con el conde don Julián. Metidos en esa sucesión interminable de pequeñas guerras que los historiadores tratan de resumir en el impreciso término de «Reconquista», las defecciones iban a ser cosa corriente en un escenario político y militar en el que a los espadachines de uno y otro bando lo que más interesaba era su propio beneficio.

Quien habla todavía hoy de Reconquista sólo puede hacerlo en un sentido genérico, para situar al lector en un marco determinado. Por lo demás, esos 781 años de intenso desorden peninsular no pueden considerarse seriamente como una «cruzada» en la que unos esforzados reinos cristianos combaten desigualmente al poderoso y malvado invasor infiel. Si se quiere hacer un análisis serio de la situación sólo puede

decirse que durante casi ocho siglos la península Ibérica fue un laberinto de pequeños países que se combatían unos a otros con vigor envidiable y sin parar mientes en confesiones ni creencias. Nunca hubo solidaridad alguna, ni entre musulmanes ni entre cristianos, y tanto los de la media luna como los de la cruz fueron enemigos y aliados cuando la ocasión lo requería, sucediéndose sin parar las traiciones, los cambios de bando y las renunciaciones más rastreras.

Y como ejemplo paradigmático de ello la traición quizá más famosa de toda la historia hispana, la que tiene como escenario la ciudad de Zamora y como protagonista al pérfido Bellido Dolfos, versión en pequeño y a la española del mítico Iscariote.

En pleno siglo XI el rey Fernando II, al morir, divide entre sus hijos los amplios territorios que había gobernado en vida: Castilla, para Sancho; León, para Alfonso; Galicia, para García; y las ciudades de Toro y Zamora para Elvira y Urraca, respectivamente.

No resulta sorprendente que ninguno de los hermanos quedara contento con este reparto, y cuando los huesos de Fernando no habían tenido aún tiempo de enfriarse, sus herederos ya estaban disputándose el derecho a reconstruir y unificar esa «España» que por entonces empezaba a perfilarse como eje de la Reconquista y cada vez más «castellana».

Así, Sancho II, llamado El Fuerte, va reduciendo poco a poco a sus hermanos: Alfonso es derrotado y enviado al exilio en la taifa de Toledo; García pierde Galicia y se refugia en la taifa sevillana. Con el sometimiento de Toro, sólo la ciudad de Zamora y su alfoz resisten el empuje castellano. La situación es desesperada en la villa del Duero, pero Urraca está dispuesta a aguantar, y pronto la ciudad sitiada se convierte en emblema de la independencia leonesa. Alfonso reivindica desde allí sus derechos a la corona de León, y Urraca, con la que mantiene al parecer unas relaciones más que fraternales, es su mayor aliada.

El ejército castellano acampa frente a los muros de Zamora y corre a sus anchas por toda la tierra circundante, pero la ciudad, bien defendida, no cae, y la moral de los castellanos empieza a menoscabarse. Sin embargo, dentro de la ciudad escasea la comida y la situación se torna difícil. Nada impide a los castellanos reabastecerse cuanto quieran o incluso retirarse a sus cuarteles de invierno y reanudar el cerco en mejor ocasión. Zamora no tiene esperanza, y tanto sitiadores como sitiados lo saben muy bien.

Es el ambiente propicio para una traición y va a producirse enseguida, aunque con un desenlace sorprendente. Bellido Dolfos, tal vez un gallego de las fuerzas de García que se unió a los zamoranos para proseguir la lucha contra Castilla, se presentó el día 6 de octubre de 1072 en el real de Sancho II asegurando que conocía un portillo oculto y desguarnecido por el que los sitiadores podrían entrar en la ciudad por sorpresa. No pidió a cambio más que el honor de ser vasallo de Castilla, aunque la leyenda asegura que fue el diablo el que le incitó a la traición, prometiéndole que tras asesinar al rey castellano desposaría con Urraca y se convertiría en rey de toda la cristiandad hispana.

Sancho podría ser o no fuerte, pero desde luego se mostró en esta ocasión muy confiado, pues sin escolta alguna se ofreció a acompañar a Bellido Dolfos hasta el pie de la muralla para examinar ese inesperado caballo de Troya. De repente el rey, sintiéndose algo descompuesto, se retiró a unos arbustos para aliviar las tripas, momento que el traidor aprovechó para asestar un lanzazo al castellano, que murió en el acto y de forma tan poco digna. Tal vez debería haber hecho caso de los avisos:

«¡Rey don Sancho, rey don Sancho!, no digas que no te aviso,

que de dentro de Zamora un alevoso ha salido.

Llámase Bellido Dolfos, hijo de Dolfos Bellido;

cuatro traiciones ha hecho, y con esta serán cinco.

Si gran traidor fue el padre, mayor traidor es el hijo.

Gritos dan en el real: “¡A don Sancho han malherido!

Muerto le ha Bellido Dolfos, ¡gran traición ha cometido!”

Desde que le tuviera muerto, metiose por un postigo,

por las calles de Zamora va dando voces y gritos:

“Tiempo era, doña Urraca, de cumplir lo prometido”.»

Así reclamaba Bellido Dolfos su recompensa al volver a entrar a Zamora por ese portillo que aún se llama «de la Traición», pero la historia no está de acuerdo en cuál fue su destino. Como cabe imaginar, no recibió premio alguno, y las versiones más suaves indican que Urraca no le desposó pero le permitió escapar al exilio. Otros dicen que el propio Concejo de Zamora lo hizo prender y lo entregó a los castellanos, que lo descuartizaron vivo.

El ulterior ascenso al trono castellano-leonés-galaico de Alfonso VI no estuvo desprovisto de incidentes, ya que muchos castellanos sospechaban que el asesinato de Sancho había sido en realidad instigado por su hermano. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, desempeñando sus funciones de alférez real, hizo pronunciar a Alfonso el famoso juramento que, según los romances, le costaría el destierro. Pero ni por éstas se pudo librar el débil soberano accidental de las sospechas.

La traición de Bellido Dolfos tuvo como consecuencia que, contra toda previsión, el gran reino volviera a quedar unificado, pero bajo el cetro de Alfonso VI, que concentró de nuevo en una sola corona el pequeño imperio heredado de su padre. Corría el año 1072, y aunque faltaban aún más de cuatro siglos para la caída de Granada, a partir de entonces Castilla nunca dejaría de ser la mayor potencia peninsular y verdadero artífice de la Reconquista.

Como curiosidad cabe decir que Zamora considera a Bellido Dolfos un héroe que intentó salvaguardar la independencia de la ciudad y del reino leonés. Para Castilla sigue siendo un traidor, lo que demuestra una vez más lo relativo que es el concepto de traición.

El mito español del renegado

La figura del renegado pasa, merced a los dos personajes clave de Julián y Bellido (sin olvidar al obispo Oppas), de una constante de la mitología medieval española a protagonista en todos los ámbitos, especialmente en el político y el religioso. El mito del traidor determinará en gran medida no sólo el devenir histórico posterior, sino la propia personalidad española, siempre recelosa de chaqueteros y conversos.

Y hablando de conversos, no se puede cerrar un capítulo dedicado al Medievo en un libro sobre traidores sin hablar, aunque sólo sea de pasada, de los judíos. Repartidos por toda Europa y el Mediterráneo desde la diáspora ordenada por el emperador Tito en el año 70 d. C., los hebreos representaban para la Cristiandad la quintaesencia de la traición, como descendientes que eran del maldito Judas Iscariote.

Por tan nimio motivo pogromos, persecuciones, matanzas y expulsiones se sucedieron sin interrupción en toda Europa desde la caída del Imperio de Occidente hasta la II Guerra Mundial, en algunos lugares, como los estados alemanes, Polonia o Rusia, con virulencia rayana en la locura. La población cristiana siempre desconfió de los judíos, a los que consideraba en exceso interesados por los bienes materiales y descendientes de la estirpe que hizo asesinar a Cristo (profeta que, no lo olvidemos, era también judío. Pero la coherencia es incompatible con los dogmas religiosos). No había mucha justicia en el tratamiento que se les daba, y no ya por mera humanidad, sino por lógica: si los judíos se dedicaban a actividades como la usura (hoy lo llamaríamos finanzas y banca) no era

por gusto ni porque tuvieran habilidades especiales para ello: en la mayor parte del mundo cristiano les estaba prohibido poseer tierras, armas o caballos, así que difícilmente podían dedicarse a otra cosa que no fuera el comercio.

Estas sutilezas no importaban demasiado, y así los judíos, asentados en los diferentes países durante siglos, fueron siempre menospreciados, empleados como chivo expiatorio en tiempos de crisis y con frecuencia expulsados: de Inglaterra en 1290; de Francia primero en 1306 y definitivamente en 1397; del Sacro Imperio Romano Germánico en 1348; de Castilla y Aragón en 1492; de Portugal, en 1496... El caso ibérico resulta particularmente crudo, ya que a la injusticia de cualquier expulsión racista hay que añadir que la comunidad judía llevaba en Hispania desde tiempos del Imperio Romano, incluso desde antes del nacimiento de Cristo. Eran los judíos, por ello, los pobladores más antiguos del territorio, quizá los que más se habían esforzado por conservar la lengua romance en el dominio andalusí y, en definitiva, más *españoles* que cualquiera, si es que en aquel tiempo se puede hablar de «España».

Nada de esto les privó de la fama de traidores que tantas desgracias les iban a acarrear, y el poemario medieval es extenso en ejemplos. Así, el caso de Fandino, el hebreo que según la tradición indicó a las huestes de Tariq el camino hacia Granada a través de las Alpujarras, una historia que, por cierto, recuerda sospechosamente a la de Efialtés. O si no, la fábula que asegura que fue el rabino de Toledo quien abrió las puertas de la capital visigoda a las huestes musulmanas, guiadas por el maléfico obispo don Oppas. La leyenda indica también que fue el propio Tariq quien frenó el saqueo de la ciudad del Tajo y el único que pudo poner coto al afán homicida del siniestro obispo.

En un plano más histórico cabe decir que los judíos, en general, fueron excelentes súbditos, y muchos de ellos no sólo médicos, inventores o escritores de gran mérito, sino extraordinarios ministros y casi siempre

pagadores de las empresas de esos reyezuelos cristianos que no dudaron en traicionarles cuando lo creyeron conveniente. Y en este aspecto bien puede decirse que los Reyes Católicos culminan la larga estela de traiciones medievales en *España*, pues tras aprovecharse de la habilidad de sus consejeros hebreos y de beneficiarse de sus préstamos —a veces donaciones a secas—, no tardaron en ejecutar el ignominioso decreto de expulsión que privó a España, en el momento en que comenzaba su expansión imperial por medio planeta, de algunos de sus hijos más inteligentes y productivos. Una traición que, desde luego, sí marcó la historia posterior de ese reino apenas recién creado.

La personalidad nacional española que fue forjándose en una época de conflictos interminables reflejaría de forma indeleble esta inseguridad en el devenir de los tiempos. Desde la defección de Julián hasta ahora mismo, la alevosía y la deslealtad parecen ser las peores amenazas que se yerguen sobre nuestra siempre inconclusa patria. El general Franco y los cómplices de su sedición —traidores de primera clase, como veremos más adelante— no dudaron en acusar a los derrotados partidarios de la democracia legítima como reos de «rebelión». E incluso hoy los políticos españoles, muchos de ellos hijos y herederos de aquella dictadura militar siniestra, no parecen tener más argumento, a la hora de hacer oposición al gobierno de turno, que la siempre vaga pero muy publicitaria acusación de «deslealtad». El espíritu del renegado sigue vivo, aunque hoy se le llame con un eufemismo un tanto cursi: «tránsfuga».

CAPÍTULO VII

EL ISLAM

La religión musulmana, heredera de las tradiciones judía y cristiana, no iba a librarse, pese a su aparición tardía, del peso de la traición de los ángeles caídos. De hecho el islam se basa sobremanera en la idea de traición, ya que el dogma considera apóstata (lo que no sería sino una forma definitiva de traición a Dios) a todo el que en algún momento reniegue de la fe, pero también —y este es un detalle importante— a sus sucesores hasta el final de los tiempos.

Así que de acuerdo a esta consideración tan curiosa todo territorio que alguna vez fuera dominado por el islam, pero que por una u otra razón se perdiera, es tenido por tierra de apóstatas. Una categoría que, de todos los países del mundo, afecta de manera singular a España.

De nada valen argumentaciones históricas cuando se habla de materia de fe, y dado que el castigo que *merecen* los apóstatas es la muerte, el conocimiento de este dato servirá para dar idea de la obsesión que muchos musulmanes de todo el planeta sufren con el mito de Al-Andalus y la inquina que muestran a veces contra lo español. No en vano, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, el varapalo más duro contra el mundo occidental tuvo lugar en Madrid, un 11 de marzo.

El surgimiento y la vertiginosa expansión del islam en los primeros tiempos sirvieron para levantar un imperio amplio y poderoso, aunque difícil de gobernar y repleto de riquezas muy tentadoras. En un marco así las traiciones fueron constantes, y parte de la misma doctrina musulmana se basa precisamente en ello.

A pesar de que Mahoma tuvo que afrontar diversas traiciones durante su predicación, el *Corán* no hace demasiado hincapié al respecto, pues lo que buscaba el profeta era unificar a los pueblos árabes, no sembrar entre ellos discordias eternas (objetivo fallido, por otra parte). Las alusiones a la traición en el libro sagrado del islam se centran en la idea de la infidelidad a Dios. En este sentido, cualquier persona que no abrace la fe revelada, teniendo conocimiento de ella, será considerado infiel y, por tanto, traidor a Dios.

Este tipo de traidores están «perdidos», y por eso «Dios no dirige al pueblo infiel» (*Corán*, 16, 107). Pero conociendo al dios hebreo-cristiano-musulmán ya podemos adivinar que la cosa no se va a quedar sólo en eso:

«Si uno muere como infiel, aunque ofrezca a cambio la Tierra llena de riquezas, [Dios] no lo aceptará. Recibirá un doloroso castigo y no tendrá a nadie que le ayude.» (3, 91)

Ese castigo será extremadamente cruel, por supuesto, y consistirá en el eterno fuego del Infierno, en el que acabarán todos los que no guarden la debida fidelidad: «Dios reunirá a hipócritas e infieles en la Gehenna». (4, 140)

Más allá de la mitología, la historia del islam está repleta de traiciones y conspiraciones concretas, una de las cuales determinó la temprana fractura de la nueva religión en dos facciones que aún hoy siguen enfrentadas.

El asesinato de Alí y el martirio de Hussayn

Alí era primo y yerno de Mahoma (se casó con su hija Fátima). Tras la muerte del profeta se convirtió en el cuarto y último califa (sucesor) ortodoxo. En un momento en el que el recién nacido imperio islámico

había alcanzado una extensión considerable y su poderío parecía imparable, las ambiciones surgieron como setas por todas partes, y la doctrina político-religiosa de Alí, que pretendía mantener la pureza original del islam, no contentaba a todos.

Alí había accedido al califato en el año 656, y tras diversas turbulencias y enfrentamientos, Muawiyya, gobernador de Damasco, le hizo asesinar, tras lo cual se proclamó a sí mismo califa, el primero de la dinastía Omeya. Esta traición política determinó el futuro del islam, ya que muchos musulmanes no aceptaron al nuevo califa y se organizaron alrededor de Hassan y Hussayn, hijos de Alí y considerados sus sucesores legítimos. Nació de este modo el chiísmo, la primera gran división de una fe de origen árabe, cultura de fama proverbial por sus enfrentamientos internos.

Una diferencia fundamental entre el chiismo y la sunna (la ortodoxia musulmana) es que los primeros no distinguen entre poder político y religioso. Además admiten en su doctrina ciertas tesis de probable influencia cristiana, como la exaltación del martirio y la existencia de «santos», hombres que, sin llegar a la categoría del profeta Mahoma, reciben cierto culto por parte de los fieles. En la chía, además, existe un clero organizado, a diferencia de la sunna. Por último, los chiitas (o chiíes, según las transcripciones) creen a pies juntillas en la existencia del Juicio Final, día en el que Muhammad al-Mahdí, el duodécimo sucesor o Imán Oculto, regresará a la Tierra para repartir justicia entre los hombres (las mujeres no cuentan demasiado en esto).

Con una doctrina tan entremezclada de esoterismo y política es lógico que los partidarios de Alí no aceptaran al nuevo califa Omeya, y así, en el año 661, tras el asesinato de su líder, se refugiaron en Mesopotamia y nombraron jefe político y religioso a Hassan, un verdadero incapaz que, pese a su título de segundo imán de los chiitas, no tardó en traicionar a sus seguidores: Muawiyya le ofreció un soborno cuantioso y Hassan, que

sólo gustaba del lujo, reconoció al califa Omeya, cogió el dinero y se retiró a vivir alegremente en Medina. Hassan se convirtió así, por cierto, en uno de los escasos traidores *históricos* que tuvo un buen final.

Su hermano Hussayn, tercer imán del chiismo, encontró peor destino, pero al menos no se manchó las manos con la alevosía. Fue nombrado califa en Kufa por sus seguidores, pero el gobernador de la ciudad le traicionó, se declaró fiel a los Omeyas y armó un ejército para aniquilar a los chiitas. Éstos consiguieron reagruparse en Kerbala, pero allí, tras una cruenta batalla, fueron derrotados. Todos los hombres, incluido el propio Hussayn, fueron torturados hasta la muerte, y las mujeres vendidas como esclavas. La cabeza de Hussayn, que murió de un modo horrible, fue enviada como trofeo a Damasco.

De este modo, en medio de un laberinto de traiciones, la historia del islam se dividía en dos bandos enfrentados hasta hoy, seguros ambos de defender la pureza primitiva de la predicación de Mahoma. Una división que iba a servir de ejemplo para el futuro, pues tanto el chiismo como la sunna (y sus seguidores, los sunitas o suníes), y el propio Dar al-Islam (los territorios bajo control islámico) en tanto entidad política, iban a dividirse una y otra vez a lo largo de los siglos en enfrentamientos agotadores.

La matanza de los Omeyas

La sociedad árabe tradicional que trató de reformar Mahoma se basaba en una primitiva estructura tribal en la que la riqueza y el poder se medían en términos de vasallaje y posesión de ganado. A pesar de las influencias enriquecedoras de las civilizaciones bizantina y persa que los primeros musulmanes encontraron en su fulgurante expansión, el antiguo pueblo de pastores reconvertido en espada de la fe se vio incapaz de superar ciertas estructuras atávicas, y así la semilla de la división se mantuvo viva y sigue más fértil que nunca en nuestros días (con la ayuda

del intervencionismo de Estados Unidos y sus aliados, por supuesto).

Los viles asesinatos a traición de Alí y Hussayn parecieron dar cierta estabilidad a un imperio islámico que ya se extendía desde los confines de Persia hasta el norte de África. El hecho de que Muawiyya trasladara la capital de La Meca a Damasco señaló cierta voluntad de modernización, desvinculando el hecho político del imperio de su realidad religiosa (en este sentido, La Meca seguiría siendo el centro del islam).

Sin embargo, los Omeyas pertenecían a la poderosa tribu mecana de Qurays, y eran por tanto descendientes de Mahoma, lo que les hizo pensar que tenían derecho a ciertos privilegios. Un honor, la filiación mahomética, que por cierto ningún reyezuelo, tirano o gobernante musulmán ha dejado nunca de reivindicar, ya que en el imaginario islámico tiene mucho peso esta creencia.

Con ascendencia profética o no, los Omeyas habían sembrado la semilla de la traición, y como suele ocurrir, el tiempo hace que se paguen todas las deudas. El destino de la familia de Muawiyya no iba a ser menos trágico que el de Alí y su desafortunado hijo Hussayn. Tras un reinado esplendoroso de apenas un siglo, el califato de Damasco se vino abajo en el 749, barrido por otra tribu que, por supuesto, descendía del profeta Mahoma: los Abbasíes, rama de los Hashimíes encabezada por Abu al-Abbas.

Como primera medida, el nuevo califa ordenó el asesinato de todos los miembros de la familia Omeya, y sus órdenes fueron cumplidas a rajatabla sin reparar en los medios, que en muchos casos incluyeron traiciones de amigos y parientes. Sólo un Omeya, combinando persuasión personal, dinero y viejas lealtades, logró escapar de la matanza y, a la postre, fundar un emirato propio que acabaría siendo califato independiente.

Abd al-Rahman, Abderramán I, logró escapar a duras penas siguiendo la larga ruta del norte de África y, al frente de un grupo de partidarios, se hizo con el poder en Al-Andalus, donde creó el emirato que su descendiente Abd al-Rahman III convertiría en un espléndido califato en el año 929.

Los Abencerrajes

Para acabar este apartado, una sangrienta traición ibérica, la mítica matanza de los caballeros Abencerrajes de Granada, que si bien no cambió la Historia, sí constituye uno de los episodios de alevosía más célebres en el universo andalusí.

Los Banu Sarray, o Abencerrajes en castellano, eran un linaje de origen africano que alcanzó gran importancia en la Granada Nazarí durante el siglo XV. Se trataba en realidad de un clan de intrigantes que se hizo con el dominio de la corrompida corte granadina, una versión en pequeño de lo que había sido Almanzor durante el Califato de Córdoba: el poder real por encima del sultán.

En una corte corrompida, en el centro de un reino en decadencia y asediado, la competencia por el poder es feroz y las familias que alcanzan preeminencia no pueden aspirar a mantenerla largo tiempo: el signo de la traición acecha sobre sus miembros, y así cayeron los caballeros Abencerrajes en una trampa que, en cierto modo, ellos mismos habían contribuido a tender.

No está del todo claro bajo qué sultanato se produjo la matanza. Algunas leyendas hablan de Boabdil, el último soberano Nazarí, pero parece más probable que fuera unas décadas antes, bajo el reinado de Abu al-Hassan Alí (Muley Hacén). En todo caso se supone que fue por celos del poder que había alcanzado esta familia. Otras fábulas cuentan, no obstante, que alguien en la corte hizo correr el rumor de que uno de

los nobles caballeros mantenía una relación amorosa secreta —no tan secreta, por lo visto— con la sultana, por lo que la reacción del sultán habría sido más cosa de celos que de política.

Los caballeros Abencerrajes, en número de treinta y siete, fueron invitados a una fiesta en la Alhambra, y allí, en el salón que hoy lleva su nombre, acabaron asesinados a traición. La matanza fue tan espeluznante que incluso los que la cometieron se quedaron espantados de lo que habían hecho. La leyenda dice que la mancha roja que aún hoy puede verse en el fondo de la pila de mármol del salón es la sangre de los caballeros degollados de forma tan artera.

La historia del mundo islámico ha venido determinada casi desde sus orígenes por el signo de la traición. Sin embargo, ¿hasta qué punto puede considerarse tal cosa, teniendo en cuenta lo relativo del concepto? Después de todo, los árabes preislámicos no debían fidelidad a Mahoma, un pobre pastor cuya predicación parecía a muchos descabellada. Y del mismo modo podemos considerar las pretensiones de Muawiyya al menos tan legítimas como las de Alí y su hijo Hussayn. Otro tanto cabría decir de Abu al-Abbas, que en caso de perder la guerra civil con los Omeyas habría sido considerado traidor y tratado como tal.

Las imprecisiones y las dudas son constantes en este terreno fangoso, y tal vez la lucha política, motor destacado de la Historia, guarde en su esencia el espíritu de la traición. La evolución del islam tal vez no habría sido muy distinta de no haber mediado tantas conjuras y asesinatos. En cierto modo el islam, que nació como una fuerza renovadora y poderosa, sólo se traicionó a sí mismo, dividiéndose y debilitándose hasta el infinito, y ejerciendo una importante pero limitada influencia en el devenir posterior. Sus coletazos actuales, repletos de violencia, parecen sólo el reflejo rabioso de una cultura que agoniza, ahogándose en el mar unificador de la mundialización —o globalización— capitalista.

CAPÍTULO VIII

ANTONIO PÉREZ Y LA LEYENDA NEGRA: LA DECADENCIA QUE NO CESA

Si nos movemos siempre por el camino resbaladizo de la ambigüedad, traemos al debate a un traidor proverbial... ¿o no? Antonio Pérez fue para Felipe II de Habsburgo —un enloquecido maniático de la burocracia— el más importante de sus secretarios antes de convertirse en la bestia negra del régimen filipino y, de paso, en la de España.

Antonio Pérez era probablemente hijo de un clérigo pecador, Gonzalo Pérez, y por alguna razón todavía no muy clara fue legitimado y protegido por Carlos I. El futuro secretario real se educó en Italia y allí siguió los pasos de su padre en lo que a aventuras galantes se refiere, cosa que no fue muy del agrado del sucesor del gran emperador Carlos.

Pérez accedió a casarse para guardar las apariencias y para que su nombramiento como secretario fuera oficial, pues el joven aprendiz de burócrata, además de juerguista era ambicioso. Durante toda su vida fue un follador consumado que gustaba de lujos extravagantes, más si cabe en la corte siniestra y oscura del Rey *Demente*. Estas aficiones, tan comprensibles para cualquier persona razonable, iban a tener mucho que ver en su caída.

Durante su etapa como secretario de confianza, Pérez combinó la corrupción (necesitaba dinero para sus francachelas) con el espionaje, pues Felipe II deseaba conocer en todo momento los movimientos de los personajes destacados de la corte, como el duque de Alba o su propio hermanastro, Juan de Austria. Pérez desempeñó estas funciones con eficacia extraordinaria aprovechando de paso para enriquecerse y para

acostarse con algunas de las damas más encumbradas del país, como Ana de Mendoza, la princesa de Éboli.

La leyenda asegura que estos amoríos tuvieron mucho que ver en su desgracia, pues se cree que el rey ambicionaba también los favores de la princesa. Sin embargo, la realidad parece ser menos romántica. Pérez, en su celoso trabajo, cometió el error de apuntar demasiado alto, olvidando que a fin de cuentas era un don nadie, hijo ilegítimo de un cura follón y su barragana.

Los acontecimientos se precipitaron cuando en marzo de 1578 Pérez hizo asesinar a su antiguo hombre de confianza, Juan de Escobedo, en las calles de Madrid. Escobedo había sido comisionado para espiar a Juan de Austria, pero el agente quedó encandilado por la inteligencia y encanto del hermanastro del rey y traicionó a su mentor. Pérez, consumido por la ira, pero también temeroso de lo que pudiera decir Escobedo en su contra, acusó a éste de traición. Sin embargo, los argumentos que ofreció al respecto eran muy vagos, por lo que el siempre indeciso Felipe II dilató en el tiempo su toma de posición. Pérez tenía menos paciencia y decidió resolver el problema por la vía expeditiva. La mezquina muerte de Escobedo no pasó desapercibida y el error le costó a Pérez caer en desgracia: Felipe II le destituyó de manera fulminante y le hizo procesar.

El primer juicio se centró en las corruptelas del ex secretario y la pena no fue demasiado severa, pero cuando se pasó al asunto del asesinato la cosa se complicó. Sometido a torturas y vejaciones, Antonio Pérez no vio más posibilidad de salvar la vida que escapar de España.

Tras fugarse de la cárcel su primera parada fue Aragón, ya que Pérez era originario de aquel reino. Según la legislación de la época el ex secretario no podía ser juzgado en Aragón por un delito cometido en otro territorio. Sin embargo, el obsesivo Felipe, que estaba llevando el país a la ruina con sus locuras imperiales, no iba a pararse en delicadezas jurídicas, por lo

que despreciando los fueros aragoneses y la autoridad del justicia mayor, Juan de Lanuza, trató de prender a Pérez por medio de la Iglesia y de una delirante acusación de herejía.

La población de Zaragoza, dirigida por Lanuza, no sentía especial simpatía por el rijoso ex secretario, pero no estaban dispuestos a ver cómo sus leyes eran ninguneadas por un rey maniático.

Por otra parte, los maños no gustaban de inquisidores, por lo que la rebelión popular estaba servida. El Habsburgo, con la habilidad política que nunca tuvo, hizo lo único que sabía: envió a Aragón un ejército que acabó con la revuelta a sangre y fuego y asesinó al joven Lanuza. Pérez, no obstante, consiguió escapar a Francia en 1590 y allí, con la ayuda del rey Enrique IV, puso en marcha su traicionera venganza.

Como alto secretario real, Pérez conocía muchos detalles sobre el estado de las defensas españolas, así que propuso al rey francés un plan para invadir la península Ibérica. El descabellado proyecto, sin embargo, no llegó a buen puerto —el rey francés no tenía claro que su ejército pudiera ganar esa guerra— por lo que Pérez decidió viajar a Inglaterra con la misma información. Los ingleses, que suelen sobreestimarse demasiado, sí trataron de ocupar plazas españolas, pero tras el ataque fallido a Cádiz en 1596 este vengativo proyecto también se vino abajo y Pérez se convirtió en un huésped incómodo para todos.

Como suele ocurrir con la mayoría de los traidores, el ex secretario tuvo un mal final, pues acabó sus días en París muchos años después, en 1615, completamente arruinado y casi olvidado de los lujos del pasado y sus costosas amantes. Sin embargo, antes de llegar a esto tuvo tiempo de ejecutar la que iba a ser su verdadera venganza: la publicación de dos libros, *Cartas y Relaciones*, en los que ponía a España y a su siniestra monarquía católica a caer de un burro. Aunque en parte eran notas de descargo en su defensa (como se deduce, por ejemplo, de los mismos

títulos: véase un ejemplo de las *Relaciones*: «Relación Sumaria. De las prisiones y persecuciones de Antonio Pérez, Secretario de Estado que fue del Rey Católico don Felipe II de este nombre. Con particularidades y copia de papeles nunca vistos, dignos de ser vistos»), gran parte del contenido consiste en libelos dictados por un odio que, en honor a la verdad, tenía su justificación. Sin embargo, más allá de las expectativas del propio Pérez sirvieron no tanto para enturbiar la imagen de un soberano que se desprestigiaba sin necesidad de ayuda, como para torcer la imagen de un país, España, que soportaba los torpes designios de los Habsburgo tanto o más que cualquier otro dominio del imperio. Algo que el mismo Pérez indica:

«Bien bastante comprueban esto los rigores que he referido, que se han ejecutado y ejecutan a siniestro y más a siniestro contra todo aquel reino.»

La obra literaria de Pérez ejerció un efecto devastador sobre la imagen de España y constituyó el origen de la *Leyenda Negra* que otros soberanos europeos, y en particular los Orange holandeses, aprovecharon hasta las heces para pulverizar diplomáticamente a España en la primera gran campaña de guerra propagandística de todos los tiempos.

Una traición «escrita» que cambió hasta cierto punto la Historia, pues si bien España habría entrado en decadencia de todas formas gracias a la incompetencia creciente de Habsburgos y luego Borbones, tal vez llegados a cierto punto la cosa se habría estabilizado y el viejo reino peninsular se habría convertido en un país como cualquier otro. Sin embargo, la campaña de desprestigio tan bien dirigida y mantenida de modo tan persistente no sólo destruyó la imagen de España en el exterior, sino que llegó a calar en el propio espíritu de los españoles, que asumieron —y al parecer aún asumen— la idea de una decadencia interminable repleta (cosa inédita en cualquier otro imperio antiguo o moderno) de sentimientos de culpa y vergüenza por lo que se hizo.

Ese es el legado del resentido Antonio Pérez, aunque sin duda la gran traición a España no fue obra suya, mano modesta después de todo, sino del descerebrado promotor y habitante de ese horrendo mausoleo de granito (el monasterio y sepulcro real de San Lorenzo de El Escorial) que afea la montaña madrileña: Felipe II de Habsburgo, que no heredó de su padre el talento, sino sólo un imperio como nunca se había conocido y que en lugar de gobernar, lo arrastró hacia los primeros pasos de su larga caída.

CAPÍTULO IX

INGLATERRA: DE JUAN SIN TIERRA A OLIVER CROMWELL

En la Torre de Londres hay una puerta llamada «de los Traidores». Bajo su dintel entró, aterrorizada, la que luego sería reina Isabel I, azote de las aspiraciones hegemónicas de Felipe II y, para muchos, traidora a la fe católica.

Resulta curioso que ella misma, una vez elevada al trono, se convirtiera en martillo de numerosos traidores, reales o imaginados, como el *earl* de Essex, Robert Devereux, quien perdió la cabeza en 1601 acusado de conspirar con los católicos para derrocar a la reina. Suerte similar a la que ya habían corrido Anthony Babington y sus seguidores católicos en 1586, cuando la enérgica reina inglesa cortó de raíz otra conspiración papista para acabar con la reforma anglicana y poner en el trono a María I, la reina de Escocia. El «Babington Plot» tuvo como consecuencia que la desgraciada María fuera a su vez acusada de traición y condenada a muerte en 1587. Su decapitación, consumada en el oscuro castillo de Fotheringhay, fue una chapuza sangrienta, pues el verdugo, no se sabe si por torpeza o por crueldad, tuvo que golpear tres veces con el hacha. La sala de la ejecución se cubrió de sangre, confundida con el intenso color rojo del vestido que la depuesta reina de Escocia se puso para la ocasión.

Juan sin Tierra: historias de reyes, juglares y bandidos

Ninguna de aquellas traiciones a la corona británica cambió la Historia.

Sin embargo, antes de que todo esto tuviera lugar, Inglaterra fue escenario de una de las traiciones más célebres de la Historia. Su

importancia en un contexto amplio es bastante limitada, pero constituye uno de los mitos medievales por excelencia y también uno de los cuentos favoritos de trovadores y juglares: la marcha del rey Ricardo a las Cruzadas, la traición de su hermano Juan, la resistencia popular encabezada por Robin Hood y los hombres del bosque, la captura de Ricardo por el emperador alemán y el regreso triunfal del rey a la brumosa isla europea para reponer la justicia y el orden.

La Historia recuerda cómo mientras Ricardo estaba en las Cruzadas su hermano Juan se hizo con el poder en Inglaterra usando artes traicioneras. También es archiconocida la leyenda del arquero de Sherwood, que combatió al traidor y a sus secuaces. Sin embargo, ¿qué hay de verdad en todo esto?

De entrada se suele olvidar que el propio Ricardo traicionó en dos ocasiones a su padre, el rey Enrique II: en 1173 primero y definitivamente en 1189, con el apoyo del rey francés Felipe II. Dadas las circunstancias no resulta raro que la nobleza local, sajona o normanda, se mostrara con frecuencia más que dispuesta a liberarse de la tutela de un soberano, Ricardo, demasiado aficionado a Francia y que, por otra parte, parecía encontrar más diversión en aventuras externas que en gobernar Inglaterra.

Así, cuando decidió embarcarse en la III Cruzada en 1190 (apenas llevaba un año en el trono), y visto que sus éxitos en Palestina tampoco eran demasiado espectaculares (no consiguió ocupar Jerusalén, como había jurado), las cosas empezaron a torcerse para el rey con corazón de león. Y encima su amistosa relación con Felipe II de Francia se deterioró rápidamente ante el afán de protagonismo del rey inglés y su escasa inclinación a repartir el botín. Por este motivo el soberano galo decidió abandonar la cruzada y regresar a su país. De paso traicionó a su antiguo amigo y aliado y se dedicó a conspirar para que Juan, apodado Sin Tierra, se hiciera con el trono británico.

Ricardo gustaba de batallas y estaba obsesionado con la reconquista de Tierra Santa, pero no hasta el punto de quedarse sin corona. Preocupado por los acontecimientos que se precipitaban, firmó una tregua apresurada con Saladino y de forma un tanto imprudente optó por regresar a su país por el camino terrestre. No consiguió, sin embargo, pasar desapercibido, y acabó prisionero del emperador germánico Enrique VI, quien le retuvo en su corte hasta cobrar un sustancioso rescate. Como al parecer en la corte germánica el único imperio verdadero era el del aburrimiento, Enrique aprovechó para acusar a Ricardo de traidor por haber pactado con el sultán Saladino. Aunque estas pantomimas no prosperaron, Ricardo fue *huésped* del alemán hasta que Inglaterra pagó el rescate. Una vez acabados estos procesos, Corazón de León consiguió volver a su isla en 1194. Repuesto en el trono, lo mantuvo hasta su muerte, en 1199.

Lo más curioso de todo es que, a pesar de lo que dice la leyenda, Juan sin Tierra no llegó a usurpar el reino, sino que se limitó a ejercer la regencia en la esperanza de que Ricardo jamás regresara de Tierra Santa. Regencia, por cierto, que a despecho del mito de Robin Hood se caracterizó por la prosperidad y una mejor administración que en épocas anteriores. Juan, además, pagó sin dilaciones el rescate de Ricardo y le entregó el trono una vez regresado el rey cruzado. Y por si fuera poco Juan hizo todo lo que pudo por recuperar los territorios ingleses en Francia que Felipe II, aprovechando el descontrol, se había anexionado. Todo lo cual pone bastante en entredicho la idea generalizada de que Juan fue un pésimo gobernante, ávido sólo de dinero y poder y siempre dispuesto a traicionar a su hermano, el rey legítimo (aunque francamente despreocupado del reino que le tocó en suerte).

Las acusaciones de traición a menudo son muy relativas y también injustas. Como remate cabe señalar que Juan heredó legalmente el trono en 1199, y que durante su verdadero reinado se aprobó la Carta Magna,

que con su promulgación en 1215 sentó las bases del parlamentarismo británico.

La paranoia de Enrique VIII

Otro rey británico es conocido mundialmente por aventuras menos bizarras que las de Ricardo. Enrique VIII es sin duda uno de los personajes más siniestros de la historia inglesa, un ególatra maniático que a lo largo de su extenso reinado gobernó como un tirano moderno, ejecutor de un sistema policial implacable y, en lo que nos ocupa, pionero de las purgas políticas basadas en acusaciones falsas de traición.

Tal vez su víctima más célebre en este sentido fuera el gran humanista Tomás Moro. Obsesionado con tener un heredero varón y legítimo, Enrique VIII se casó nada menos que en siete ocasiones. En su afán reproductivo no dudó en recurrir a los procedimientos más expeditivos para anular los matrimonios previos: bien forzando al papa de turno para que concediera el divorcio, bien ejecutando a la desdichada ex reina. Esta poca consideración hacia el carácter sagrado del vínculo matrimonial, una forma de traición conyugal que el soberano inglés repitió todas las veces que le convino, cambió la Historia de forma singular, pues la negativa del papado a conceder a Enrique el divorcio de Catalina de Aragón marca el origen de la reforma religiosa anglicana.

Y es en este mismo contexto donde aparece la figura de Tomás Moro, uno de los pocos personajes británicos de la época, junto al obispo John Fisher, que se negó a aceptar la ruptura de Inglaterra con el papa y a reconocer a Ana Bolena como la nueva reina. Su valor e integridad le iban a costar muy caros al autor de *Utopía*, pues en 1533 fue acusado de traición y sometido a una serie de procesos amañados en los que se acumularon las pruebas falsas y los jueces prevaricadores. Baste decir al respecto que uno de los tribunales que le condenó estaba formado, entre

otros, por el padre, el hermano y un tío de Ana Bolena, y que buena parte de la sentencia de muerte contra Moro se basó en el testimonio falso de Thomas Cromwell, tío del futuro *lord* protector. Quién le iba a decir por cierto a la entonces todavía altiva Ana que apenas un año después de la muerte de Moro ella misma iba a perder la cabeza... acusada de traición.

De nada sirvió la hábil defensa de Moro ni la evidente falsedad de las pruebas. El 6 de julio de 1535 Tomás Moro fue ejecutado como traidor por orden directa del obeso soberano inglés. La ley establecía como forma de muerte la horca seguida del descuartizamiento del cadáver, pero Enrique VIII se mostró piadoso y se limitó a decapitar al pensador. Y aunque su cuerpo fue enterrado, la cabeza de Moro fue expuesta durante un mes sobre un puente del Támesis, para ejemplo de católicos recalcitrantes.

La *traición* de Tomás Moro no sirvió para cambiar la Historia, pero por su entereza y valor, además de por su obra, el filósofo disfruta hoy no sólo de la consideración y respeto que no merece la memoria del infausto, caprichoso y traicionero Enrique VIII, sino de la santidad que la Iglesia Católica le concedió como mártir de la fe.

El lord protector

Muy implicado con el parlamentarismo, cuatro siglos después de la promulgación de la Carta Magna iba a aparecer en Inglaterra otro «traidor» equívoco cuyo juicio histórico ha sido controvertido y poco claro. Tirano para unos, justiciero para otros, Oliver Cromwell era ante todo un fanático religioso que dedicó su vida a engrandecer el poderío británico —y su propio poder personal— a cualquier precio.

De acuerdo a las leyes inglesas, la oposición de Cromwell y los parlamentarios a las veleidades absolutistas de Carlos I y la posterior ejecución del monarca, en 1649, debieran ser consideradas delito de

traición o, más exactamente, de lesa majestad, máxime cuando tras la eliminación del soberano británico Oliver Cromwell proclamó la Commonwealth (una suerte de república) y se otorgó a sí mismo el título de *lord* protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Y así debió de pensarlo, tras la muerte de Cromwell, el nuevo rey Carlos II, hijo del anterior soberano, que a pesar de los logros del *lord* hizo desenterrar su cadáver y, tras decapitarlo, expuso su cabeza descarnada frente a la siniestra Torre de Londres, tal vez frente a la Puerta de los Traidores.

¿Héroe, tirano, traidor? En cierto sentido, y como ocurre con tantos personajes históricos, Oliver Cromwell fue un poco de todo. Sin duda traicionó la lealtad debida a su rey, pero por otra parte fue siempre fiel a su idea de la patria británica, y a pesar de su nepotismo y de su crueldad lo cierto es que al término de la guerra civil había convertido a Inglaterra en una potencia después de doscientos años de molesta hegemonía española. Además, y a pesar de sus indecisiones, logró que el parlamentarismo se impusiera en el Reino Unido, creando así la primera forma de democracia —restringida— en el entorno occidental. Traidor o no, la figura de Cromwell es una de las claves en el nacimiento y desarrollo del mundo moderno.

CAPÍTULO X

LA ESTELA DE LOS LIBERTADORES

A estas alturas del cuento ya tenemos claro que los términos políticos son ambiguos, cuando no polivalentes y hasta de uso contradictorio. En el caso de la traición resulta bastante evidente si además también influye la distancia en la apreciación del concepto.

Imaginemos por un momento un ejemplo benemérito de rebelión histórica, la de los esclavos liderados por Espartaco que pusieron en jaque a Roma entre los años 73 y 71 a. C. Aunque el movimiento acabó mal, existe hoy la opinión unánime de que Espartaco y los suyos actuaron de manera legítima para acabar con una situación de injusticia. El juicio, sin embargo, resulta anacrónico: para la legislación romana, que permitía y fomentaba la esclavitud, Espartaco y los demás eran algo más que forajidos: habrían sido tildados de terroristas si el término hubiera existido entonces.

Cuando los sucesos se acercan, la cosa cambia. Por ejemplo, en las guerras desiguales que libran los ejércitos occidentales en países como Irak o Afganistán, entre otros, los combatientes nacionales que se enfrentan al ejército invasor occidental son apelados bien de *terroristas* o bien de *resistentes*, de acuerdo a los intereses políticos de cada facción.

La distancia espaciotemporal y el interés definen en muchos casos la sutil línea que separa al villano del héroe. Así, en el caso de los denominados «libertadores», los rebeldes que emanciparon los países americanos del dominio europeo entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, ¿qué podemos decir? ¿Fueron héroes o simples traidores que cambiaron la Historia?

La legislación de la época era bien precisa al respecto si nos atenemos a lo que entonces se denominaban delitos de lesa patria y lesa majestad. Como vimos en la introducción, las leyes británicas eran categóricas: es traición «levantar un ejército en armas contra el rey» y «unirse a los enemigos del rey». Cargos que podrían aplicarse —y se aplicaron— sin el menor género de dudas contra el grupo de patriotas que firmó en Filadelfia, el 4 de julio de 1776 (en realidad entre los días 2, 3 y 4), la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América.

Reunión de traidores en el Independence Hall

Por más que su revolución estuviera justificada, el movimiento de los patriotas estadounidenses encabezados por figuras como Jefferson, Paine, Franklin o Washington sólo puede ser tildado en puridad de traición a la corona británica, y en concreto a la figura del inepto Jorge III. Y ello por más que los patriotas buscaran justificaciones superiores:

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la Tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la Naturaleza y el Dios de esa Naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación.»

(Texto introductorio de la *Declaración de Independencia*)

Sea por la Naturaleza o por la ayuda divina, el paso del tiempo y el éxito no deberían influir tanto en las apreciaciones de personas y eventos, pero es así, y por supuesto hoy consideramos heroico el movimiento de aquellos libertadores de raíz anglosajona —con un porcentaje notable de alemanes— que pusieron la primera piedra de una nueva concepción del mundo. Una «traición» que, verdaderamente, cambió la Historia.

Y, sin embargo, se podrían poner muchos reparos a aquella componenda que empezó el 16 de diciembre de 1773 con el llamado Motín del Té en Boston. Por ejemplo, que los revolucionarios, como ocurriría en Francia poco después, eran ante todo burgueses acomodados que más que sueños de libertad perseguían gestionar sus recursos sin tener que entregar diezmos al lejano y despreocupado monarca inglés. Por otra parte, las beneméritas intenciones expresadas en ese concepto realmente nuevo —«Todos los seres humanos han sido creados iguales»— chocan con la cruda realidad de que tanto Thomas Jefferson

como otros padres de la futura potencia norteamericana eran hacendados negreros que poseían cientos de esclavos a los que privaban de toda libertad y derecho y a los que explotaban y maltrataban sin piedad.

La rebelión estadounidense empezó con mal pie. Los británicos estaban seguros no sólo de su superioridad militar (un error que cometen a menudo los ingleses es el de subestimar al enemigo), sino sobre todo de su autoridad moral: iban a someter a unos traidores. La incompetencia militar de George Washington, caudillo de los patriotas, fue proverbial, y sólo el entusiasmo de los rebeldes, unido a las incalculables torpezas de la fuerza expedicionaria inglesa, pueden explicar que triunfara una rebelión que en principio parecía encaminada al más riguroso fracaso. En el éxito de los patriotas influyó además —de manera determinante— la participación hispano-francesa en contra de Inglaterra. Las dos naciones gobernadas por la familia Borbón no dudaron en aprovechar tan golosa oportunidad de debilitar al naciente Imperio Británico. De hecho, la participación francesa fue entusiasta, y también un error de cálculo notable por parte del rey francés, quien se vería poco tiempo después en serios problemas debido a las nuevas ideas que sus contingentes trajeron de América.

La fuerza española volvió con menos ideas, entre otras cosas porque no lucharon tanto por la independencia estadounidense como por recuperar las Floridas, objetivo conseguido por el general Bernardo de Gálvez, quien propinó una derrota tras otra a los ingleses en lo que hoy es el sur de Estados Unidos. Para España, con un extenso imperio en América, tampoco fue buena idea esta expedición que animó, pocos años después, la emancipación de casi todas las colonias de ultramar.

Esta colaboración extranjera tan generosa agravaría, en todo caso, las acusaciones de traición al juntarlas con las de connivencia con un enemigo exterior. No obstante, esos cargos no valdrían nada a la postre,

pues los rebeldes ganaron la guerra y el gobierno británico se vio forzado a reconocer la independencia del nuevo país el 30 de noviembre de 1782 (el Tratado de Versalles, que sancionaría definitivamente el reconocimiento internacional, no se firmó hasta septiembre del año siguiente). George Washington fue elegido primer presidente de Estados Unidos y por este mero trámite administrativo quedaba borrado cualquier signo de infamia. El líder de los «traidores» se convertía en héroe nacional, se daba su nombre a la capital de la nación y se acabaría grabando su efigie en el papel moneda: no hay razón más fuerte en la Historia que la de la victoria con las armas en la mano.

El nacimiento de una nación... traicionera

La traición es algo más que un concepto ambiguo: es amplio. A menudo, y sobre todo a medida que nos acercamos al presente, la gran traición individual es menos corriente y también más difícil de llevar a cabo. Los comportamientos alevosos y desleales tienden a ser cada vez más patrimonio de colectivos (el ejército, la policía, los servicios de inteligencia, el gobierno) que en ocasiones llegan a incluir a la nación entera (tomada en general y desde un punto de vista abstracto). En este ámbito de cosas el paradigma moderno de la traición —o cuando menos de un comportamiento poco fiable— lo constituyen los Estados Unidos de América.

Y es así desde prácticamente el primer día. Por ejemplo, en agradecimiento por la ayuda recibida, los recién independizados Estados Unidos se negaron a apoyar a la Francia asediada durante las guerras de la Coalición, en las que las potencias absolutistas trataron inútilmente de ahogar la Revolución; y un siglo más tarde arrebataron traicioneramente a España todas sus provincias de ultramar en el Caribe y el océano Pacífico.

La traición, cuando se ejerce desde una posición de fuerza, no suele acabar mal, y a fin de cuentas el propio general Washington advirtió en su testamento político de la conveniencia de no establecer pactos demasiado firmes con los países europeos, cláusula que hasta la fecha se ha cumplido a rajatabla: los acuerdos con Estados Unidos (no sólo con Europa) a menudo no valen ni el papel en el que están escritos y sólo se mantienen en vigor mientras convienen a la gran nación norteamericana. Es tema del que podría hablar largo y tendido el gobierno del extinto Vietnam del Sur, que confió demasiado en la ayuda de un aliado americano que huyó de Indochina en cuanto las cosas se le pusieron duras; o las naciones de Europa occidental que, pese a tratados de protección mutua y cooperación, vieron en ambas guerras mundiales cómo Estados Unidos se inhibió de entrar en el conflicto hasta que no fue atacado directamente y el resultado del conflicto empezaba a perfilarse gracias al esfuerzo de otros... Quizá también se sintieron traicionados algunos espadones y tiranos, como Suharto o Saddam Hussein, que cayeron como marionetas de la silla presidencial cuando dejaron de ser útiles a los intereses de Washington.

Claro que en el ámbito de las grandes traiciones históricas cometidas por Estados Unidos no hace falta dispersarse tanto en el espacio. En realidad, ni siquiera necesitaron salir de casa: en el transcurso de apenas un siglo las Trece Colonias iniciales se extendieron por gran parte del subcontinente norteamericano gracias a una premeditada estrategia de latrocinio sobre el territorio de México, pero sobre todo merced a una guerra de exterminio sistemático y planificado contra los nativos amerindios.

Una guerra desigual, sucia y sin piedad en la que los colonos y las tropas federales de Estados Unidos asesinaron a una población nativa de unos 6.000.000 de personas (12.000.000 según algunas fuentes). Un genocidio cuya premeditación queda acreditada por dos hechos: el

exterminio sistemático de los búfalos de las llanuras, recurso sin el cual los indios no podían subsistir (de unos 75 millones de animales en 1800, en 1900 apenas quedaban 500); y sobre todo el incumplimiento traicionero y falaz de centenares de tratados de paz, en especial a partir de 1830, tras la aprobación de la Indian Removal Act, una ley federal que permitía a las autoridades de Washington «negociar» *permutas* de tierras con las naciones indias.

Los numerosísimos tratados de paz firmados entre las diferentes naciones indias y Estados Unidos eran para las primeras una cuestión sagrada, por cuanto se trataba de empeñar la palabra dada; para los segundos, una mera argucia para ganar tiempo, cuando no una simple imposición de condiciones draconianas. La mayor parte de los tratados parecen hechos con plantilla y los fines traicioneros pueden adivinarse (al menos para el avisado lector occidental, no para el indio confiado) en su misma redacción. Valgan como ejemplo algunas cláusulas del acuerdo firmado el 21 de octubre de 1867 entre los representantes del gobierno de los Estados Unidos de América y los jefes de las naciones kiowa, apache y comanche, reunidos cerca de Fort Larned, en Kansas.

En el artículo 1 se obliga a las tribus —no se habla de nación en ningún momento— a confederarse y a vivir recludas en una reserva: «La tribu india de los apaches acepta confederarse y quedar incorporada a las tribus indias kiowa y comanche, y acepta como su lugar de residencia permanente la reserva [...] y se comprometen a no establecer asentamientos permanentes en ningún lugar ni tierra fuera de la dicha reserva.»

Y en el artículo 2 se obligan a recibir de buen grado los beneficios de la civilización occidental: «Las tribus kiowa y comanche, por su parte, aceptan las ventajas derivadas del empleo de médicos, profesores, carpinteros, molineros, ingenieros, granjeros y herreros...»

En los artículos 3 y 4 Estados Unidos se garantiza a sí mismo el monopolio del comercio sobre cualquier bien o servicio que necesite la reserva y obliga a las naciones firmantes a no cometer actos de guerra ni entre ellas ni contra los blancos.

Y no hay más. Los tratados de paz entre países ocupan a veces cientos de páginas de compleja lectura, pero para unos indios derrotados no hacía falta complicarse en redacciones, sobre todo teniendo en cuenta que Estados Unidos no cumplía, en estos tratados, ni siquiera sus propias leyes: la sección 8 del artículo I de la Constitución otorga al Congreso la potestad de regular las relaciones comerciales «con naciones extranjeras, entre varios Estados y con las tribus», lo que implica el reconocimiento para éstas de una entidad nacional. Por otra parte, el artículo VI indica que «todos los tratados que se firmen bajo la autoridad de Estados Unidos se convertirán en ley suprema de la nación».

Nada se cumplió: Estados Unidos se reservaba el derecho de denunciar el acuerdo o más bien de saltárselo a la torera cuando le viniera en gana, sabedor de que ningún tribunal iba a juzgar a Washington por incumplir las más elementales normas del Derecho internacional. Los numerosos tratados que aún se conservan son un modelo de mala fe, toda vez que en ellos se emplea un tono paternalista, hasta el punto de que el presidente de la República se suele referir a sí mismo como «Great Father», el Gran Padre Blanco de Washington, lo que indica de entrada poca seriedad.

El último tratado se firmó en 1869, y dos años más tarde el gobierno federal anunciaba oficialmente que nunca más se firmaría otro acuerdo con los indios: se confirmaba la anulación práctica de la mencionada sección 8 del artículo I de la Constitución y de paso quedaba clara la derrota de todo un pueblo. Ya no eran necesarias ni siquiera las ficciones diplomáticas. Si había que tratar con los indios, se haría ya sin tapujos, de la forma en que se hace con un colectivo derrotado y encarcelado. En

1869 Donehogawa, indio rebautizado como Ely S. Parker, afirmó desde su puesto de comisionado de Asuntos Indios:

«Las tribus indias de Estados Unidos no son naciones soberanas capaces de firmar tratados, puesto que ninguna de ellas tiene un gobierno [...]. El único título que la ley les concede sobre las tierras que ocupan o reclaman es de mera posesión [...]. Sin embargo, y debido a que se han firmado tratados con ellas, han recibido la falsa impresión de disfrutar de una independencia nacional...»

Más claro, agua, sobre todo viniendo estas palabras de un indio renegado. Indio que tal vez olvidaba que las reservas tienen, en términos legales, cierta caracterización como Estados soberanos bajo la protección de Estados Unidos (una ficción completa, por supuesto). Nada sorprendente, por lo demás, si consideramos algunas citas no muy famosas de importantes políticos estadounidenses:

«El objetivo inmediato es la total destrucción y devastación de sus asentamientos. Es esencial arruinar sus plantaciones y evitar que siembren otras.»

(George Washington, primer presidente de la República y hacendado negrero)

«Esta raza desgraciada, a la cual hemos dedicado tantos sufrimientos para salvar y civilizar, con sus traiciones inesperadas y sus feroces barbaridades se ha ganado un justificado exterminio.»

(Thomas Jefferson, presidente de la República y también negrero)

«No tienen ni la inteligencia, ni la industria, ni la moral, ni el deseo de progreso esenciales para conseguir cambios favorables en su condición. Asentados en medio de una raza superior, y sin comprender las causas de su inferioridad ni tratar de controlarlas,

deberán necesariamente asumir la fuerza de las circunstancias y desaparecer.»

(Andrew Jackson, presidente de la República)

«Los colonos y pioneros tienen a la justicia de su lado: este gran continente no podía dejarse como reserva para unos salvajes escuálidos.»

(Theodore Roosevelt, presidente de la República)

«Si es designio de la Providencia extirpar a esos salvajes para ganar terreno para los cultivadores, no parece improbable que sea el ron el medio adecuado.»

(Benjamín Franklyn, humanista)

Y, por supuesto, no olvidemos la —esta sí— famosísima frase del general Philip Sheridan: «El único indio bueno que he visto es el indio muerto».

Los tratados que culminaban las sangrientas Guerras Indias —que a veces ni siquiera protagonizaba el ejército, sino milicias civiles de colonos y forajidos— no constituían una verdadera negociación entre iguales: se imponía la paz al vencido y se le obligaba a aceptar la tutela del vencedor, le quedaba prohibido comerciar o moverse libremente y le caían encima todo tipo de trabas económicas, culturales... Los tratados a menudo desembocaban en la deportación forzosa de pueblos enteros —o lo que quedaba de ellos después de las masacres— a tierras marginales, desérticas o improductivas, donde muchos languidecieron hasta la muerte, si es que conseguían sobrevivir al «Camino de las Lágrimas». El resultado final fue que los escasísimos indios supervivientes de las campañas de exterminio (tal vez 100.000 en total, de diferentes naciones), y los pocos que confiaron, pese a todo, en las vacías promesas de los invasores estadounidenses, acabaron encerrados en campos de

concentración, las «reservas», donde han vivido y viven aún sometidos a vigilancia militar y a un proceso implacable de aculturación.

Miles y miles de indios escaparon desde los primeros tiempos del exterminio al territorio de Nueva España, más tarde República de México, donde no recibieron facilidades, pero al menos encontraron asilo y nadie trató de borrarlos de la faz de la Tierra. En la actualidad subsisten tal vez 500.000 indios en los Estados Unidos, la mayoría residentes en reservas. Aunque se les permite hacer algunos negocios y abrir casinos, en general viven en condiciones miserables y son una minoría insignificante y despreciada en su propia tierra.

Los indios no obtuvieron la ciudadanía estadounidense hasta 1924, como resultado de una ley especial (Indian Citizenship Act). Según el censo de Estados Unidos quedaban por aquel entonces 125.000 indios vivos en el país. En noviembre de 1972 el American Indian Movement marchó hasta la Oficina de Asuntos Indios en Washington D. C. en una manifestación nacional llamada *Trail of Broken Treaties*, exigiendo sin éxito el cumplimiento de varios tratados rotos por el gobierno federal. Hasta 1978 no se aprobó, por parte del Congreso, la American Indian Religious Freedom Act, una ley que otorgaba a los pocos indios supervivientes nada menos que el derecho a practicar sus religiones tradicionales, incluido el acceso a lugares sagrados situados fuera de las reservas. Un derecho tan elemental que, no obstante, algunos juristas y congresistas recurrieron por considerarlo contrario a la Constitución (daba cierta primacía a un grupo religioso por encima de otros).

Una traición prolongada en el tiempo, de protagonistas difusos en el entramado funcional-militar de Washington, pero de resultados trágicos para un conjunto de pueblos que, más que ver cambiada la Historia, simplemente fueron expulsados de ella.

El extraño caso de Benedict Arnold

Aunque el desarrollo de los nacionalismos tiende a difuminar el hecho de la traición, no deja de haber en todo momento histórico alguna figura que pueda ser tildada a las claras de traidor. En realidad es casi una necesidad de los Estados-patria, que precisan, a veces de manera agobiante, referentes negativos y enemigos comunes, tanto externos como internos.

En el escenario de la Guerra de Independencia estadounidense (o Revolución Americana, como la llaman allí) podemos citar al menos a un auténtico traidor a la vieja usanza. Traidor, además, para los dos bandos en liza.

Entre 1775 y 1780 Benedict Arnold fue uno de los oficiales más destacados del ejército estadounidense. Se enfrentó a los británicos de manera audaz en todos los frentes (Fuerte Ticonderoga, Québec, Saratoga). No sólo era valiente, sino imaginativo, y un excelente táctico que infligió muchos daños a los ingleses y sufrió muchas heridas en combate.

Sin embargo, en 1780, y sin que exista todavía una explicación clara al respecto, Arnold entregó a los británicos el fuerte de West Point y se pasó al enemigo. ¿La causa de esta traición? Lo único que el protagonista llegó a alegar en su defensa fue el amor a la patria, que sufría atrozmente los desastres de la guerra, por lo que deseaba acabarla como fuera. Sin duda debieron de influir algo las 20.000 libras esterlinas (aproximadamente, 1.000.000 de dólares actuales) ofrecidas por el gobierno inglés a cambio de su defección, aunque otras fuentes apuntan a cierto resentimiento contra unos oficiales del ejército patriótico que le habían menospreciado en numerosas ocasiones a pesar de su valor y su esfuerzo. Rencor y dinero, dos compañeros de viaje habituales de la traición.

En cualquier caso, la alevosa actitud de Benedict Arnold no sirvió para cambiar la Historia. Aunque recibió el rango de brigadier general del ejército británico y combatió con gran empeño y audacia a sus antiguos

compañeros de armas por medio de sabotajes y golpes de mano, los rebeldes acabaron ganando y Arnold se convirtió en el curioso caso de un personaje que fue alternativamente héroe y traidor para los dos bandos en liza.

Exiliado en Londres desde 1792, murió en la pobreza en 1801, y cuenta la leyenda que en su lecho de muerte pidió perdón a Dios por haber traicionado a los patriotas y solicitó ser enterrado con su viejo uniforme de soldado continental. Un final de fábula, aunque muy propio de un traidor.

Un reguero de tiranos

Washington fue el primero, y de su ejemplo surgió una pléyade de libertadores que fue acabando poco a poco con el dominio europeo (ahora ya casi exclusivamente español) en América. Las justificaciones de una multitud de personajes desde Bolívar a Sucre o San Martín, pasando por otros como el cura Hidalgo, fueron exactamente las mismas que las empleadas por los «traidores» yanquis y, como éstos, los nombres de aquellos patriotas son recordados hoy en sus países como los de héroes que libraron a todo un continente de la opresión extranjera.

Lo extraño es que, dado el desgobierno español en América, esas regiones no se hubieran separado antes. En cualquier caso, si nos atenemos a los hechos legales en su estado puro, debemos concluir que los grandes libertadores no fueron sino reos de altísima traición según las leyes españolas de la época (de cualquier época: hoy en día también sería —es— acusado de traidor por algunos cualquiera que se atreva a sugerir la separación de una provincia de España).

Además, como ocurría en el caso estadounidense, los protagonistas de la rebelión no fueron los «nativos», sino la alta burguesía criolla, la mayor parte de ellos hombres de fortuna y terratenientes educados en España e

incluso formados en los ejércitos de la metrópoli. Los indios, segregados de la historia de su propio continente desde la llegada casual de la flota de Colón en 1492, se inmiscuyeron bastante poco en los asuntos de esa curiosa guerra casi civil entre los españoles de América y los españoles de España. Teniendo en cuenta que, además, la metrópoli se encontraba por entonces agotada a causa de la devastadora guerra contra Francia e imposibilitada por tanto para enviar tropas suficientes a las colonias, resulta curioso constatar que con mucha frecuencia los ejércitos realistas se reclutaban *in situ*. Estos paisanos leales a la *Madre Patria* serían considerados por los futuros vencedores de las guerras de independencia como traidores a la causa nacional: una vez más la ambigüedad de los términos y el uso ambivalente de ciertas palabras.

La historia nunca es un relato blanco o negro, nítidamente seccionado en partes de bordes claros. Como dicen en México, «la Conquista la hicieron los indios y la Independencia los españoles». Frase irónica cargada de verdad y que hace alusión al hecho de que la conquista se pudo realizar gracias a la colaboración entusiasta de miles de guerreros locales que combatieron al lado de la escasa tropa española, mientras que las luchas por la independencia fueron protagonizadas casi en exclusiva por los blancos criollos, católicos, hispanohablantes y de pura raíz europea. Los indios, sabedores de que su suerte no iba a cambiar, se contentaban con subirse a colinas próximas a los campos de batalla para merendar viendo «cómo se matan entre sí los españoles».

Excede el ámbito de esta obra describir la laberíntica campaña continental de liberación de la América española, aunque el resultado es conocido: España fue incapaz de sostener su imperio y, aparte de algunas migajas insulares, perdió lo que habían sido sus provincias de ultramar en apenas dos décadas. Los libertadores se convirtieron así en «traidores» que cambiaron la Historia, introduciendo en el ámbito internacional un

conjunto de nuevas naciones que, todavía hoy, viven de la esperanza en un futuro mejor.

Porque, en efecto, si los libertadores traicionaron a alguien fue a sus propios ideales: consumidos por la ambición personal, no supieron levantar un gran proyecto nacional y dividieron la América española en un caos de países que aún hoy se miran con recelo y a menudo se odian con vigor digno de mejor fin. Los libertadores dejaron como legado la estirpe tan hispana del espadón y el ejército gendarme interventor, que ha sembrado de pobreza y muerte el fértil suelo hispanoamericano para mayor provecho de los descendientes de esos otros libertadores americanos del norte, protestantes y eficientes, que convirtieron el antiguo imperio español en patio trasero o saco en el que meter la mano a discreción.

Como había previsto el propio Simón Bolívar, sobre su tumba iba a florecer un reguero de tiranos, aunque quizás sea mejor recordar, para mantener viva la esperanza de una América unida y libre al fin de traidores, otro de los pensamientos del más célebre de los libertadores:

«Compatriotas: Vosotros me honráis con el título de Libertador. Los oficiales, los soldados, el ejército: ved ahí a los libertadores.»

Cambiamos «ejército» por «pueblo», y tal vez en América se pueda cambiar alguna vez la Historia.

CAPÍTULO XI

FRANCIA: DE REVOLUCIONARIOS Y EMPERADORES

Cuando la fuerza expedicionaria del mariscal Lafayette regresó a Francia en 1782 después de luchar codo a codo con los independentistas estadounidenses y vencer a los británicos, traían algo más que heridas y

recuerdos: habían visto cómo un puñado de milicianos mal armados pero muy motivados podían enfrentarse a una potencia y derrotarla. Y, sobre todo, habían visto cómo una persona podía pasar de *súbdito* a *ciudadano* por su propio esfuerzo. Habían aprendido conceptos como la dignidad y el derecho del ser humano, y comprendieron que éste podía, si lo deseaba de verdad, cambiar lo que hasta entonces había sido el sino inerte de la Historia.

La historiografía a la que estamos acostumbrados, no ya occidental, sino descaradamente eurocentrista, considera la Revolución Francesa de 1789 como un punto culminante de la Historia humana. Y sin duda lo es, al menos para los pueblos de tradición europea, pero no debemos olvidar que la primera gran revolución moderna tuvo lugar en el Nuevo Mundo. Quizá la única diferencia notable radique en que la estadounidense fue una revuelta patriótica, mientras que la francesa fue de clase, con todo lo que ello implica.

La Revolución

La cosa se venía fraguando desde mucho antes del estallido estadounidense. La incompetencia y corrupción de la monarquía francesa; el empobrecimiento, el hambre y la miseria de las masas populares; y la incapacidad gala para construir un imperio ultramarino que permitiera el desarrollo de una burguesía comercial y una clase media al estilo inglés, todo ello proporcionaba motivos sobrados para que tuviera lugar un alzamiento, alimentado además por el renacimiento filosófico que supuso la Ilustración, fuente de ideas progresistas que los soldados expedicionarios no hicieron sino poner de relieve: la utopía era posible.

Los hechos revolucionarios son conocidos y de nuevo se abre ante nosotros el resbaladizo terreno de la terminología y la valoración anacrónica de los hechos, pues si bien los revolucionarios franceses —con

todas sus luces y sus sombras— cambiaron la Historia y el mundo más para bien que para mal cuando demostraron que se podía acabar con la podredumbre del monarquismo absolutista, que no hay sistemas inamovibles —y sólo por eso debemos estarles agradecidos—, lo cierto es que desde un punto de vista legal y sincrónico sólo puede definírseles como traidores o, para utilizar de nuevo el término exacto de la época, reos de lesa majestad.

La Revolución Francesa arrancó oficialmente el 14 de julio de 1789, cuando el pueblo de París asaltó la cárcel de La Bastilla. Aunque tuvo parte de movimiento popular, en el fondo fue una revuelta burguesa. Como los patriotas estadounidenses, los Danton, Robespierre, Marat, Hebert o Desmoulins buscaban el cambio social pero también una mejora de su estatus de clase: de hecho, la burguesía aspiraba ante todo a dirigir la nación, a arrebatarse el poder a la clase aristocrática que había demostrado de sobra —y durante ya demasiado tiempo— su incapacidad para gobernar.

En este juego político las clases populares, carentes de auténtica dirección y de personajes destacados, llevaban las de perder, y sólo la fuerza imparable de la rebelión una vez puesta en marcha impidió que ésta fracasara entre las dudas, vacilaciones e incertidumbres de las facciones revolucionarias. En todo caso, el pueblo sería, como suele ocurrir, el gran traicionado, pues al final los líderes burgueses se hicieron con el cotarro y, tras ajustar algunas gargantas aristocráticas para hacer ver que la cosa iba en serio, se dedicaron a competir entre sí con resultados dramáticos, en un juego de traiciones mutuas que acabó con demasiadas cabezas en el cesto de la guillotina.

Con todos sus defectos, a pesar de las luchas intestinas y el intenso desorden de los años revolucionarios, y a pesar de los ataques de la coalición absolutista integrada por Inglaterra, España, Austria y Prusia, la

Francia revolucionaria consiguió mantenerse en pie y llevar a buen término una «traición» que cambió la Historia de manera radical.

El traidor corso

Del confuso marco de la Revolución sólo podía surgir una gran figura que, en ciertos aspectos, no podía por menos que ser un traidor... a su manera. Los acontecimientos post-revolucionarios habían desembocado en un desgobierno casi peor que el de los Borbones, particularmente por la política de terror emprendida por el fanático Robespierre.

En medio del caos político, el 9 de noviembre de 1799 un grupo de militares encabezados por un general de origen corso, Napoleón Bonaparte, traiciona a la Revolución y acaba con el gobierno del Directorio. Se cumplía así el primer acto de algo que se iba a repetir muchas veces: la decepción de las esperanzas populares, que desde 1799 hasta hoy mismo han visto cómo un destino obstinado transforma de manera sistemática las revoluciones en dictaduras militares que, a menudo, sólo cambian una tiranía por otra.

Durante los primeros años, y como un nuevo Augusto, el pequeño militar corso encabezó una dictadura que mantenía la ficción republicana: el Consulado. Sin embargo, el devenir de Francia, de nuevo acosada por las potencias absolutistas, se deslizaba imparable hacia una nueva traición, esta vez a la propia República. Y, en efecto, en 1804 Napoleón Bonaparte, convencido quizá de su propia grandeza —o tal vez porque no veía otra salida— se hizo coronar emperador y acabó de un plumazo con los últimos vestigios del gobierno republicano.

A Napoleón se le ha ensalzado hasta la manía, y en la propia Francia, particularmente en París, abundan los monumentos y recordatorios de este militar que, visto en su conjunto, no fue más que un gran derrotado cuyo encumbramiento se debió más a la intriga política y a la traición que

a sus habilidades en el campo de batalla. Los análisis sobre su capacidad como general tienden a exagerar su valía como estratega, olvidando que su verdadera aportación fue en el plano táctico, con la puesta en práctica de conceptos bélicos revolucionarios como las líneas móviles, el aprovisionamiento en marcha o el servicio militar obligatorio.

Estratégicamente, sin embargo, Napoleón fue un completo inepto: no supo calibrar el verdadero poder de sus adversarios, despreció la utilidad de una logística bien estructurada (imprescindible en campañas que se desarrollan en profundidad, como la de Rusia), fue incapaz de levantar una armada competente (como general de infantería, probablemente ni siquiera era consciente de su importancia), despreció y abandonó (traicionó) a sus tropas cuando no había opción de victoria (como hizo en Egipto y Rusia)... Y por último, atacó a demasiados enemigos a la vez.

En este ámbito pasaremos a considerar una de las traiciones más notables e innecesarias de Napoleón y también una de las que más caras le iba a resultar: la traición a los aliados. Era casi una costumbre del corso que había empezado en 1806, cuando rompió el Tratado de Schönbrunn, firmado con Prusia el año anterior (de hecho apenas seis meses antes) tras la victoria de Austerlitz. Según ese papel rubricado, Prusia se convertía en aliado de Francia y recibía, a cambio de ciertas concesiones territoriales, el reino de Hannover.

Sin embargo, el traicionero y ambicioso militar corso tenía en mente llegar a un acuerdo con los británicos que le dejara las manos libres en el continente, y para ello no dudó en ofrecer a Londres la soberanía sobre Hannover, cesión fraudulenta que los ingleses se apresuraron a comunicar a los prusianos. Así, por una de tantas traiciones políticas (la eterna costumbre de los poderosos de considerar los acuerdos como simples trozos de papel) comenzó la cuarta Guerra de la Coalición y también, aunque el corso estaba lejos aún de sospecharlo, el principio del fin de la aventura bonapartista.

Como le ha ocurrido a todos los grandes megalómanos de la Historia, la visión de conjunto y la perspectiva desaparecen en Napoleón, disueltas en la grandeza de sus propios delirios. Empantanado en una guerra total contra Europa, Napoleón sólo contaba con la reserva económica y humana de Francia. Sin embargo, sus conquistas absorbían recursos militares ingentes, cada vez mayores a medida que se extendía el dominio, lo que privaba al expansionismo galo de los medios imprescindibles en un conflicto en el que los frentes se multiplicaban. Por otra parte, los escasos aliados de Francia, o bien lo eran por la fuerza o resultaban poco de fiar.

Tal vez pesara esta idea en el ánimo de Napoleón cuando cometió el que, a la larga, iba a ser uno de los mayores errores de su carrera de desastres: la invasión de España tras los sucesos del 2 de mayo de 1808. Un error de cálculo imperdonable, pues hasta ese momento España había sido el aliado más seguro de la Francia napoleónica (olvidados ya los sueños revolucionarios en medio de la pesadilla neomonárquica bonapartista) y así habría podido seguir la cosa, pues la nación ibérica no recibía más que ventajas de su colaboración con el gran invasor de Europa: la posibilidad de anexionar Portugal, de recuperar Gibraltar y de ocupar diversas posiciones británicas en América.

Nada de esto tuvo en cuenta Napoleón, y embebido de soberbia cometió un acto de traición al atacar por la espalda a una España confiada en su antigua aliada. La ocupación fue brutal y despiadada, y el saqueo de los recursos españoles constante. Sin embargo, en la balanza de los hechos esta traición supuso un severo golpe a las posibilidades de victoria final de Napoleón, y desde luego constituyó uno de sus más grandes fallos en el cálculo estratégico, campo en el que el brillante soldado corso no era ningún lince.

En primer lugar, la invasión no sólo privó a Napoleón de recursos y tropas útiles procedentes de España y su extenso imperio, sino que le

obligó a emplear contingentes cada vez mayores de soldados en el empeño infructuoso de domeñar un país que se convertiría en ejemplo de resistencia para toda Europa. Además, la inesperada victoria de las tropas regulares españolas en Bailén, en agosto de 1808, supuso un mazazo para el mito de la invencibilidad del soldado francés. Era la primera vez que los ejércitos del emperador resultaban derrotados en campo abierto, y este suceso tal vez habría culminado la traición napoleónica con un auténtico cambio en la Historia si los oficiales españoles hubieran sabido aprovechar la victoria. En lugar de eso, Castaños y los suyos se fueron a Madrid a presumir y para cuando Napoleón en persona volvió con un ejército mayor, los militares profesionales españoles casi desaparecieron de escena y dejaron el país en manos de los invasores.

El pueblo español, verdadero y único protagonista de la historia nacional, se esforzó y sacrificó hasta lo indecible por enmendar el desastre producido por una clase política, aristocrática y militar corrupta e incompetente. La proliferación de guerrillas, sabotajes y golpes de mano no ganó la independencia (la victoria sobre Napoleón fue mérito del ejército inglés), pero impidió a los franceses aprovecharse de la ocupación, contribuyó a imposibilitar la ocupación gala de Portugal y Gibraltar y les obligó a dejar un ejército de más de 100.000 hombres en estado de alerta permanente, con todo lo que ello supuso para la moral de un ejército imperial que comenzaba a dudar de sus posibilidades de éxito.

El que no debía de tener dudas al respecto era el propio Napoleón, y así, sin previo aviso y también a traición, cometió en junio de 1812 la equivocación definitiva: invadir Rusia, gigante de pies de barro, pero gigante al fin, que había pasado de la beligerancia a la neutralidad y finalmente a una dudosa alianza con Francia. Para no extendernos más, sólo señalaremos que la traicionera campaña del Gran Ejército en Rusia representó un completo desastre en todos los sentidos, y de los 600.000

hombres que partieron a tomar el imperio euroasiático, sólo 5.000 derrotados, miserables y desmoralizados regresaron.

El sueño hegemónico de un hombre de pequeña estatura (en muchos sentidos) se venía abajo, precipitado no sólo por la oposición exterior, sino por las propias equivocaciones y por innumerables errores de cálculo entre los que hay que contar un buen número de traiciones políticas. Poco tiempo después, en 1815 y tras un primer destierro, Napoleón era definitivamente derrotado en Waterloo.

El sino de Napoleón fue el de los grandes traidores, y así acabó su vida vilipendiado, solo y aislado en una isla insignificante llamada Santa Elena, lejos de cualquier lugar interesante. Su figura, exaltada más tarde por los historiadores militares y sobre todo por una Francia hambrienta de glorias pero que nunca llegó a levantar un imperio sólido, no puede quedar libre de sus culpas, entre ellas la gran traición que el corso cometió contra la propia Historia: de su ambición desmedida nació el sueño cesáreo de una estirpe de tiranos, pues las campañas napoleónicas no fueron sino el preludio de las constantes guerras europeas y mundiales que iban a desangrar a medio planeta durante los ciento cincuenta años siguientes.

CAPÍTULO XII

DERECHO DE SECESIÓN

Uno de los hechos determinantes de la Historia en los últimos siglos es el desplazamiento progresivo del centro de gravedad político desde Europa occidental hacia la orilla americana del Atlántico. Sin embargo, en el siglo XIX Estados Unidos estaba lejos de ser una potencia y no se le solía tener en cuenta para casi nada (por ejemplo, a la hora del reparto colonial de África y gran parte de Asia las potencias de Europa occidental se dividieron el pastel sin considerar a otros posibles actores que empezaban a despertar).

Y no obstante, Estados Unidos, pasada la primera mitad del XIX, era ya un país extenso y bastante poblado, su economía empezaba a ser puntera en algunos campos y en muchas regiones se había iniciado un proceso acelerado de concentración de capitales y desarrollo industrial. El león estaba a punto de enseñar sus dientes, pero antes tenía que acabar de organizar su casa. Un suceso dramático, cargado en gran medida de los tintes de la traición, iba a cambiar la Historia de la noche a la mañana. Fue también un juego cruzado de deslealtades, alevosías y crímenes: la Guerra de Secesión.

Hasta el momento de desatarse las hostilidades en 1861 Estados Unidos controlaba el monopolio mundial del algodón en rama. El sur del país, tradicionalista, conservador y de cierto corte «aristocrático» — pretendía ser una especie de imitación de Europa «a la americana»—, estaba cubierto de latifundios en los que se producía a gran escala la preciada fibra que, por aquel entonces, servía como materia prima esencial a las industrias textiles de Inglaterra, Alemania, Francia y el propio Estados Unidos (a los estados del norte). La textil, junto a la

siderúrgica, suponía la parte más sustancial y productiva de la todavía naciente Revolución Industrial, y cualquier alteración en el suministro de materias primas generaba crisis de consecuencias generalizadas.

La producción agrícola de los estados del sur beneficiaba a casi todos: era abundante, de excelente calidad y, sobre todo, muy barata. De hecho, este último detalle era clave y explica también el «casi» de la frase anterior: los únicos que no se beneficiaban eran los cultivadores y recolectores, esclavos de origen africano que componían un colectivo de millones de personas de raza negra secuestradas en sus países de origen por mercaderes árabes, holandeses, portugueses, ingleses y, en menor medida, franceses y españoles, además de los propios negros de la costa africana, que no dudaban en cazar como animales a sus coterráneos del interior.

La producción de base esclavista, como se demostró ya en tiempos de la Antigüedad clásica, puede resultar arriesgada a largo plazo. El mantenimiento del sistema exige la importación continua o la reproducción de los viejos esclavos, que poco a poco pasan de ser una minoría a convertirse en un grave problema de seguridad con costes que aumentan a un ritmo mayor que la productividad. Por otra parte, el trabajo esclavo es siempre de peor calidad y menos eficaz, productivo y rentable que el del obrero asalariado, como muy bien comprendieron los capitalistas europeos y del norte de Estados Unidos en el siglo XIX. El carácter extensivo de las plantaciones sudistas servía para soslayar, al menos de momento, el problema económico (que no el moral), y los plantadores, que acarrearón fortunas dignas de emperadores europeos, no tenían desde luego el menor interés en cambiar nada.

Hacia el año 1860 el tema de la esclavitud amenazaba con colapsar los estados sureños. Un 11 por ciento de la población estaba formada por esclavos y la proporción crecía sin parar. Por otra parte la economía sudista, pujante para unos pocos hacendados, empezaba a resentirse de

su carácter productor primario, carente de industria. Al depender además de un monopolio, la posibilidad de una crisis total pendía siempre sobre la estabilidad del sistema: si alguien lograba cultivar algodón en cantidad suficiente en otra parte del mundo, a un precio competitivo, el Sur se hundiría.

Resulta curioso que estimaciones tan evidentes, incluso en la propia época, pasaran desapercibidas para los políticos sudistas que en 1861 proclamaron la Confederación de Estados de América, en virtud de la cual Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Mississippi, Tennessee, Arkansas, Luisiana y Texas se separaban de Estados Unidos.

La secesión, vista desde Washington, fue calificada inmediatamente de acto de traición, por más que la misma configuración federal de Estados Unidos reconociera implícitamente el derecho de cada estado a separarse de forma unilateral, puesto que la unión había sido también voluntaria.

Esta sutileza política no intimidó al presidente Abraham Lincoln, antiguo leñador que hasta el momento en que la secesión se hizo inevitable no había mostrado una posición demasiado clara respecto al tema de los esclavos. De hecho, el Honrado Abe no hizo pública su célebre Proclama de Emancipación hasta 1863, en concreto después de la batalla de Gettysburg, en el transcurso de la cual las tropas federales del Norte aplastaron al ejército incursor de la Confederación y decidieron casi el resultado de la guerra (que, no obstante, iba a durar dos años más). Ese mismo año se introdujeron en la Constitución de Estados Unidos las enmiendas 13 y 14, que prohibían expresamente la esclavitud en toda la federación y aseguraban los derechos civiles de todos los ciudadanos. Un curioso olvido de los Padres Fundadores:

«Ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria —salvo como castigo contra criminales convictos— serán legales dentro del

territorio de Estados Unidos, ni en ningún lugar sujeto a su jurisdicción.»

(Enmienda XIII, sección 1)

Lincoln comenzó a ejercer su mandato el 4 de marzo de 1861 y fue el primer presidente de la Unión por el Partido Republicano. Lo que en condiciones normales habría sido un gobierno contemporalizador y seguramente irrelevante, se vio arrastrado por la fuerza de los acontecimientos a una situación de conflicto civil que, por sus resultados, convirtió al oscuro leñador de Kentucky no sólo en un héroe nacional, sino en una figura de fama universal gracias al mito que se forjó a su alrededor como Gran Emancipador. Sin embargo, durante toda la guerra civil ejerció la presidencia de forma similar a un *dictator* romano, con poderes excepcionales. Rodeado de una brutal guardia pretoriana, los Turners, ordenó innumerables detenciones sumarias de sospechosos de espiar para el Sur. Absorbido por las preocupaciones de la guerra, tampoco dedicó un empeño especialmente intenso a asegurar los derechos y libertades de los negros que residían en el Norte, o de aquellos del Sur que iban siendo liberados a medida que las tropas federales iban ocupando territorio.

En realidad el movimiento antiesclavista en Estados Unidos había sido recibido con gran indiferencia, cuando no abierta oposición en todo el país. El periodista W. Garrison, del *Liberator*, fue uno de los grandes promotores auténticos de la emancipación, y con él la American Anti Slavery Society, que desde principios del siglo XIX hacía propaganda en contra de la esclavitud y proporcionaba ayuda a los esclavos que conseguían escapar hacia el Norte. Esta sociedad fue tildada de «antiamericana», antipatriótica, delictiva y *traidora* por los elementos más radicales de Dixieland, pero tampoco era vista con excesivas simpatías por una parte considerable de la población del Norte, que si bien no simpatizaba con los «paletos» negros del Sur, tampoco gustaba de ver

en sus pulcras ciudades novoinglesas a los proletarios negros sumidos en la miseria.

Aunque la Society logró algunos éxitos parciales —como la prohibición de la esclavitud en los territorios anexionados a la Unión (según la norma Wilmot Proviso de 1846, que por otra parte pasaba por alto el hecho de que esos territorios estaban siendo robados a los indios) o la declaración oficial de la California recién robada a México como zona libre de esclavitud—, otros movimientos fueron cuando menos dudosos, como la ridícula creación de Liberia, un país artificial en África para repatriar a los esclavos liberados (como si todos los africanos hubieran sido secuestrados en el mismo pueblo), o la New Fugitive Act, ley que limitaba las actuaciones de la Society y autorizaba a los negreros a aplicar cuantas medidas creyeran oportunas para impedir la fuga de esclavos o capturar a los fugitivos. Esta ley de 1850 obligaba también a la población del Norte a devolver a los esclavos que lograran cruzar el paralelo 36, la línea de demarcación entre el Norte y el Sur. Hay que decir, en honor a la verdad, que muy poca gente en el Norte cumplió esta orden inhumana.

Durante la Guerra Civil estadounidense los estados de la Confederación persiguieron sin piedad tanto a los negros fugitivos como a los blancos que les ayudaban. Puesto que la «constitución» de Dixie consideraba al esclavo como una forma de propiedad, el que ayudara a escapar a un negro lo que estaba cometiendo era un robo. Sin embargo, dada la situación de conflicto armado, y teniendo en cuenta que muchos de los negros fugitivos se integraban en unidades militares del ejército federal (regimientos exclusivos para negros), ayudar a un esclavo se convirtió en un acto de traición cuyo castigo era la pena de muerte ante un pelotón de fusileros, aunque a menudo la ejecución se realizaba de manera sumaria en el mismo sitio de la captura y por cualquier procedimiento disponible.

Es el caso de John Brown, un afamado activista que no dudó en realizar acciones armadas contra los intereses de los hacendados negreros. Su

figura constituye el arquetipo del hombre que lo arriesga todo por unos ideales que considera justos, y tuvo que pagar un alto precio por ello: en 1859 John Brown fue capturado por la policía de Virginia y condenado a la horca por un tribunal de Charlestown que le acusó de traidor. ¿En qué consistió exactamente su «traición»? Nada menos que en asaltar un arsenal del ejército para armar a una milicia mixta de blancos y negros. El «ejército» de John Brown, que contaba con veintiún hombres de las dos razas, fue aniquilado sin piedad y los supervivientes ejecutados. Desde nuestro punto de vista actual Brown y los suyos luchaban por una causa justa, pero no es menos cierto que según el posicionamiento de la derecha estadounidense —y mundial— de nuestros días, Brown no sería más que un simple «terrorista». Más allá de las razas —y en realidad ni eso—, nada es del todo blanco o negro.

Brown y muchos otros blancos recibieron la muerte por luchar contra la injusticia de la esclavitud en el propio territorio del Sur. En cuanto a los negros fugitivos o guerrilleros, a menudo recibían *mejor* trato: aunque a la vuelta eran torturados como escarmiento, no se les mataba ni se les dejaba baldados para siempre, pues tenían que trabajar.

Trabajo forzado que apenas revirtió en beneficio de una Confederación más depauperada a medida que avanzaba la guerra. Aparte de los desastres, las destrucciones y la sangría humana, lo que puso de manifiesto la Guerra de Secesión es que un país sin industria, como Dixieland, no podría derrotar, por más valor y entusiasmo que derrocharan sus soldados, a una nación industrializada. Concentrados en la producción algodonera, pero sin flota de guerra, el Sur quedó bloqueado y su monopolio se desvaneció en la nada, a pesar de que tanto Francia como el Reino Unido reconocieron diplomáticamente al gobierno de Richmond y trataron de enviarle armas y equipo.

La «traición» sudista, que empezó como un conflicto económico que enfrentaba a terratenientes negreros contra empresarios industriales,

esclavitud rural contra proletariado urbano como forma de explotación de los recursos, cambió de un plumazo la Historia: la crisis suscitada en la industria europea debido al corte radical del suministro de algodón en rama empujó a los países de Europa occidental al que quizá sea el mayor movimiento de conquista de todos los tiempos. Inglaterra se adelantó a todos ocupando Egipto y la mayor parte de la India. Pero otros países, sobre todo Francia y Alemania, aunque también Rusia, Italia, Portugal y España, procuraron en la medida de sus posibilidades ganar posiciones en África, Asia y Oceanía en busca tanto de fuentes de materias primas como de mercados para la industria metropolitana. Este proceso culminaría en la Conferencia de Berlín de 1885, donde quedó sancionada la división de África entre unas potencias europeas reconocibles ante todo por su rapacidad. Y puesto que esta ansia colonial se tradujo, no muchos años después, en dos devastadoras guerras mundiales, bien puede decirse que la secesión de Dixie, una traición y delito de lesa patria desde el punto de vista de los vencedores en Washington, alteró la Historia de todo el planeta. (Aunque quizá más que cambiar la Historia no hizo sino acelerar un proceso que se habría dado de todas maneras. Por supuesto, fueron más las ansias anglo-francesas de quedarse con todo el pastel colonial las que precipitaron la inminente conflictividad del siglo XX.)

Tras la previsible derrota del Sur, los protagonistas de la secesión sufrieron diferentes destinos. El presidente de la Confederación, Jefferson Davis, trató de escapar después de la derrota, pero fue capturado por las tropas federales, encadenado, encarcelado sin cargos y sometido a torturas. Durante dos años permaneció en prisión, solicitando una y otra vez su comparecencia ante un tribunal, acusado de traición o de lo que fuese, pero no lo consiguió. Este curioso anticipo histórico del Campo Rayos X de Guantánamo fue sobreseído en 1867 sin que jamás llegara a celebrarse ningún juicio, tal vez porque de hacerse así los tribunales federales habrían tenido que reconocer el legítimo derecho de los estados

del Sur a separarse de la Unión. Davis no tuvo mayor relevancia posterior hasta su muerte en 1889.

En cuanto al general Robert Edward Lee, el astuto estratega sudista, fue privado de la ciudadanía estadounidense, que no se le repuso —a título póstumo— hasta 1975. Mientras otros militares profesionales de la Confederación pudieron luego reingresar en el ejército de la Unión (perdiendo dos grados), a Lee se le condenó a la más completa muerte civil, aunque por lo demás no llevó una vida demasiado incómoda.

En cuanto a Abraham Lincoln, considerado un villano y por supuesto un traidor por los latifundistas negreros, fue asesinado, también a traición, por un fanático sudista llamado John Wilkes Booth en el teatro Ford Opera's House de Washington, sólo cinco días después de acabar las hostilidades.

Y los negros, elevados de golpe y porrazo a la categoría de ciudadanos de Estados Unidos, se convirtieron en una masa proletaria empobrecida que todavía hoy registra los mayores índices de miseria, analfabetismo, drogadicción y delincuencia de todo el país. Fueron liberados de las cadenas metálicas, pero la sociedad blanca no estaba dispuesta a romper sus propias ataduras mentales ni su racismo puritano, de tan recia raigambre anglosajona. Sometidos a un *apartheid* sutil —y a veces no tan sutil—, no obtuvieron el reconocimiento de sus plenos derechos civiles hasta la década de 1970, y aún hoy son la minoría marginada de ese gran país, esplendoroso para algunas cosas y primitivo y siniestro para otras, que se llama a sí mismo «crisol de culturas», pero que en realidad funciona más bien como un mortero: machacándolo todo. En el conflicto civil de 1861-1865 sólo se dirimieron estrategias económicas entre las oligarquías blancas del Norte y del Sur, y los negros, que acogieron con entusiasmo al presidente Abe Lincoln como su libertador, fueron en realidad los grandes traicionados de toda esta historia. *Sic semper...*

CAPÍTULO XIII

GUERRAS Y ENTREGUERRAS: LA TRAICIÓN COMO OFICIO

El siglo XIX termina en 1914, año en el que la concepción de la guerra cambia radicalmente. El delicado equilibrio del sistema de alianzas decimonómico comienza a resquebrajarse ante la evidencia de un mundo cada vez más industrializado y por ello sediento de mercados y fuentes de materias primas. La aparición en el escenario mundial de nuevas potencias (Estados Unidos, Japón, Alemania, Italia, Rusia) y el desarrollo de una clase proletaria cada vez más numerosa (además de oprimida y pobre) van a cambiarlo todo.

La avidez anglo-francesa del siglo XIX pudo sostenerse gracias a una situación internacional favorable. Las potencias nacientes no se encontraban en la situación adecuada para responder a un reparto colonial francamente intolerable (y veámoslo así sólo desde el punto de vista de la *latrocracia* metropolitana), y algunas de las antiguas, como España, Portugal o la futura Turquía se estaban viniendo abajo a toda prisa. En este escenario la fidelidad al sistema tradicional de alianzas no tenía ningún sentido y por lo tanto el conflicto entre potencias era inevitable.

Por otra parte había quedado claro que el desarrollo tecnológico y la investigación científica iban a ser las claves del éxito en el futuro. En primer lugar, por la mejora de los medios de producción y transporte; en segundo, por las aplicaciones militares de la tecnología.

Y a todo esto hay que añadir el cambio radical en la concepción estratégico-táctica, propiciado tanto por la extensión mundial de la actividad económica y política como por esos mismos avances

tecnológicos. A partir de 1914 la guerra ya no consistirá en enfrentamientos puntuales entre flotas o grupos organizados de ejércitos en un campo de batalla bien definido. Las masas militares, en un mundo cada vez más poblado, serán enormes, y su campo de actuación se extenderá a lo largo de líneas de miles de kilómetros de extensión que involucrarán, como un elemento más del combate, a la población civil. La batalla campal o naval raramente será decisiva, al menos mientras los bandos en liza conserven medios para reponer las pérdidas. En suma, a partir del siglo XX será la capacidad humana, intelectual e industrial de cada país la que gane las guerras, más allá de la suerte o la habilidad de los estrategas.

Con la explosión de las guerras mundiales la profesión de espía, que ha existido siempre y siempre se ha considerado indigna, tomará carta de naturaleza como oficio. Es importante tener en cuenta, a partir de este punto, que cuando hablemos de *espías como traidores*, sólo lo serán aquellos agentes que, contratados por una potencia extranjera, trabajan en contra de los intereses de su propio país. Igualmente se incluirá en esta categoría al agente doble, que vende secretos a los dos bandos. Por supuesto, el espía que trabaja para su propio país puede tener un oficio tan indigno o mezquino como se quiera, pero desde luego no se le podrá acusar de traición.

El espionaje, que concentrará las formas modernas de traición, no será ajeno a los grandes cambios que se irán sucediendo con velocidad mareante a lo largo del siglo XX. El conocimiento de las capacidades técnicas, industriales y militares del adversario será definitivo en un tipo de conflicto total en el que se juega algo más que la honra nacional, el botín o una provincia fronteriza.

El espía tradicional que entregaba secretos de su país a otro lo era a menudo de manera fortuita: se le ofrecía un dinero u otra prebenda y, si lo consideraba apropiado, cumplía la misión que se le encargaba. El espía

moderno será un profesional, un especialista, con frecuencia de nómina, englobado en las fuerzas militares o policiales enemigas, dentro de eso que, de un modo un tanto desconcertante, se ha venido conociendo como «inteligencia militar».

La profesionalización del espionaje va a suponer también una forma de profesionalización del traidor, ya que si bien los servicios de inteligencia se componen ante todo de nacionales, el verdadero espía ha de ser contratado *in situ* para que no despierte sospechas. Insistamos pues en que se trata de alguien que, dentro de su país, trabaja al servicio de una potencia extranjera, y esta es una actividad que entra de lleno en el concepto de traición de todas las legislaciones modernas y antiguas.

Esto explica por qué a partir del siglo XX van a abundar los traidores en todas las guerras, una masificación del concepto que, por otra parte, tiende a restarle grandeza. Por añadidura, los principales líderes del siglo, a menudo psicópatas peligrosos, van a ver traidores hasta en la sopa, lo que a su vez será inicio de persecuciones no siempre fundadas en hechos reales. Lo que más llama la atención, sin embargo, es que a pesar de la proliferación de presuntos traidores, ya no se dará una figura decisiva de la talla de un Judas o un Efialtés... Por una vez será la Historia la que cambie a los traidores.

El traidor como chivo expiatorio: el caso del capitán Dreyfus

En un escenario de brutal competencia imperial, los fracasos —y en un marco de guerras totales siempre hay alguien que pierde— exigen un hombre de paja que cargue con las culpas de todos ante la opinión pública. En el Occidente de finales del siglo XIX y principios del XX, tiempo de auge exaltado del nacionalismo, los conceptos raciales eran de mucha importancia. Un juego en el que el racismo, el disperso pero poderoso

concepto de patria y la siempre escasa capacidad de reflexión de los pueblos iban a ser piezas vitales.

El Caso Dreyfus ejemplifica de maravilla esta situación, y bien puede decirse que Alfred Dreyfus fue un «traidor» que cambió la Historia. Aunque de un modo paradójico, pues este oficial judío del ejército francés era inocente de los cargos que se presentaron contra él.

El continuo fracaso del imperialismo francés a lo largo del siglo XIX, incapaz de dominar Europa y consiguiendo en ultramar sólo las migajas que le dejaba la voracidad británica, despertó en la nación gala, sobre todo después del ridículo hecho con ocasión de la Guerra Franco-prusiana (entrada de las tropas prusianas en París en 1871), un sentimiento de irredentismo y necesidad de venganza que el gobierno de París sólo supo satisfacer de la manera más torpe y rastrera: acusando falsamente de traición a un oficial judío, el capitán Alfred Dreyfus. Era el momento propicio, con un ambiente bastante caldeado contra los militares judíos gracias a los libelos publicados en el periódico *La Libre Parole* desde 1892.

La génesis del asunto fue burda desde el principio: la inteligencia francesa encontró en la embajada alemana una carta que avisaba del envío a la legación diplomática de importantes documentos secretos. La carta no llevaba membrete ni firma alguna, pero el gobierno consideró oportuno acusar de traición a Dreyfus con una única prueba: el parecido de la letra de la carta con la caligrafía del capitán, evidencia nada pericial, pues no sólo no intervino al respecto ningún especialista acreditado, sino que, como se demostró más tarde, la letra no era del oficial acusado.

La fragilidad de las acusaciones y la ausencia de pruebas no sirvieron de nada ante una justicia corrupta y un poder ejecutivo decidido a encontrar su cabeza de turco: el capitán Dreyfus fue condenado por traición. Degradado en una ceremonia pública humillante, se le expulsó del ejército y fue condenado a prisión perpetua en la isla del Diablo. Esto

ocurría en enero de 1895, y en todo momento el señor Dreyfus defendió su inocencia.

El ex capitán pasó en la horrible prisión guayanesa cinco años, en los que fue sometido a torturas, humillaciones, castigos y trabajos forzados. Pese al maltrato, Dreyfus no se dejó desalentar y desde la cárcel continuó luchando por sus derechos. La verdad es que el juicio no había dejado satisfecho a casi nadie, ya que las corruptelas y prevaricaciones fueron tan evidentes que incluso la siempre manipulable opinión pública comenzó a ponerse de parte del oficial judío. La campaña para la rehabilitación de Dreyfus contó con el apoyo de importantes personalidades francesas encabezadas por Emilio Zola, quien en su célebre escrito *Yo acuso* ponía en evidencia la trapacería del juicio por traición. Panfleto que, por cierto, costó al escritor una condena a un año de cárcel, acusado de lanzar infamias contra el sistema judicial francés.

Sin embargo, la máquina estaba en marcha. En junio de 1899 el Caso Dreyfus fue revisado y se redujo la condena a diez años de cárcel, pero la debilidad de las acusaciones era tal que en septiembre de ese mismo año el gobierno concedió el indulto a Dreyfus.

El antiguo capitán regresó a Francia para seguir luchando, ahora por la plena rehabilitación, ya que el perdón gubernamental no incluía la anulación de las prevaricaciones sufridas. Tras mucho batallar, Dreyfus logró rehabilitar su nombre nada menos que en julio de 1906. Una década de lucha penosa hasta que el gobierno francés anuló las condenas previas y le readmitió en el ejército con honores y con el grado de comandante.

Dreyfus aún tuvo tiempo de combatir valerosamente en la I Guerra Mundial, defendiendo al país que tan mal le había tratado, y llegó a ganar la prestigiosa Legión de Honor. Su caso, una falsa traición en toda regla, modificó no obstante la Historia: el punto de vista hacia los judíos europeos comenzó a cambiar en un sector importante de la opinión

pública, que de ver en ellos la encarnación de la raza maldita pasó a tenerles como unos ciudadanos más. Al mismo tiempo, otra parte de la población incrementó su sentimiento antisionista hasta los extremos dramáticos que culminaron con el ascenso del nazismo en Alemania en los años treinta del siglo XX.

Sin embargo, el efecto más notable del Caso Dreyfus fue el despegue del movimiento sionista: Theodor Herzl, un oscuro periodista austriaco de ascendencia judía que siguió de cerca el proceso contra Dreyfus, llegó a la conclusión de que el antijudaísmo de la población europea estaba llegando a extremos intolerables, lo que le llevó a fundar ese movimiento, un esfuerzo político que apenas medio siglo más tarde iba a concretarse en la fundación del Estado de Israel.

El Incidente de la Alta Traición

La excusa de la traición sirvió en los momentos previos al desencadenamiento de las guerras mundiales como pretexto gubernamental para perseguir a opositores políticos, y no sólo en Occidente. Así, en el Japón imperial de principios del siglo XX, y más concretamente entre 1910 y 1911, tuvo lugar el conocido como Incidente de la Alta Traición o *Taigyaku Jiken*.

En un momento de expansionismo colonialista por Asia, siguiendo en la medida de lo posible el modelo europeo, el esclerótico Estado imperial nipón recelaba no obstante de la introducción en su territorio de corrientes de pensamiento de origen occidental. En particular, el emperador del Sol Naciente temía que su trono se viera socavado por las corrientes anarquistas, socialistas y comunistas que poco a poco iban penetrando en un reino caracterizado durante milenios por su pesado inmovilismo político.

Así, en 1910 la policía imperial anunció el descubrimiento de una conspiración destinada a asesinar al emperador. Los culpables eran veintiséis anarquistas japoneses que fueron acusados de alta traición y sometidos a un juicio sumario menos garantista aún que el padecido por Dreyfus. El tribunal condenó a muerte a veinticuatro de los acusados — incluido Kotoku Shusui, introductor del anarquismo en Japón—, aunque *sólo* once fueron ejecutados, el 24 de enero de 1911, conmutándose la pena de los demás por la de cadena perpetua.

Nunca se pudo demostrar la relación de los acusados con el supuesto complot, y de hecho ni siquiera quedó claro que hubiera existido conspiración alguna. Sin embargo, esta dudosa traición cambió hasta cierto punto la historia del Japón, pues el emperador consiguió abortar de raíz el naciente movimiento obrero nipón. O tal vez nada cambió en un país que se jacta de no haber vivido nunca una revolución y de tener en el trono a la misma dinastía desde tiempos prehistóricos.

La I Guerra Mundial: patriotas y mujeres fatales

Si se piensa en una combinación de espionaje y Gran Guerra, viene inmediatamente a la cabeza el *mito* de Mata-Hari. Sin embargo, antes de contemplar el curioso caso de Margaretha Geertruida Zelle —que este era el verdadero nombre de la espía más famosa de la Historia—, es oportuno conocer el trágico destino de un personaje menos célebre cuyas aventuras tienen mucho que ver con el laberinto de patrias y traiciones que se venía construyendo en Europa desde mediados del siglo XIX.

Se trata de Nazario Sauro, condenado y ejecutado por traición en Austria-Hungría, al mismo tiempo que héroe nacional italiano. Nazario había nacido en la ciudad eslovena de Capodistria, perteneciente por entonces (1880) al Imperio Austro-Húngaro. Era por tanto súbdito de Viena, a pesar de ser italiano de cultura e idioma. La represión desatada

contra las minorías en el Imperio, sobre todo después del estallido de la Gran Guerra, hizo que muchos italianos «austro-húngaros» escaparan a la cercana Italia en condición de refugiados. Nazario, sin embargo, hizo algo más: junto a algunos compañeros secuestró un barco austriaco en el Adriático y marchó con él, cargado de refugiados, a Venecia, donde en 1915 se unió al ejército italiano que combatía junto a los aliados de la Entente.

Como oficial de la Armada italiana luchó contra los austriacos en innumerables ocasiones hasta que en 1916 su submarino, el *Giacinto Pullino*, se hundió frente a las costas croatas. Los tripulantes del navío fueron hechos prisioneros por las fuerzas imperiales, y si bien las convenciones y acuerdos garantizaban cierto trato humanitario a los combatientes extranjeros, las cosas no iban a ser iguales para Nazario: después de todo, era súbdito del Imperio, así que fue juzgado por traición, condenado a muerte y ahorcado.

Por supuesto, el hecho de que Nazario sea villano para unos y héroe para otros abre de nuevo el capítulo de las ambigüedades políticas, pero hay algo más. ¿Hasta qué punto debía Nazario lealtad a una patria que, en esencia, no era la suya? Y yendo más lejos, ¿por qué debe una persona guardar fidelidad hasta la muerte a un país por el mero hecho, totalmente casual, de nacer en él? En las diferentes declaraciones de derechos y libertades pronunciadas desde finales del siglo XVIII hasta hoy los redactores a veces olvidan apuntar el legítimo derecho a la rebelión contra la injusticia, pero desde luego a nadie se le ha ocurrido siquiera considerar el derecho a elegir bando (o incluso a ser neutral).

En un mundial de fútbol solemos apoyar con entusiasmo a la selección del país en el que nacimos, y eso a despecho de su juego, por más ramplón que sea. Poca gente se plantea la posibilidad de seguir al equipo, más allá de su bandera, que despliegue el fútbol más vistoso y divertido. Si el patriotismo se exhibe así con ocasión de un simple juego, ¿qué no

ocurrirá si la disputa implica muerte y destrucción a gran escala? Durante la I Guerra Mundial las diferentes internacionales obreras intentaron animar a los combatientes —que eran trabajadores de todos los países— para que abandonaran las armas y no lucharan en una guerra imperialista en la que sólo morían los pobres para beneficiar a los magnates de todos los bandos. Sin embargo, la llamada no tuvo éxito y ante el flamear de las banderas (y con la defección vergonzosa de la socialdemocracia) el movimiento obrero se quedó en nada.

La dudosa traición de Nazario Sauro no cambió la Historia, como tampoco la cambió la propia Gran Guerra, pero abre sin duda un capítulo de interesantes reflexiones.

Es precisamente en este ambiente de guerra total donde aparece la figura de Mata-Hari, paradigma de mujer fatal y espía. La joven prostituta holandesa, desposeída de la custodia de su hija y agobiada por la miseria y la necesidad, tal vez no tuvo más remedio que hacer lo que hizo, aunque ¿hizo algo en realidad? Como ella mismo dijo durante su juicio, «Ramera, sí; traidora, nunca». Las autoridades francesas que la juzgaron en 1917 la acusaron de ser un agente doble que pasaba secretos tanto a Francia como a Alemania. Sin embargo, una revisión del juicio pone de manifiesto la debilidad de las evidencias y aparece de nuevo, como en el Caso Dreyfus, la sospecha de que tras el enjuiciamiento y rápida ejecución de Mata-Hari había una necesidad de satisfacción nacional, la búsqueda desesperada de un chivo expiatorio que distrajera a la atención pública de las matanzas de la guerra y del papel no demasiado brillante que Francia estaba haciendo en un conflicto empantanado.

Para empezar, Mata-Hari difícilmente podía ser acusada de traición, puesto que era súbdita de los Países Bajos. Pero es que además los enormes cargos que le echaron encima resultaban increíbles en una mujer que, más que otra cosa, se dedicaba a acostarse por dinero con altos oficiales y a disfrutar de juergas interminables, actividades poco

compatibles con el delicado trabajo del espionaje militar. Por lo demás, y esto sí quedó en evidencia durante el proceso, Mata-Hari era persona de poco seso, que se tomaba el asunto del espionaje como un juego erótico más. De hecho, lo único que quedó probado durante el juicio es que Margaretha había proporcionado algunos datos irrelevantes sobre actividades alemanas a agentes franceses, pero el gobierno galo no podía condenar por ello a la supuesta doble espía.

Una vez más las sutilezas jurídicas no alteraron la impasibilidad de los jueces franceses, quienes inventaron una historia rocambolesca y bastante confusa según la cual Margaretha, que regresaba de espiar al embajador alemán en Madrid, iba a encontrarse en París con el agente alemán H21, según se desprendía de un curioso radiograma cifrado que interceptó, para darle más tonillo literario, la antena de radio de la Torre Eiffel.

Aunque el cuento se caía por todos los lados, Mata-Hari fue encontrada culpable, condenada a muerte y fusilada en octubre de 1917. Quizá influyó bastante en su condena el hecho de que fuera extranjera, mujer y puta. Como el caso se ha visto rodeado de bastante mitología, se cuenta que los soldados del pelotón dispararon con los ojos vendados para que su puntería no se viera alterada por la belleza de la joven. En todo caso su final recuerda al de los grandes traidores de la Historia: no se le concedió sepultura y su bello cuerpo se empleó en estudios de anatomía, mientras que la cabeza, disecada, se exhibió como curiosidad en el Museo de los Criminales, en París, hasta que desapareció en 1958.

La traición de Mata-Hari, real o no, apenas cambió la gran Historia, pero fue determinante para la aparición de todo un género literario: su figura se convirtió en modelo de la espía femenina y todavía hoy vemos sus ecos en innumerables novelas y películas. Y además la muerte de Mata-Hari coincidió casualmente con otra «traición» que, esta sí, iba a cambiar la Historia de extremo a extremo, como veremos en el siguiente apartado.

La Revolución de Octubre

Salimos al menos de ambigüedades conceptuales cuando entramos a analizar —brevemente— el gran hecho histórico del siglo XX que determinaría toda la Historia mundial posterior hasta nuestros días: el triunfo de la revolución bolchevique en octubre de 1917.

Al hablar de la Revolución Rusa no debemos olvidar —aunque este detalle se suele pasar por alto en libros muy ideologizados pero de poco criterio—, que el auténtico alzamiento popular contra la tiranía zarista no tuvo lugar en octubre, sino en febrero de 1917, y sus protagonistas fueron todos los partidos opositores, entre los cuales los comunistas eran una minoría destacada. Tras el triunfo del proceso revolucionario, el zar y su familia fueron puestos bajo custodia y el nuevo Estado ruso trató de organizarse bajo formas democráticas centradas en la representatividad de la Duma, el parlamento ruso elegido por el pueblo. Por supuesto, y una vez más, no cabe duda de que según las leyes del Imperio Ruso los revolucionarios de 1917 fueron traidores y reos de un gravísimo delito de lesa majestad. Y también, como de costumbre, la fuerza de los hechos cambia las denominaciones: ya hemos comprobado que la línea que separa al villano del héroe más que sutil, es inexistente.

La revolución de febrero contra el desgobierno y la represión zaristas ya habría ejercido de por sí un efecto histórico considerable, tanto por el cambio de régimen como por el hecho de que Rusia era uno de los principales actores de la Gran Guerra que estaba teniendo lugar en Europa. Sin embargo, la sorpresiva toma del poder por los bolcheviques en octubre, una revolución dentro de la revolución, supuso un golpe de fuerza que conmovió los cimientos del orden internacional vigente hasta entonces. Por primera vez un partido obrerista se hacía con el poder, y no en una nación cualquiera, sino en un país europeo, una potencia colonial y un imperio que ocupaba una quinta parte de la superficie terrestre.

Los protagonistas de aquellos hechos que conmovieron al mundo, en particular la terna formada por Lenin, Trotsky y Stalin, habían sido juzgados y condenados con anterioridad por delitos de terrorismo, conspiración y traición, y todos habían conocido las siniestras cárceles zaristas. El propio Lenin, factor primordial del golpe bolchevique, había sido condenado al exilio y tuvo que regresar a Rusia, como es sabido, en un tren precintado para que no pudiera «contaminar» a Europa con sus ideas subversivas.

Sin duda los alemanes, que en 1917 se encontraban empantanados en el frente oriental, jugaron con maestría la baza de devolver a Lenin a su país. La situación interna de Rusia, con las diferentes facciones revolucionarias enfrentadas entre sí y un ejército desmoralizado que se negaba a combatir, permitió a los alemanes recuperar recursos bélicos que necesitaban en el frente occidental. El triunfo bolchevique culminaría con la firma del Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918, con lo que el frente oriental quedaba definitivamente cerrado, aunque ya demasiado tarde para Alemania.

Traidores o héroes, los revolucionarios rusos alteraron hasta tal punto el estado de las cosas que los gobiernos de las restantes naciones se echaron a temblar ante el pulso revolucionario que amenazaba con echar abajo el sistema imperial-capitalista reinante hasta entonces y cuya injusticia de base —por todo tipo de motivos— había sido el detonante de ese gran descalabro que estaba arruinando a Europa y llenándola de cadáveres.

Se ha argumentado a menudo, desde las posiciones de la derecha, que la revolución bolchevique acabó degenerando en una férrea dictadura, en un Estado policial sin fisuras. No hay duda de que fue así, pero cabría preguntarse si las cosas se habrían desarrollado de tal forma si no se hubiera producido la reacción desmedida de las otras potencias, que incluso abandonaron beligerancias previas para apoyar a los «rusos

blancos» —zaristas— llegando a combatir juntas contra el Ejército Rojo unidades de la Entente y de los Imperios Centrales.

Los bolcheviques habían traicionado no al zarismo derrocado, sino a la propia revolución popular que trató de instaurar un régimen democrático en Rusia. Pese a la célebre proclama de Lenin, «Todo el poder para los soviets», los bolcheviques privaron enseguida de poder a estos consejos populares y transformaron a la inmediata URSS en un Estado burocrático y dictatorial que, por otra parte, se convirtió para lo que quedaba de siglo en el referente político internacional y en el gran protagonista de la siguiente guerra mundial y la ulterior Guerra Fría. Pocas veces una «traición» llevada a cabo por tan pocos tuvo un efecto tan determinante sobre la Historia.

La guerra total: paraíso e infierno de los espías

El periodo llamado de Entreguerras (que estuvo repleto de batallas) y la inmediata II Guerra Mundial siguieron siendo terreno fértil para el espionaje, máxime en un conflicto de dimensiones absolutas, por primera vez realmente planetario, que exigía un sistema de «inteligencia» a gran escala para conocer tanto los movimientos del enemigo como para interceptar sus comunicaciones y robar sus inventos.

Ahora bien, que la guerra sin medida requiriera un gran número de espías —muchos de los cuales fueron genuinos traidores— no justifica la obsesión de los gobernantes de la época por el tema de la traición. En particular los grandes dictadores, como Hitler o Stalin, que perdidos en algún lugar entre sus delirios de grandeza y sus miedos veían conspiradores en cualquier sitio. El alemán y el ruso (o para hablar con más exactitud, el austriaco y el georgiano) constituyen los arquetipos de ese tipo de estadista paranoico que ya desde mucho antes del estallido de la guerra mundial en 1945 «purgaron» sus sociedades de «traidores»

asesinando, ante la más absoluta pasividad internacional, a miles y miles de sus ciudadanos.

En el caso de Stalin, cabeza de la URSS ya desde antes de la muerte de Lenin, las purgas alcanzaron la cifra de millones de personas a lo largo de su extenso mandato, antes, durante y después de la guerra. Las víctimas, acusadas sistemáticamente de traición (al pueblo, al Estado, al Partido Comunista), supusieron una sangría humana, intelectual, social y económica intolerable para el depauperado imperio soviético, sobre todo las que se produjeron en vísperas de la invasión alemana (por ejemplo, el Ejército Rojo sufrió graves problemas operativos debido a la escasez de oficiales experimentados. También faltaban técnicos e ingenieros en las fábricas). Además, el sistema represivo estalinista representó un golpe constante en la línea de flotación de la credibilidad soviética: las purgas, con toda justicia, fueron empleadas generosamente por la propaganda capitalista para restar importancia a los logros —también reales— de la Revolución. En este caso no fueron las traiciones —existieran o no más allá de la empanada mental de Stalin— las que cambiaron la Historia, sino la eliminación de estos presuntos enemigos de la patria: su desaparición, unida al gran número de exiliados y a la sangría de la guerra mundial, causó un agujero demográfico de tal calibre en la URSS —particularmente en Rusia— que todavía hoy se notan sus efectos.

De la Alemania de Hitler puede decirse casi lo mismo, con la diferencia de que el cabo austriaco no sólo actuó como un demente, sino que por suerte hizo alarde de una incompetencia desmedida. Desde el ascenso del nazismo al poder en 1933 Hitler puso un empeño digno de mejor fin en dejar fuera de la circulación a todo posible adversario político: comunistas, socialistas, anarquistas e incluso fascistas (matanza de las SA el 30 de junio de 1934, la Noche de los Cuchillos Largos); también, dado el carácter intrínsecamente racista de su ideario político, se prodigó —incluso desde antes de empezar la guerra— en el exterminio de minorías

raciales como gitanos, judíos o eslavos. Aunque esta política generó réditos a corto plazo (por el saqueo de los bienes de las víctimas), produjo a la larga escasez de mano de obra y efectivos militares, además de desmoralizar a buena parte de la población alemana y de incentivar una resistencia a ultranza en las zonas ocupadas.

Hitler veía traidores sobre todo en su propio entorno, y en honor a la verdad no siempre eran imaginarios. A medida que la guerra se iba torciendo y la derrota alemana resultaba cada vez más inevitable, algunos oficiales cercanos al Führer pensaron que quizá sería buena idea eliminar al dictador que hasta entonces les había dado esperanzas de victoria. Estos planes conspiratorios —perfectamente traicioneros— no llegaron a buen puerto, con lo que los traidores perdieron una excelente ocasión de cambiar la Historia. En todo caso, la Historia cambió para ellos, ya que Hitler no tuvo piedad. La conspiración más importante aconteció en julio de 1944. Un grupo de oficiales colocó una bomba en la sala de reuniones del búnker de Hitler, escondida en un maletín. Aunque el artefacto hizo explosión al lado del dictador e incluso produjo algunas muertes, Hitler salió indemne del ataque, para desgracia de los conspiradores y del mundo. Localizados de inmediato por la Gestapo, varios responsables fueron ejecutados, como Carl Goerdeler (decapitado tras meses de torturas) o el coronel Claus von Stauffenberg (encargado de montar y colocar el explosivo), mientras que otros, como el general Ludwig Beck o el mariscal Erwin Rommel recibieron una invitación al suicidio que no pudieron rechazar.

La locura de Hitler costó a la humanidad millones de víctimas en concepto de purgas, ejecuciones sumarias, exterminios y víctimas civiles y militares del conflicto bélico. Resulta difícil, en un escenario de esta naturaleza, que la traición de un individuo, incluso la suma de varias pequeñas traiciones, cambie la Historia. Podríamos quizá considerar que el único gran traidor fue el propio Adolf Hitler: traidor a Alemania, país

cuna de la filosofía y la ciencia modernas, al que transformó en una nación de fanáticos criminales. Sin embargo, no haremos tal cosa: Hitler se limitó a recoger las ansias revanchistas de una porción mayoritaria de la población alemana de la década de 1930 e inflamó sus sueños de grandeza patrioter hasta el paroxismo. Ansias, por otra parte, alimentadas por una situación internacional insostenible, en la que la rapiña imperialista y la soberbia franco-británicas llegaron a extremos intolerables. Los traicionados, en todo caso, fueron los pueblos de todo el planeta que sufrieron las consecuencias de la guerra, incluidos los millones de alemanes que se opusieron al nazismo y pagaron un elevado precio por ello.

Por lo tanto, y a pesar de todos sus crímenes, no se puede otorgar a Hitler la responsabilidad exclusiva de la locura humana entre 1939 y 1945. El dictador alemán fue la cabeza más visible, el grano purulento que estalla en el corazón de una civilización que se precipitaba voluntariamente al desastre, pero la responsabilidad debe recaer sobre todos los actores del gran desastre de la primera mitad del siglo XX: los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Italia... que traicionaron en su conjunto a una humanidad que ama la paz, aunque a veces no se dé cuenta.

Hitler escapó al castigo que merecía suicidándose, y Stalin, otro de los grandes criminales del siglo XX, murió tranquilamente en su poltrona, asesinando ciudadanos soviéticos hasta el último día.

Queríamos acabar este capítulo con un episodio algo más satisfactorio. Fue un juego de traiciones pequeño en comparación con los desastres de la guerra y tampoco puede decirse que cambiara mucho la Historia. Sin embargo, es importante recordarlo.

Italia, el aliado menor del Eje Berlín-Roma-Tokio, es un país que desde su reunificación en el siglo XIX ha resultado poco fiable en las guerras. No

es que los italianos sean traicioneros, pero como pueblo culto que ama la buena vida, sus soldados rara vez se emplean con vigor salvo cuando el enemigo es manifiestamente más débil (Abisinia) o se encuentra desarmado (Málaga). Por lo demás, se puede dar por seguro que la bizarra tropa italiana, con sus vistosos uniformes, sus mandolinas y sus gorritos de plumas, saldrá en desbandada si tiene que enfrentarse a un enemigo razonablemente serio (Guadalajara, Grecia, Egipto).

Sin embargo, cuando hablamos de traición referida a la Italia fascista, nada tiene que ver con el comportamiento de sus tropas. La deserción y la cobardía del soldado constituyen, en los códigos castrenses, delito de traición, pero desde nuestra perspectiva plenamente pacifista no podemos por menos que aplaudir al recluta que escapa de un frente en el que se debaten intereses que no son los suyos.

La Italia fascista, repleta de fanfarria, era un enano con los pies de barro, y así, el 25 de julio de 1943, con las tropas aliadas paseándose a sus anchas por territorio italiano y con los soviéticos avanzando como un rodillo desde el este, el monarca títere Víctor Manuel III, de acuerdo con el mariscal fascista Badoglio, depuso a Mussolini y lo hizo prender. Esta primera traición al dictador de opereta se completó con otra traición de mayor calado, ya que la Italia postfascista (pero con casi todos los ministros de Mussolini aún en el gobierno) se pasó a los aliados.

Un don nadie militar como Italia no iba a cambiar el destino de la guerra con su pobre aportación, pero la traición del rey y el Gran Consejo Fascista consiguió que los alemanes ocuparan la mitad norte del país y produjeran inconcebible sufrimiento al pueblo italiano, que tuvo la mala suerte de caer bajo el dominio nazi encarnado en la grotesca República de Saló.

Al menos los italianos tuvieron una última satisfacción: la de capturar a Mussolini y ahorcarlo en la plaza pública ante el entusiasmo de un pueblo

harto de miseria, represión y ridiculeces imperiales.

La venganza de la posguerra

Durante la II Guerra Mundial abundaron las pequeñas traiciones: agentes contratados *in situ* por servicios de inteligencia extranjeros, fascistas locales, gobernantes títeres... Sin embargo, en la terminología de los juicios y revanchas de posguerra no se empleó tanto el término «traidor» como el mucho más acusador, dadas las circunstancias, de «colaboracionista».

Lo cierto es que a pesar de la propaganda de los vencedores la Resistencia contra el fascismo dejó mucho que desear en algunos países, y el colaboracionismo con los ocupantes fue en ciertos casos no sólo vergonzoso, sino entusiasta. No hay que menospreciar el peso del miedo ante unos invasores sin escrúpulos que se comportaban como forajidos, pero es de justicia señalar que si bien en países como China, Yugoslavia o la Unión Soviética la Resistencia al fascismo fue verdaderamente heroica, en otros —cuyos nombres no citaremos para no insultar a los valientes de esas naciones que sí entregaron su vida por la libertad— la cosa dejó mucho que desear.

El caso es que terminada la guerra todos se apuntaron a la bandera de la Resistencia y las venganzas se pusieron a la orden del día, no siempre de acuerdo a Derecho, es cierto, aunque quizá en este caso como en pocos en la Historia el revanchismo estaba francamente justificado.

Uno de los países que con más afán se apuntó a poner las cosas en su sitio fue Francia, que tras su estrepitosa derrota en 1940 tenía unas ganas locas de ajustar cuentas. Francia consiguió salir de la II Guerra Mundial con el sorprendente estatus de «potencia vencedora» —no reconocido, sin embargo, para otros países que habían luchado con mayor honradez contra el fascismo, como Yugoslavia o Polonia—, y esto pareció dar a las

autoridades de la Francia Libre la justificación necesaria para juzgar a los miles y miles de colaboracionistas que durante los años de la ocupación ensuciaron el nombre de la gran nación europea.

Hay que decir que los hombres del general De Gaulle no se anduvieron con chiquitas: el primer traidor procesado por colaboración con el enemigo fue nada menos que el mariscal Pétain, títere de los nazis y presidente de la Francia de Vichy. Pétain fue condenado a muerte por el tribunal que le juzgó, pero en atención a su avanzada edad y al hecho de que había sido el gran héroe de Verdún («¡No pasarán!») durante la I Guerra Mundial, se le conmutó la pena por la de prisión perpetua (murió en la cárcel en 1951). En la actualidad Francia le recuerda como traidor, no como héroe, y se ha acuñado el término «*pétainisme*» para referirse de manera insultante a ciertos políticos de derechas.

Peor suerte corrió Pierre Laval, primer ministro de Vichy. En los momentos previos a la invasión alemana Laval no ocultaba sus simpatías por el nazismo y fue el principal promotor de una alianza entre Francia y Alemania que nunca se llevó a efecto. Laval fue encarcelado poco antes de desatarse las hostilidades, pero los nazis le liberaron al ocupar París y le premiaron con la jefatura del gobierno-marioneta de Vichy. Durante los años de la ocupación Laval hizo de mandadero de los nazis, dedicado con especial saña a la persecución de comunistas, judíos, demócratas españoles exiliados y resistentes en general. Cuando las cosas se pusieron duras unos años más tarde, huyó a Alemania y luego a la España franquista, pero el dictador español no quiso complicarse la vida —pese a que se había ofrecido repetidas veces como refugio y salvaguarda de los fascistas europeos— y lo entregó a los Aliados. Laval fue juzgado por alta traición y crímenes de guerra, condenado a muerte y fusilado. Según los testigos, en el momento de la ejecución se vino abajo y comenzó a temblar hasta casi perder el sentido, al tiempo que vomitaba de forma copiosa.

Otro colaboracionista célebre fue Joseph Darnand, fundador y jefe de la Milicia de la Francia de Vichy, unidad paramilitar que se extremó en la represión de retaguardia —los fascistas auténticos, esencia de la cobardía, procuran evitar en todo momento las siempre azarosas condiciones del frente de batalla—. Durante sus años de colaboracionismo organizó también la División Carlomagno, que luchó junto a los nazis contra los soviéticos. En los años de la ocupación, como jefe de la policía secreta, acumuló tanto poder que hay quien cree que incluso dominaba al gobierno de Vichy por encima de Laval. En todo caso, al acabar la guerra se mostró tan valeroso como su primer ministro, pues trató de huir de la quema por todos los medios, pero eso no le libró de acabar su miserable vida de espaldas a un paredón.

Y por último citaremos el caso de otro colaboracionista francés destacado, el escritor y periodista Robert Brasillach, director del periódico antisemita *Je Suis Partout*, quien también murió fusilado a pesar de que muchos personajes, incluidos destacados resistentes, pidieron a De Gaulle que le conmutara la pena (parecía excesivo fusilar a alguien por escribir, pero los jueces no pasaron por alto que las grandes brutalidades humanas suelen nacer de la idea abstracta de un propagandista, llámese a éste ideólogo, líder carismático o apóstol).

Por su parte, el Reino Unido hizo su propia purga, pero como no se había producido ocupación los que colaboraron con el enemigo fueron procesados como espías y traidores. Ya en la I Guerra Mundial Londres había juzgado a Roger Casement por proporcionar armas a los patriotas irlandeses del IRA. Dado que Casement era a su vez irlandés, el concepto de traición resultaba en este caso un poco escurridizo. Sin embargo, al término de la II Guerra Mundial todo estaba bastante más claro.

Algunos traidores, como Norman Baillie-Stewart, fueron condenados por espionaje a favor del enemigo. Sin embargo, un número no bajo de fascistas británicos tuvo que afrontar los tribunales por hacer propaganda

pronazi y ayudar a los alemanes en el frente. Este fue el caso de John Amery, un fanático ultraderechista que organizó el British Free Corps, unidad de voluntarios del Imperio Británico destinada a luchar contra la URSS y los Aliados. Amery trató de buscar reclutas entre los prisioneros de la Commonwealth recluidos en campos franceses, pero tuvo poco éxito: de hecho sólo dos prisioneros se alistaron en su malhadada unidad, y más por salir del encierro que por convicción. El fracaso de Amery como propagandista fue tal que en 1943 las SS le animaron a que se dedicara a otra cosa. Al acabar la guerra fue juzgado como traidor y trató de emplear todo tipo de subterfugios para salvarse: se declaró primero anticomunista, no nazi; luego quiso hacerse pasar por loco; más tarde se autoinculpó como traidor para tratar de conseguir la benevolencia del tribunal; por último indicó que tenía la ciudadanía española —y este es un argumento curioso—, por lo cual difícilmente podía ser considerado un traidor al Reino Unido. De nada le valieron los juegos, ya que en diciembre de 1945 fue ahorcado.

En la Europa liberada por el Ejército Rojo también se multiplicaron los juicios contra los colaboracionistas, incluida la propia URSS, donde a pesar del trabajo de limpieza realizado por los guerrilleros y el ejército quedaron muchas cuentas por saldar: veinte millones de cuentas...

Ni siquiera el norte del continente, que se vio relativamente libre de operaciones militares, se salvó de su dosis de traición. Quizá el caso más llamativo sea el de Vidkun Quisling, líder fascista noruego que dirigió el país con mano de hierro desde el principio de la guerra hasta la liberación aliada. Perseguidor de los escasos judíos noruegos y asesino entusiasta de opositores políticos de todo signo, Quisling fue detenido al acabar el conflicto, juzgado por alta traición y ejecutado. Lo más curioso del caso es que en la Noruega actual la palabra «Quisling» es un insulto que significa «traidor», y como apellido se encuentra en franco desuso.

También resulta interesante el caso del checoslovaco Karel Curda. Tras la anexión de su país por Alemania, Curda se unió al ejército checoslovaco en el exilio, encuadrado en una unidad de comandos de élite especializada en misiones de sabotaje y asesinato de altos oficiales nazis. En diciembre de 1941 la unidad de Curda, «Out Distance», fue lanzada por la RAF sobre Bohemia para ejecutar la denominada Operation Anthropoid. Su blanco: el «protector de Bohemia y Moravia», Reinhard Heydrich, uno de los más destacados jefes del Partido Nazi y también un carnicero obsesionado con la Solución Final. El asesinato de Heydrich, esperaban los Aliados, debía promover un levantamiento popular en Checoslovaquia que, en el mejor de los casos, obligaría a los alemanes a distraer tropas en un momento en el que las necesitaban desesperadamente en otros sectores. Sin embargo, el resultado fue un incremento desmesurado de la represión y los crímenes nazis en el territorio checo, ya que Himmler en persona convirtió en objetivo prioritario la captura de los asesinos de Heydrich.

Los esfuerzos de la Gestapo fueron vanos, a pesar de la proliferación de detenciones y torturas... hasta que Karel Curda decidió contar todo lo que sabía. Los miembros supervivientes de Out Distance fueron capturados, torturados y ejecutados, y lo mismo se hizo con numerosos miembros de sus familias, así como con aquellos que habían dado apoyo al comando en los momentos previos al atentado contra el Protector. Curda no debió de sentir muchos remordimientos por lo que había hecho: el gobierno de Berlín le premió con una identidad alemana falsa, un millón de marcos y, lo que es más curioso, una esposa alemana. A la larga estas precauciones no le sirvieron, pues cuando acabó la guerra Karel fue localizado por las fuerzas aliadas, detenido, juzgado por alta traición y ejecutado en 1947.

Al otro lado del océano, en Estados Unidos, los juicios se centraron sobre todo en casos de espionaje a favor del enemigo, fuera éste japonés o alemán. Se estaba inaugurando, aunque todavía no lo supieran ni los

propios protagonistas, el periodo de paranoia que caracterizó a la potencia americana durante los años duros de la Guerra Fría. Hay que decir que, en general, Estados Unidos prefirió aplicar penas de cárcel perpetua antes que ejecuciones, tal vez porque la opinión pública local no experimentaba el mismo deseo revanchista de las poblaciones europeas sometidas durante años a la represión fascista o a sus bombardeos aéreos. Con todo, en Estados Unidos se dio un juicio por traición verdaderamente notable: el del escritor modernista Ezra Pound. Al terminar las hostilidades el gobierno de Washington reclamó a Italia la extradición de Pound, que le fue concedida, y se le procesó como traidor por colaborar con Mussolini. El proceso fue un tanto irregular y las pruebas poco consistentes. En todo caso, Ezra Pound fue declarado mentalmente incapaz, por lo que aunque condenado cumplió una prisión atenuada: permaneció recluido en una institución psiquiátrica hasta el año 1958.

Y no olvidemos, para terminar este apartado, que la II Guerra Mundial tuvo uno de sus escenarios, y no el menos importante, en el continente asiático, y en concreto en China, país que luchaba contra la agresión japonesa desde 1937. Si a esto añadimos el escenario de guerra civil entre los nacionalistas de Chang Kai-Chek y los comunistas de Mao Tse-Tung, podemos imaginar la profusión de casos de espionaje y traiciones cruzadas que pudieron darse en aquellos años tan duros para la gran nación asiática.

Para no extendernos demasiado citaremos sólo un caso con ciertos ribetes románticos, el de la princesa manchú Aisingoro Xianwangyu, llamada también Kin Bihui por los chinos o Kawashima Yoshiko por los japoneses que habían convertido Manchuria en un país títere. Esta «Joya del Oriente», que algunos autores poco imaginativos llaman la Mata-Hari oriental, formaba parte de la irrelevante familia imperial manchú, pues era hija del príncipe Su. Quizá las escasas posibilidades de heredar algún

día el reino (era la décima en la línea de sucesión) o la educación recibida en Japón la animaron a colaborar con los ocupantes nipones. De hecho ni siquiera está claro que realmente trabajara como espía para los odiados japoneses, y a menudo se considera que, como la propia Mata-Hari, fue sacrificada como chivo expiatorio. En cualquier caso, una vez terminada la guerra mundial y anexionada Manchuria de nuevo al territorio chino, Kawashima fue detenida por el Kuomintang y juzgada como *hanjian*, una palabra que en chino encierra un extraordinario valor peyorativo. El *hanjian* es un traidor, pero algo más que un simple traidor: un *hanjian* es un traidor a China. Muchos chinos fueron juzgados como *hanjian*, entre ellos Wang Jingwei, jefe del «gobierno chino» de Nanking durante la ocupación japonesa.

Este Wang murió en 1944 de muerte natural, lo que no le ha impedido ser tachado como «el más infame traidor de la Historia de China»; en cuanto a Kawashima, fue condenada por el gobierno chino, pero como suele ocurrir no hay acuerdo histórico sobre su comportamiento: para los japoneses, e igualmente para los nacionalistas manchúes, fue una valiente defensora de las libertades de su país. Una ambivalencia terminológica que ya no debería sorprendernos. A fin de cuentas, los dos bandos de la guerra civil china se acusaron mutuamente de *hanjian*, aunque por supuesto sólo fueron juzgados al respecto los nacionalistas que tuvieron la mala suerte de dejarse capturar por los comunistas triunfantes de Mao.

La traición en la era de la propaganda

Aunque la primera guerra propagandística moderna comenzó, como vimos, en pleno siglo XVI y en cierto modo su desencadenante fue un traidor español, Antonio Pérez, la propaganda no se convirtió en un arma de destrucción masiva hasta el advenimiento de la I Guerra Mundial. Los bolcheviques y más tarde los nazis se convirtieron en maestros de este

arte. Durante la II Guerra Mundial la radio fue un factor principal para el desenvolvimiento del conflicto.

Todos los bandos de esa compleja suma de conflictos que fue la II Guerra Mundial contaron con notables propagandistas radiofónicos, y algunos de ellos, cuyo nombre alcanzó gran celebridad, fueron juzgados al término de los enfrentamientos como traidores. Aunque hubo muchos, destacaremos tres de ellos: Rosa de Tokio, Axis Sally y Lord Haw Haw.

El caso de Rosa de Tokio constituye otra vuelta de tuerca en el fenómeno racista de la primera mitad del siglo XX. «Tokio Rose» es el nombre que los soldados estadounidenses desplegados en el frente del Pacífico dieron a la locutora de un programa musical de Radio Tokio, Hora Cero, cuya protagonista se hacía llamar en realidad Orphan Ann. De hecho no hubo una sola Huerfanita, sino nada menos que veinticuatro desde que el programa comenzó sus emisiones en marzo de 1943. Hora Cero trataba de influir en el ánimo de los soldados enemigos, aunque en realidad los textos que leía Ann no eran especialmente agresivos:

«Hola, enemigos [...] Con ustedes Ann, de Radio Tokio, comenzando nuestro programa habitual de música y noticias, la Hora Cero para nuestros amigos... ¡Quiero decir nuestros enemigos en Australia y el Pacífico Sur! Así que manténganse en guardia [...] Y aquí va el primer golpe a su moral, la Boston Pops tocando Strike Up the Band.»

(Emisión del 22 de febrero de 1944)

«¡Saludos a todos! Con ustedes su pequeña compañera de juegos, su acérrima enemiga Ann, con su emisión de peligrosa y perversa propaganda para mis víctimas en Australia y el Pacífico Sur.»

(Emisión del 27 de marzo de 1944)

Cuando terminó la guerra, el gobierno de Estados Unidos —y su opinión pública— reclamaba venganza contra los nipones en una

exigencia que si bien se justificaba por el traicionero ataque japonés a Pearl Harbor, no estaba exenta de racismo. Una de las víctimas propiciatorias de este deseo revanchista iba a ser la joven Iva Ikoku Toguri, ciudadana estadounidense de origen japonés que se convirtió en una de las muchas Rosas de Tokio por casualidad: en 1941 había viajado a Japón para visitar a una familiar enferma, y cuando quiso regresar no pudo hacerlo porque las hostilidades se habían desatado en todo el frente del Pacífico. Tras algunos avatares, el hecho de que hablara inglés perfectamente y con acento de Estados Unidos la convirtió en candidata perfecta para la programación propagandística de Radio Tokio.

Iva desempeñó su labor sin especial acritud, a pesar de la leyenda que se ha forjado en torno a su figura y a pesar de que sus padres, ciudadanos estadounidenses, fueron internados por las autoridades de Washington en campos de concentración (algo que no se hizo con los equivalentes de ascendencia alemana o italiana, por ejemplo). La madre de Iva falleció durante la reclusión como resultado de las duras condiciones de vida a las que se vio sometida en su patria de adopción.

La situación en el Japón de posguerra era muy difícil para los que habían sobrevivido a las penurias, el hambre y los incesantes ataques de la aviación aliada. En esas se encontraba Iva cuando unos periodistas estadounidenses viajaron a Japón para localizar a Rosa de Tokio y hacerle una entrevista. Al principio, temiéndose lo peor, ninguna de las veinticuatro muchachas que habían interpretado el papel de Orphan Ann quiso dar la cara, pero al final una Iva hambrienta accedió a la entrevista. Los reporteros no sólo ganaron cierto renombre —hoy olvidado— publicando las declaraciones de la chica, sino que entregaron los datos de Iva Ikoku a las autoridades de ocupación, que se apresuraron a detenerla.

Pese al esfuerzo conjunto del Departamento de Justicia, el FBI y varias organizaciones estadounidenses de extrema derecha, no hubo manera de componer una acusación seria contra Iva hasta 1949. Ese año fue

deportada al otro lado del océano y sometida a una pantomima de juicio por ocho cargos de alta traición. A pesar de las pruebas amañadas y los falsos testigos, no pudieron condenarla a muerte, como era el deseo de los sectores más extremistas de la opinión pública. Lejos de eso, el propio fiscal pidió que se retiraran los cargos y acusó a ciertos grupos de haberle presionado para acusar a Iva; incluso el juez admitió más tarde que el juicio estaba decidido de antemano, pero a esas alturas el procedimiento había costado nada menos que 500.000 dólares (el juicio más caro de la historia de Estados Unidos hasta aquel momento), por lo que era necesario llegar a una conclusión. Iva se salvó de la pena de muerte, pero aun así fue condenada a diez años de prisión y al pago de 10.000 dólares de multa por uno solo de los cargos.

Fue liberada en 1956, privada de la ciudadanía estadounidense y condenada al exilio en Japón. No fue hasta 1977 cuando el presidente Gerald Ford ordenó una revisión del caso y, ante las irregularidades evidentes, decretó el perdón oficial y la restitución de sus derechos como ciudadana de Estados Unidos.

Otra de las propagandistas juzgadas en la potencia norteamericana como traidora fue Mildred Gillars, conocida por los soldados como Axis Sally. Mildred, que vivía en Europa desde 1929, comenzó a trabajar en la radio alemana antes de empezar la guerra, también en un programa de música que combinaba el entretenimiento con duros mensajes antijudíos. A diferencia de Rosa de Tokio, Axis Sally era una sola persona y además una fascista convencida. En sus proclamas radiofónicas solía poner a parir al presidente Roosevelt y a Churchill antes de soltar lindezas del tipo: «Malditos sean todos esos judíos que han provocado esta guerra». Mildred visitaba de vez en cuando los campos de prisioneros haciéndose pasar por una enfermera de la Cruz Roja. Una vez allí trataba de convencer a sus compatriotas capturados de las bondades del nazismo.

Lo más curioso de todo es que una vez concluida la guerra Axis Sally fue juzgada como traidora, pero por un único programa de radio: el emitido durante la invasión aliada en Normandía, titulado «Vision of Invasion», y en el que en un alarde de mezquindad Mildred incluyó un falso testimonio sonoro en el que la supuesta madre de un soldado de Ohio sollozaba después de haber soñado que su hijo moría en el desembarco. Como es sabido, los soldados de la Alianza no se desmoralizaron el Día D, y Mildred, como tantos otros fascistas, fue finalmente sometida a juicio en 1948 y condenada por traición a treinta años de cárcel. Recibió la libertad condicional en 1961.

El último gran traidor de la radio fue William Joyce, neoyorquino de origen británico que durante la mayor parte de su vida militó en la British Union of Fascists (luego British Union of Fascists and Nacional-Socialists), antes de crear su propio grupúsculo en 1936, la National Socialist League. Compaginó su poco exitosa carrera política con la propaganda radiofónica en el Reino Unido hasta que pocos días antes de la invasión de Polonia se trasladó a Alemania para ponerse a las órdenes del aparato publicitario nazi. En concreto recibió el encargo de las emisiones en inglés destinadas a desmoralizar a los combatientes aliados que esperaron pacientemente en Inglaterra, durante casi un lustro, la hora de cruzar el canal de la Mancha.

Las emisiones de Joyce eran furibundas, como correspondía a su carácter fanático, pero no lograron su objetivo: los soldados de la Alianza, lejos de desmoralizarse, comenzaron a llamar al antiguo político fascista *Lord Haw Haw* («Señor Ja, Ja»), ya que sus rabiosas alocuciones —como suele ocurrir con los pseudoperiodistas de esta calaña entonces y ahora— movían más a risa que otra cosa, y no sólo por la voz gangosa del *Lord*.

Tras varios años animando a sus compatriotas a rendirse, Lord Haw Haw hizo su última aparición en el aire en Radio Hamburgo el 30 de abril de 1945. En ella acusó al Reino Unido de haber ayudado al comunismo

internacional a ganar la guerra y vaticinó un futuro de miserias para la nación británica. Después de lanzar un sonoro «¡Hail Hitler!», su propaganda cesó para siempre.

William Joyce fue detenido poco después por un grupo de soldados ingleses. Intentaba escapar haciéndose pasar por civil, pero los soldados reconocieron su ridículo tono de voz y le detuvieron. Las autoridades británicas formularon en su contra tres cargos de alta traición: ayudar a los enemigos del rey, hacer propaganda a favor del enemigo y tratar de escapar de sus responsabilidades mediante el subterfugio de una supuesta ciudadanía alemana. Temeroso de lo que le esperaba, durante el juicio alegó que había nacido en Nueva York y era por lo tanto ciudadano estadounidense. Con esto trataba de escabullirse de los cargos de traición, pero de nada le sirvieron las argucias, pues el fiscal demostró que Joyce era a fin de cuentas ciudadano británico. Sabedor de que ya nada podía salvarle, dedicó sus últimos alientos a denostar a los judíos, a los que consideraba una «fuerza de la oscuridad que ha provocado la guerra». Decíamos antes que su última salida *al aire* fue en abril de 1945, pero no es del todo cierto: el día 3 de enero de 1946 fue colgado en la cárcel de Wandsworth, en su acto público postrero.

Ninguno de estos traidores cambió la Historia, afortunadamente, ya que su causa fue derrotada para bien de la humanidad. Sin embargo, hubo en este conflictivo periodo otros *traidores* que sí contribuyeron, en medio del esfuerzo general, a que la Historia siguiera su curso conocido evitando la victoria de la barbarie fascista: aquellos espías, agentes, propagandistas y saboteadores pertenecientes a las naciones del Eje que, en número de miles, colaboraron con los Aliados y contribuyeron a la derrota nazi. Pero a esos, nadie les juzgó.

CAPÍTULO XIV

ESPAÑA, SIGLO XX: DE ESPADONES Y CAUDILLOS

Cuando, una vez acabada la Guerra de la Independencia, se restauró la monarquía bajo la insufrible figura de Fernando VII, quedó claro para España que su trágico destino iba a verse regido por los actos de un sinnúmero de traidores. Con un país desecho por la guerra y empobrecido por los saqueos, lo peor que podía pasar es que la máxima autoridad de la nación quedara en manos de un incompetente vicioso que, además, había traicionado a su padre —o más bien a España— en el vergonzoso episodio de las abdicaciones de Bayona. Quizás con otro régimen y otra cabeza España podría haberse recuperado de los desastres de la invasión, pero Fernando VII fue el remate de la decadencia española y el máximo promotor de la drástica división política que iba a desangrar el país durante el siglo y medio restante. El imperio en el que —todavía— no se ponía el sol iba a pasar con rapidez pasmosa al estatus no ya de potencia secundaria, sino de país de tercera división gobernado con frecuencia por militares sediciosos. Un largo y doloroso rosario de espadones que, haciendo abuso de la posición y los medios que les habían sido confiados por los gobiernos de turno, tomaron más de una vez el poder por su cuenta y traicionaron a aquellos a quienes habían jurado servir y defender: los españoles. No nos vamos a extender nombrando a las decenas de chusqueros que en un momento u otro a lo largo del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX se creyeron elegidos para salvar a la patria, pues todo este carrusel de golpes de Estado, alzamientos, cuartelazos, pronunciamientos y demás acabó cerrando la espiral de la impiedad nacional en la más siniestra traición de toda la Historia de España: el golpe de Estado del 17-18 de julio de 1936.

El enemigo en casa

Si algo define la curiosa historia de España desde su consolidación como Estado desde finales del siglo XV es la paradójica ineficacia de sus fuerzas armadas. Para un país que presume de tradición guerrera, resulta chocante que sus ejércitos hayan acumulado a lo largo de su trayectoria cierto número de triunfos inútiles, innumerables derrotas y, lo que es aún peor, *desastres*. ¿Alguien lo duda? Cualquier libro de texto, incluso aquellos no muy fiables que retrotraen el origen de España casi a los tiempos del Big-Bang, lo deja en evidencia. Sólo por poner algunos ejemplos tenemos las campañas fallidas de Italia y Flandes en el XVI, que arruinaron a España. El ridículo de la Armada Invencible. Luego la pérdida de Gibraltar y otros territorios en la Guerra de Sucesión, con la consiguiente incapacidad para recuperar el Peñón en cualquier intento posterior. Más notable aún, el fracaso en la defensa nacional tras la invasión napoleónica, por no hablar de la pérdida fulminante del imperio americano, en particular la derrota inapelable de 1898 frente a Estados Unidos. Y de remate, el ridículo completo en las campañas del Rif...

Si se analiza la historia bélica de España con cierto detalle se llega a algunas conclusiones que, como mínimo, deben reafirmarnos en la idea de que España, sin duda, es *diferente*. Así, las grandes conquistas imperiales se debieron al esfuerzo de ejércitos privados (Hernán Cortés, Pizarro) sin apoyo oficial, mientras que otras gestas, en particular la defensa de España contra los invasores franceses en 1808 o frente a la agresión fascista en 1936, han sido siempre capital popular, fruto de un esfuerzo nacional, miliciano e irregular en el que los gobiernos y los funcionarios de la guerra poco o nada tuvieron que ver.

La conclusión final es que desde principios del siglo XIX —como mínimo— el ejército español se ha limitado a ejercer la función de gendarme con el objeto de asegurar los privilegios de los poderosos. Un ejército

hipertrofiado de oficiales y jefes, pero carente de doctrina estratégica o táctica, atrasado y privado de medios y recursos. Esta tropa decimonónica, una auténtica carga financiera, social y política para el Estado, explica en gran medida el fracaso de la modernidad española, incapaz de sumarse al carro del desarrollo emprendido por las demás potencias europeas a partir de la Revolución Industrial. En este sentido podría ya considerarse que ese ejército, verdadero enemigo en casa, ha representado un «cuerpo traidor», un cáncer en el seno de la sociedad española.

El mayor traidor de la Historia de España: Francisco Franco Bahamonde

De los hechos nada gloriosos de este enemigo interior la guinda del pastel se puso la madrugada del 17 de julio de 1936, cuando una camarilla de militares llevó a efecto la traicionera conspiración que se venía preparando desde mucho tiempo antes contra el gobierno y el pueblo de España. Su objetivo: acrecentar sus haciendas, regalarse rangos y condecoraciones, defender los privilegios de la clase adinerada —que se sentía amenazada por las tímidas reformas de la II República— y, ya de paso, ganar alguna guerra, aunque fuera civil.

La banda de traidores estaba encabezada en principio por los generales Sanjurjo y Mola, pero la oportuna muerte de ambos en sendos accidentes aéreos puso al frente de la traición cívico-militar de 1936 a un general de infantería que hasta el mismo día del golpe de Estado no dejó muy claras sus posiciones, por si acaso: Francisco Franco Bahamonde.

El menos famoso de los Franco era uno de tantos oficiales africanistas, es decir, forjado en las caras y sangrientas campañas en las que desde principios del siglo XX el ejército español se las veía y se las deseaba para sojuzgar la estrecha, pobre y atrasada franja costera del Rif marroquí. El

sometimiento de la colonia, entre 1925 y 1926, envalentonó a estos militares expertos sólo en sangrías, olvidadizos de que la precaria victoria en el norte de África se había debido a la decidida actuación del ejército francés contra el astuto jefe cabileño Abd el-Krim.

Franco había sido uno de los grandes protagonistas de estas campañas, aunque lejos estaba de pensar por entonces el atildado oficial que en el futuro habrían de llamarle nada menos que Caudillo de España. Francisco Franco no era desde luego un genio militar, pero sabía aplicar la máxima que asegura que *quien persevera, triunfa*. Paciente como buen gallego, su ocasión llegó ese triste día de julio de 1936 en el que de nuevo una parte del ejército español se sublevaba en armas contra la nación que había jurado defender. Esta vez la traición sería definitiva y su resultado un conflicto civil de tres años que dejaría el país destruido y arruinado.

Franco, un estratega mediocre, era no obstante un hombre con suerte. Herido de gravedad en el bajo vientre durante las guerras del Rif, logró salvar la vida *in extremis*. Algunos autores opinan que como resultado de esta herida Francisco Franco perdió los testículos pero este detalle, de ser cierto, no le arredró en sus ambiciones. Durante años participó en las campañas africanas más duras en busca de méritos que le permitieran ascender al generalato y luego su codicia ya no tuvo límites. Ascendido a la máxima jefatura del territorio rebelde tras el golpe de Estado, se dedicó a acumular poderes y títulos grandilocuentes (e incluso un poco ridículos).

Y el caso es que antecedentes de la conducta traicionera de Franco ya los había, pues Manuel Azaña, en sus diarios, se queja de la hipocresía de Franco, quien llega a jurarle que «defenderé a la República como defendí a la monarquía». Obviamente el pequeño gallego no mentía en esto. Incluso uno de sus secuaces, el traidor general Cabanellas, advirtió a la autodenominada Junta de Defensa Nacional que proclamó Generalísimo al antiguo Comandantín de que «si le dais todo el poder a Franco, ya no lo soltará nunca».

Cabanellas sabía de qué hablaba, y efectivamente Franco Bahamonde no sólo no soltó el poder, sino que este falso austero que ganó la guerra gracias a la ayuda abrumadora de las potencias fascistas (lo que agrava la causa de traición con los cargos de connivencia con un enemigo exterior) dedicó sus años de dictadura a amasar una fortuna a costa de España, capitales y bienes de los que a ningún gobierno de la endeble monarquía parlamentaria española se le ha ocurrido hacer una auditoría al respecto.

Sin embargo, las consecuencias de la traición militar de 1936 fueron mucho más allá de la destrucción propia de la guerra, incluso más allá de la represión —desencadenada en ambos bandos, pero más extensa y brutal en el de los traidores— y de los latrocinios sin número cometidos por los vencedores de la Guerra Civil: el autodenominado Movimiento Nacional y la dictadura franquista implantada oficialmente el 1 de octubre de 1936 acabó con todas las esperanzas de España para entrar como miembro de pleno derecho en el grupo de las naciones más avanzadas del mundo. La victoria franquista en la Guerra Civil sumió a España en un atraso del que no se recuperó hasta finales del siglo XX. La dictadura supuso casi cuarenta años de miseria no sólo económica, sino ante todo moral y política. La traición de una parte del ejército, de la Iglesia, de la banca, del capital y de la perezosa aristocracia afectó a algo más que a la forma de ordenación constitucional —la República—: fue un ataque directo a la misma esencia de la patria española, que merced a los designios de un dictador temeroso de perder el poder adquirido con tan malas artes vio entregada su soberanía nacional en manos extranjeras.

Puede que España fuera ya, desde mediados del siglo XVII, «juguete de las potencias», pero había conseguido mantener hasta cierto punto su independencia política: Francisco Franco no dudó en sacrificar ese mínimo resquicio de soberanía permitiendo el asentamiento en suelo español de nutridos contingentes de tropas extranjeras —estadounidenses— que aseguraran su pervivencia como tirano.

Por lo demás, la dictadura franquista, con esa extraña combinación entre la criminalidad más implacable y la cursilería ñoña del soldado semianalfabeto, transformó a España en un país ridículo que, antes que abrazar el progreso, prefirió sumergir a España en una espantosa tramoya de procesiones, faralaes y tricornios. Un país al que, todavía hoy, nadie toma en serio, a menudo ni siquiera sus propios nacionales.

Franco, Mola, Goded, Cabanellas, Sanjurjo, Queipo de Llano, Moscardó, Varela... Una larguísima lista de traidores que sí cambiaron la Historia, la Historia de una España que vio quebrado de raíz su renacimiento. Una traición cuyos efectos todavía hoy coleán, con los hijos y nietos de los traidores ocupando relevantes cargos públicos, orgullosos de descender de esa estirpe de traidores a España que compone la derecha local desde hace más de un siglo.

Lehendakari Aguirre: del Cinturón de Hierro a la República Vasca de Santoña

En una guerra que empieza bajo el signo de la traición, la lealtad pierde su valor. El periodo 1936-1939 fue marco privilegiado para innumerables traiciones que señalaron el curso de la Historia en tanto favorecieron la derrota de España en una guerra contra militares sediciosos y ejércitos fascistas extranjeros. Uno de los escenarios principales de este cuadro de defecciones tuvo lugar en el frente norte, y más en concreto en el País Vasco histórico, la mayor parte del cual, dicho sea de paso, quedó del lado franquista desde el primer día (Álava y Navarra).

Una de las traiciones más conocidas del frente vasco es la del ingeniero Goicoechea, futuro creador del tren Talgo y constructor de la red de fortificaciones conocida como Cinturón de Hierro, en torno a Bilbao. Goicoechea era considerado un nacionalista radical, y para el PNV tenía sus tintes de héroe por haber desertado del ejército en 1921 para no ir a

la guerra de Marruecos. Los republicanos, sin embargo, le tachaban más bien de cobarde y desconfiaban de él porque durante las obras del Cinturón no hacía más que poner pegajos para frenar el avance de los trabajos. Así que el 28 de febrero de 1937 se unió a las fuerzas del general fascista Vigón llevando consigo con unos planos detallados de las defensas bilbaínas.

Parece probable que el ingeniero proyectara de manera deliberada una línea de defensas deficiente, pero por si acaso contó con la ayuda de otro traidor, el capitán Pablo Murga, ayudante de Alberto Montaud, por entonces jefe del Estado Mayor vasco, quien entregó al cónsul austriaco en Bilbao, Guillermo Wakonigg, otro plano del entramado defensivo de la ciudad. De paso le proporcionó una lista con los nombres de varios oficiales republicanos con su afiliación política —relación al parecer redactada por otro felón, el comandante Anglada— y puesto que Murga no quería dejar nada al albur de la suerte, aprovechó para llevarse como equipaje unas cuantas joyas y algo de dinero: si los traidores han aprendido algo a lo largo de la Historia es a tratar de asegurarse el porvenir.

El frente norte, aislado del resto de España, era campo abonado para la defección. Por ejemplo, la de la tripulación del destructor *José Luis Díez*, al que la población vasca atacada por el buque pirata llamaba *Pepe el del Puerto*. Más importante, sin embargo, fue la traición de uno de los jefes del Estado Mayor vasco, Ángel Lamas Arroyo. Aparentando lealtad a la República, se dedicó a espiar para los franquistas durante toda la campaña del Norte, pasándoles información incluso de otros sectores del frente (por ejemplo, cedió a militares franquistas datos vitales sobre la ofensiva republicana contra Oviedo). Cuando cayeron los últimos reductos de resistencia vasca en 1937, Lamas Arroyo fue detenido junto a los demás *gudaris*, encarcelado y condenado a muerte. Su pena fue luego conmutada por la de treinta años de reclusión, aunque sólo pasó en la

cárcel tres. Curioso premio a la valiosa ayuda que prestó a los sublevados, aunque con los traidores, ya se sabe...

Todo esto son minucias si lo comparamos con la actitud del gobierno vasco durante su breve y no demasiado brillante participación en la guerra. El ejecutivo del lehendakari Aguirre se consideraba traicionado por la República Española, que no le enviaba todos los medios de combate exigidos, por lo que no tuvo reparos en manifestar que su guerra no era por la República, sino por la nación vasca. Una actitud suicida, pero nada sorprendente, pues el PNV en Álava y Navarra se había puesto de parte de los sublevados sin que el Euzkadi Buru Batzar, máximo órgano directivo del partido, hiciera pública la menor reprimenda al respecto. En realidad los *gudaris* sólo combatieron cuando su territorio se vio amenazado, y aun así lo hicieron con poca determinación frente a sus hermanos euskaldunes de Álava y Navarra (encuadrados en unidades carlistas —requetés—, falangistas y del ejército regular). Así, al producirse la toma de San Sebastián por los militares traidores, el líder peneuvista Andrés Irujo ordenó dejar sin defensas la ciudad —para evitar destrucciones innecesarias, indicó— y luego se quedó tan tranquilo en Donosti mientras entraban las fuerzas rebeldes, que no le represaliaron.

Más allá de los dramáticos sucesos de Guernica, que la mitología euskaldún ha exacerbado hasta la náusea, la resistencia vasca en su zona del frente poco tiene que decir a favor de la actitud del PNV. De hecho, si se analiza en profundidad la evolución del frente debemos concluir que el PNV y su endeble fuerza de *gudaris* traicionaron a la II República. Y es que no sólo los *gudaris* se negaron a combatir en otros sectores del frente, sino que procuraban estorbar los movimientos de sus teóricos aliados procedentes de Santander y Asturias, al tiempo que ninguneaban al general Llano de la Encomienda, jefe teórico de las fuerzas republicanas en el sector y que, para su desesperación, se encontró con una tropa indisciplinada y fanática que no le hacía el menor caso.

El presidente vasco, José Antonio Aguirre, llamado *Napoleonchu* por sus detractores, se empeñó en emprender una guerra personal y patriótica para «liberar al País Vasco de la opresión española». Su falta de miras rozaba el delirio, pero sólo por nacionalista vasco no le tildaríamos de traidor, ni mucho menos. El problema radica en que siendo consciente de la incapacidad de su ejército vasco, comenzó a negociar con los sublevados. Éstos, por su parte, no mostraron mucha ansiedad por firmar un armisticio por separado con un gobierno autonómico al que no reconocían la menor autoridad y cuyo raquíico ejército no era rival.

Que el ejecutivo autónomo vasco traicionó a España queda demostrado por innumerables pruebas. Así, en mayo de 1937 Galo Díez, vicesecretario del Comité Nacional de la CNT, descubrió cómo el gobierno de Aguirre había emprendido negociaciones para entregar Euskadi a los fascistas italianos. Los contactos tuvieron lugar entre el cónsul italiano Cavalletti y el cura nacionalista Alberto Onaindía, y terminaron poco después en el infausto Pacto de Santoña, firmado en agosto de 1937, por el que los *gudaris* se rendían incondicionalmente a los ejércitos sublevados.

Pero no se trataba sólo de rendirse a traición y dejar desguarnecidos los flancos republicanos en el resto del frente norte. Es que el cura de marras aseguró a los sublevados facilidades de paso por los sectores controlados por las milicias vascas, de forma que pudieran copar a otras unidades republicanas. No sólo fue una traición en toda regla, sino que además se hizo con mala intención y de manera premeditada, pues el mayor empeño de Aguirre pasaba por dar la sensación de que las unidades vascas se habían visto forzadas a rendirse. Esto no respondía a un intento de salvar la imagen frente a sus ex aliados de la República: lo que quería era dejar claro ante el mundo que los *gudaris* sólo se rinden cuando no tienen más remedio. Si se tienen dudas al respecto de la doblez de Aguirre y su gobierno, puede consultarse el Informe Lejarcegui, en el que se establece de manera explícita la concentración de las

unidades vascas en el sector de Castro Urdiales, donde se produciría un enfrentamiento ficticio con unidades italianas mientras otras unidades franquistas tomaban la también ciudad cántabra de Torrelavega. Tras un simulacro de batalla, los vascos se rendirían *honrosamente*, pues habrían quedado copados al perder el contacto con el resto del ejército español (y de paso, la presencia de fuerzas franquistas en Torrelavega evitaba posibles represalias republicanas). Y como esto no era suficiente, suministraron a los sublevados información detallada sobre las posiciones de las unidades fieles a España (asturianos y cántabros).

Y hay más: varios jefes de batallones *gudaris* se ofrecieron a pasarse al bando sublevado, aunque otros prefirieron asegurarse la fuga por mar a Francia, dejando en la estacada a sus propios soldados. La pantomima comenzó a cobrar cuerpo cuando las unidades vascas ocuparon Santoña entre el 21 y el 22 de agosto, desarmaron y expulsaron a la guarnición española leal y proclamaron un esperpento político titulado República Vasca de Santoña. Fue aquí donde los *gudaris* protagonizaron su vergonzosa rendición frente a los fascistas italianos.

La traición se acabó de concretar en Laredo, donde los *gudaris* desarmaron y expulsaron a la guarnición republicana y se prepararon para entregarse a los rebeldes franquistas. Tras la firma del Pacto de Santoña el 24 de agosto, la suerte estaba echada. A continuación se puso en marcha una ridícula ficción de Estado independiente vasco, en territorio de Santander y presto a entregarse a la Italia fascista. En aquel momento abundaron en esa República Vasca las órdenes del tipo: «Dejad pasar al enemigo: va a otro frente».

Como pasa a menudo con las traiciones, el traidor termina pagando caro: los italianos entraron en Santoña a finales de agosto, los *gudaris* entregaron las armas... y fueron conducidos a cárceles y campos de concentración, donde muchos acabaron frente a un paredón. Y como

suele ocurrir, Aguirre y su gobierno, que lograron escurrir el bulto, acusaron a los italianos... de traidores.

La traición del coronel Casado

El gobierno de España tuvo que hacer la guerra no sólo contra los militares traidores y sus aliados, las potencias fascistas: también tuvo que enfrentarse a unas democracias europeas cobardes, a una diplomacia internacional hostil y, sobre todo, a una enorme división dentro de sus propias filas.

Las fuerzas encargadas de defender la legalidad (republicanos, anarquistas, socialistas, comunistas, nacionalistas regionales, etc.) no se caracterizaron por su capacidad para emprender un esfuerzo común contra el enemigo, pero de todos ellos los que mayor empeño pusieron en defender sus propios intereses, hundiendo con ello a la República, fueron los cuadros del Partido Comunista de España (PCE). No se puede decir que el PCE actuara en este sentido de un modo traicionero premeditado: sólo pretendía hacerse con el poder dentro de la estrategia general orquestada por Stalin desde su poltrona moscovita. Los milicianos y soldados comunistas lucharon con valentía y sinceridad contra el fascismo, pero las acciones del Comité Central del PCE pueden considerarse como una traición continuada a España, ya que ayudaron, aunque fuera de forma involuntaria, a la derrota del gobierno, y ello por tres razones fundamentales:

-El aniquilamiento de otras fuerzas leales a la República, sobre todo las unidades anarquistas, que se habían mostrado desde el principio como las más combativas y eficaces. Esto debilitó todos los frentes. Las columnas de la CNT-FAI que partieron desde Cataluña fueron las únicas unidades leales a España que consiguieron reconquistar terreno a los sublevados de forma significativa, haciendo avanzar el frente aragonés

original desde las fronteras de Cataluña hasta la línea Huesca-Zaragoza-Teruel. Si estas unidades hubieran recibido apoyo artillero y aéreo del gobierno republicano, el signo de la guerra tal vez habría cambiado por completo.

-El empeño en sustituir el ejército popular, miliciano y de carácter patriótico, por otra fuerza organizada y regular. Aunque la argumentación en este sentido es más discutible, el hecho final es que la disolución de las milicias restó eficacia a las armas gubernamentales, pues convirtiendo a los combatientes en reclutas poco motivados se privó al ejército del elevado factor moral que suponía la lucha por una causa justa.

-El rechazo internacional a la democracia española por temor a la implantación del comunismo en la península Ibérica.

Es necesario insistir en que la intervención política del PCE no constituyó una traición deliberada a España, pero funcionó como si lo fuera: la actuación de los comunistas, con sus oficiales «profesionales» y sus comisarios políticos, además de la represión sin medida que desataron contra las unidades milicianas, especialmente las de los anarquistas de Cataluña, desmoralizaron a la tropa y sembraron el miedo y la desconfianza en la retaguardia.

Luchadores de buena fe o simples arribistas con ganas de asaltar el poder, los comunistas se vieron pagados, en todo caso, con una traición definitiva, la que protagonizó el coronel Casado tras la caída del frente de Cataluña. Los desmanes del PCE propiciaron derrota tras derrota del ejército español, pero también es verdad que llegados a cierto punto de la guerra sólo quedaban las unidades comunistas como último baluarte contra los traidores franquistas. Muchos oficiales del ejército republicano, sin embargo, no simpatizaban con el PCE, algunos se arrepentían de su fidelidad a la República ahora que las cosas iban mal y unos pocos se dedicaron a conspirar para poner fin a la resistencia.

Casado fue modelo de este tipo de conspiradores. Tras una actuación sin relevancia durante la Guerra Civil, consiguió añadir su nombre a la historia de la infamia encabezando —otro más en la interminable plaga de los espadones— un golpe de Estado contra el gobierno de España. Fue la noche del 5 de marzo de 1939 y en la conjura participaron sobre todo militares, socialistas, algunos republicanos y también trotskistas y anarquistas supervivientes de la represión comunista y deseosos de ajustar cuentas con el PCE. El coronel Casado, con el apoyo del socialista Julián Besteiro, constituyó una junta encargada de desarmar al Ejército de la República y entregar, a cambio de ciertas condiciones, lo que quedaba de España a los sublevados: los traidores ayudaban a los traidores.

La traición del coronel Casado terminó con toda posibilidad de resistencia por parte del gobierno. Algunos autores han tratado de defender a Casado indicando que sólo quiso poner fin a una resistencia inútil para así evitar penurias al pueblo. Sin embargo, los hechos posteriores demostraron que los españoles apenas habían empezado a sufrir. Tal vez fuera difícil imaginar que la paz iba a ser incluso más dura que la guerra, pero en cualquier caso no están tan claros los argumentos que postulan la incapacidad del gobierno para proseguir la guerra. A pesar de la inferioridad de medios, lo cierto es que desde finales de 1936 la iniciativa había sido casi siempre del ejército republicano, y los avances fascistas habían sido fruto, una y otra vez, de contragolpes en los que hacían valer la superioridad de los recursos proporcionados por Alemania e Italia.

Sin embargo, la extraordinaria torpeza militar del general Francisco Franco y su Estado Mayor no se concretó en una victoria rápida. Por el contrario, en los primeros meses de 1939 España todavía conservaba un tercio de su población y otro tanto de su superficie, además de importantes centros oficiales, ricas áreas agrícolas e industriales y una flota de guerra numéricamente superior a la franquista (aunque mucho

menos eficaz). Y, sobre todo, contaba con casi un millón de soldados en gran parte veteranos.

Estos activos habrían sido más que suficientes para que la República hubiera resistido al menos un año más, y eso a pesar de la falta de ayuda exterior y de ciertos eventos internacionales como la defección del gobierno británico, que el 27 de febrero de 1939 retiró a su embajador de Madrid y lo llevó a Burgos, dando así reconocimiento al Estado traidor surgido del golpe de Estado de julio de 1936.

En el momento de la traición de Casado y Besteiro faltaban apenas seis meses para el estallido de la II Guerra Mundial en Europa, y pese a su superioridad en equipamiento no está nada claro que el ejército traidor dirigido por Franco hubiera sido capaz de ganar la guerra por sus propios medios en ese plazo. Por supuesto, en marzo de 1939 no se podía prever con exactitud qué día iba a empezar la guerra en Europa, pero lo que nadie dudaba es que un nuevo conflicto continental iba a estallar antes de finalizar el año. La política-ficción es siempre materia arriesgada, pero no es difícil aventurar algunos extremos. Por ejemplo, que tras la invasión de Polonia y la inmediata declaración de guerra de Reino Unido y Francia, Alemania habría tenido que retirar sus tropas de España, lo que habría dejado al ejército rebelde en una repentina posición de debilidad. Por otra parte, los Aliados no habrían tenido más remedio que reconocer de nuevo al gobierno de la República y prestarle ayuda.

En fin, Casado no era clarividente o carecía de paciencia, así que para redondear su traición durante los pocos días que duró su mandato ordenó el encarcelamiento y ejecución de un gran número de jefes y soldados comunistas y dejó todo preparado para la total entrega de España a los sublevados. Y por si acaso estos no apreciaban sus servicios, se aseguró un exilio seguro escapando de España a bordo de un barco inglés poco antes de que los franquistas entraran en Madrid a finales de marzo. Casado había dicho que «El pueblo español no abandonará las

armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes», pero era mentira: no hubo paz, sino Victoria, y estuvo repleta de crímenes que todavía hoy exigen un juicio histórico, además de una compensación y un reconocimiento.

Lo que vino después

La Guerra Civil terminó oficialmente el día 1 de abril de 1939, aunque su espíritu se mantuvo vivo al menos hasta la muerte del dictador Francisco Franco a finales de 1975. Después de la traición de Casado y la derrota “española” en la Guerra Civil, las nuevas autoridades emprendieron una campaña de revanchismo ilimitado contra sus antiguos adversarios. La conjunción de fascistas, carlistas, monárquicos, conservadores, espadones, curas, millonarios y aristócratas no mostró la menor piedad, y se calcula que la represión y la miseria posteriores a la guerra pudieron causar entre 100.000 y 500.000 víctimas, además de innumerables exiliados. España había pasado de su esperanzado renacimiento a la más absoluta miseria.

Lo más curioso de todo es que esa Nueva España que combinaba el delirio imperial con la mojigatería más ridícula se aprestó a acusar a todos aquellos que habían defendido a España nada menos que de «rebelión militar». El poder del lenguaje no tiene límites, debieron de pensar los traidores que acusaban de traición a aquellos españoles honrados que habían tomado las armas para defender la ley.

Muchos años después, y muerto ya el dictador, España emprendió un proceso de transición tutelada hacia la monarquía parlamentaria. Los artífices de este cambio político, en particular el heredero directo del dictador en calidad de rey, Juan Carlos Borbón Borbón, y el presidente del gobierno, Adolfo Suárez, antiguo falangista y secretario general del Movimiento, fueron tildados —cómo no— de traidores por los elementos

más anquilosados de la dictadura, reacios a cualquier cambio que pudiera amenazar sus privilegios. Dicho sea de paso, otros actores de la transición, como Santiago Carrillo, también fueron llamados traidores por pactar con los ex fascistas y la monarquía heredera de la dictadura. Como demostró el paso del tiempo, no había nada que temer, y aún hoy en España sigue pendiente la revisión judicial del genocidio y el latrocinio franquistas.

Lo que resulta más sorprendente todavía, aunque puede que sea residuo de una costumbre de años y años, es que los herederos de la dictadura, encuadrados en el Partido Popular, organización de derechas que heredó tradiciones, nombres y actitudes de la antigua FET y de las JONS, cada vez que quieren atacar a algún enemigo político no dudan en acusarlo de deslealtad, que no es sino una forma más fina de hablar de traición.

Pero esto, al menos de momento, no es aún Historia.

CAPÍTULO XV

DE LA GUERRA FRÍA A LA *WAR ON TERROR*

Cuando acabó la II Guerra Mundial no tardaron ni un día en disiparse las esperanzas de un mundo definitivamente en paz. Diez mil años de civilización —con sus traiciones incluidas— culminaron en un grandioso desastre que cambió nombres y protagonistas pero no la esencia de las cosas. Empezaba la larga Guerra Fría que iba a enfrentar durante medio siglo, en un escenario internacional sórdido y cambiante, a las dos nuevas potencias del planeta: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América.

La Guerra Fría fue escenario de un gran número de pequeñas traiciones, algunas importantes, las más irrelevantes trabajos de espionaje. Tráfico de información, de posicionamiento de tropas, de golpes de Estado inminentes, de movimientos gubernativos, de descubrimientos científicos... Conocimiento, en suma, de los datos innumerables que componen cada detalle de esa aberración que comenzó en 1945 y que todavía hoy llamamos «disuasión» o, con un nombre más acertado, «equilibrio del terror».

Se había producido un cambio histórico sin precedentes: la aparición de un nuevo tipo de guerra, de enfrentamiento soterrado entre imperios, que comenzó probablemente el mismo día en que los soviéticos demostraron en Stalingrado su capacidad para derrotar por sí solos a los fascismos. El miedo surgió entonces en los ánimos del bando aliado ante el avance imparable del Rodillo Ruso hacia occidente. La URSS había reclamado una y otra vez la apertura de un frente occidental para aliviar su agotador esfuerzo bélico y las penurias de los ciudadanos soviéticos, pero la decisión final de los Aliados occidentales de desembarcar en

Normandía respondió más a la necesidad apremiante de colocar un tapón anglo-estadounidenses que contuviera al Ejército Rojo antes de que llegara a la misma Lisboa, que a la apremiante necesidad de acabar de una vez por todas con los nazis. Y todavía más claro, puede decirse que los innecesarios bombardeos nucleares sobre la población civil japonesa en 1945 parecían más destinados a advertir a Moscú que a forzar la rendición de un enemigo acabado.

En este escenario que tuvo sus años más duros —y literarios— entre 1945 y la década de 1960 abundaron los casos de espionaje que, en ocasiones, terminaron en procesos por traición. Como vimos, ya desde la década de 1930 se venían produciendo en la URSS una tras otra de las enloquecidas purgas de Stalin contra políticos, militares y científicos. Unas campañas contra los «traidores a la revolución» que se cobraron las vidas de millones de rusos como el general Andrei Vlasov, Oleg Penkovsky, Pyotr Popov, Gennady Smetanin, etc. Y si en algunos casos, como el de Vlasov, la traición era evidente (pasó información a los nazis), en muchos otros las cosas no estaban tan claras.

Sin embargo, las democracias no quisieron quedarse a la zaga de los grandes dictadores paranoicos. En Estados Unidos, desde los tiempos de la Revolución de Octubre, ciertos políticos ambiciosos y sin escrúpulos (no sólo el siniestro senador McCarthy) desataron cazas de brujas contra personas que, en la abrumadora mayoría de los casos, eran inocentes de los cargos que se les imputaban. Así, tras el triunfo bolchevique de 1917 el atemorizado espíritu yanqui, que parece necesitar desesperadamente la presencia de algún tipo de amenaza, se lanzó a la persecución de agentes «revolucionarios» supuestos o reales como Jack Dunlap, Nelson C. Drummond o Herbert W. Boeckenhaupt, oficiales del ejército, la armada y la aviación respectivamente, acusados de trabajar para la primitiva inteligencia soviética.

Lo cierto es que los juicios por traición y espionaje fueron numerosísimos en ambas potencias. No viene a cuento describirlos en profundidad, pues en muchos casos se trató más de procesos políticos que de traiciones, y en todo caso ninguna cambió la Historia. No obstante, y para ilustración de esa faceta de la política que impregna la ambición de maldad genuina, se pueden recordar algunos nombres como los de Aldrich Ames, Tyler Kent, Alger Hiss, William Perl, Christopher Boyce, Andrew Daulton Lee, Richard Miller, Edward Lee Howard, Ronald W. Pelton, Larry Wu-Tai Chin, Harold Nicholson, Earl Edwin Pitts o John Anthony Walker, todos ellos agentes gubernamentales, la mayoría del FBI y la CIA, que después de la II Guerra Mundial vendieron a la URSS secretos nucleares y militares. Algunos, como Ames o Wu-Tai, lo hicieron durante décadas. Hoy apenas se les recuerda, pero en su día protagonizaron juicios por traición que contribuyeron a fomentar en la población estadounidense un sentimiento de miedo y amenaza que perdura.

En honor a la verdad hay que decir que el contraespionaje estadounidense no se centró sólo en los presuntos comunistas: Jonathan Pollard, agente del United States Naval Investigative Service, trabajó para los servicios secretos de Israel junto a su esposa Anna Pollard durante varios años, en el transcurso de los cuales vendió al Estado hebreo toda suerte de secretos militares. Este traidor tal vez sí cambió algo la Historia, pues se sospecha que parte de la información suministrada contribuyó al desarrollo del programa nuclear israelí.

Aunque la paranoia estadounidense constituye un rasgo básico del carácter de una nación surgida bajo el signo del miedo (no olvidemos que sus fundadores fueron puritanos fanáticos que escaparon de la brutal persecución inglesa y se asentaron en América del Norte para salvar el pellejo), las cosas no eran muy diferentes en otros escenarios de la Guerra Fría.

Por ejemplo, en el Reino Unido cobró cierta fama el caso de los Cinco de Cambridge, un grupo de agentes de la inteligencia británica (Harold Kim Philby, Donald MacLean, Anthony Blunt, Guy Burgess y John Cairncross) que en realidad trabajaban para los soviéticos. Como hacían también Klaus Fusch, ciudadano británico de origen alemán que proporcionó a Moscú importantes secretos atómicos, o Michael Bettaney, que vendió a los rusos información ultrasecreta sobre la organización y los agentes del MI5, la inteligencia militar británica.

Durante décadas los dos bandos de la Guerra Fría invirtieron inmensas cantidades de dinero y recursos en las tareas de captación, corrupción y vigilancia propias del espionaje y el contraespionaje. Los traidores de uno y otro lado se movían por impulsos casi siempre económicos y muy de vez en cuando ideológicos o de otro tipo (venganza, amores). Ocasionalmente se alegaban motivos pintorescos, como pasó con el coronel Boris Yuzhin, quien se pasó a la inteligencia occidental después de «haber saboreado la libertad de las democracias».

Ha quedado para el imaginario colectivo la estampa, un tanto novelesca, del traidor occidental que vende secretos a los rusos, pero también la inteligencia militar soviética estuvo plagada de funcionarios corruptos y agentes dobles. Entre ellos, y sólo por citar algunos nombres, el general Dimitri Fedorovich Polyakov, quien vendió importantes secretos a Estados Unidos aunque, como alegó en su defensa, no por odio a su patria, sino por estar harto del corrupto régimen soviético. También fue célebre el caso del agente del KGB Vitaliy Yurchenko, quien tras escapar a Estados Unidos regresó luego a la URSS sin ser represaliado, de tal forma que nunca se supo a ciencia cierta a cuál de los dos bandos había traicionado más. Muchos otros fueron reclutados por la CIA o el FBI, como el teniente coronel Valery Martynov, el mayor Sergei Motorin, Viktor Gundarev, Sergei Bokhan, Adolf Tolkachev, Leonid Poleschuk o Gennady Varenik, entre muchos otros nombres de una lista de espías poco fiables

que se alargó sobre todo durante la década de 1980, cuando Estados Unidos, gobernado por el actor Ronald Reagan, invirtió millones de dólares del erario público en su obsesivo empeño antisoviético.

En otros países de la órbita comunista se produjeron casos parecidos, como el de Werner Teske, último ciudadano alemán ejecutado en la República Democrática y precisamente acusado de alta traición; o el ex premier húngaro Imre Nagy, acusado de traición por la revolución de 1956 y ejecutado por «capitalista». En general, en el bloque soviético los cargos de traición se camuflaban a veces con términos legales un tanto sorprendentes. Por ejemplo, el también húngaro László Rajk fue acusado nada menos que de «titismo».

En la China de Mao Tse-Tung estos extremos llegaron al delirio. Durante la Revolución Cultural millones de personas fueron detenidas, torturadas y ejecutadas por vagas acusaciones que iban desde «capitalismo» a la traición de toda la vida, con una amplia gama intermedia: «decadentes», «reaccionarios», «enemigos del pueblo», etc. A menudo bajo el manto revolucionario sólo se escondían venganzas personales, ambiciones y, sobre todo, mucho fanatismo.

Lo más chocante de todo es que una de las grandes protagonistas de la Revolución Cultural, Jiang Qing, esposa de Mao, fue detenida en 1976, cuando el cadáver del Gran Timonel estaba aún caliente, y condenada a muerte en 1981 como enemiga del pueblo. El proceso, que bajo las acusaciones rimbombantes típicas de las democracias populares no escondía sino un juicio por alta traición, acusó a Jiang y a sus cómplices de la «Banda de los Cuatro» (Zhang Chunqiao, Yao Wenyan y Wang Hongwen) de haber perseguido, encarcelado y ejecutado a un gran número de ciudadanos chinos inocentes durante la Revolución Cultural y otros estallidos represivos similares. En el caso de Jiang, según indicó el fiscal, muchas de estas actuaciones perseguían un fin personal, ya que la ex primera dama china temía que algunos de los inocentes ejecutados

revelaran su pasado como actriz de poca monta en diversos tugurios de Shanghái antes del triunfo de la revolución maoísta. Los argumentos de la defensa —«Yo era la perra obediente de Mao. Si me ordenaba morder, mordía»— consiguieron que el tribunal conmutara las penas de muerte, y de hecho ni Jiang ni ninguno de los «Cuatro» fue ejecutado, aunque se les condenó a una especie de muerte civil combinada con encarcelamiento perpetuo.

El Caso Rosenberg

No es corriente aprender de errores pasados, sobre todo si los golpes son en cabeza ajena (aunque tanto da que sean en la propia). El caso Rosenberg, quizá el proceso por traición más famoso de toda la Guerra Fría, es un buen ejemplo de ello.

El matrimonio formado por Julius Rosenberg y Ethel Greenglass, ambos de origen judío, era nativo de la ciudad de Nueva York. Él había formado parte del ejército estadounidense durante la II Guerra Mundial y eran lo que se suele llamar dos ciudadanos modelo, salvo por un detalle: ambos se conocieron en la sede de la Joven Liga Comunista, a la que pertenecían. En un país democrático y pluripartidista como presume ser Estados Unidos no es delito pertenecer a organizaciones comunistas. Al menos eso debieron de pensar los Rosenberg hasta su detención a principios de la década de 1950. Tuvieron la mala suerte de servir de chivo expiatorio para la extrema derecha estadounidense durante el periodo de locura anticomunista desatado por el dipsómano senador McCarthy.

Según datos proporcionados por el FBI, Julius trabajaba para el NKVD desde al menos 1942. Además, David Greenglass, hermano de Ethel y detenido previamente por espionaje, no dudó en implicar a su hermana y a su cuñado en la venta de secretos militares a la URSS tras unas

declaraciones poco claras en las que hubo sospechas de soborno, tortura o las dos cosas.

El proceso contra el matrimonio Rosenberg comenzó en 1951, y si bien parece probado que Julius era en verdad un agente soviético, la magnitud de las acusaciones de la Fiscalía no resultan demasiado creíbles. De acuerdo a las evidencias aportadas por el FBI gracias a diversas delaciones, casi podría decirse que la bomba atómica que los soviéticos habían hecho detonar en 1949, poniendo así fin al monopolio nuclear estadounidense, era fruto exclusivo de las informaciones de Julius Rosenberg.

En realidad, incluso en 1951 era complicado creer que un solo hombre pudiera desvelar tantos secretos juntos y de tanta magnitud, pero es que además no existía la menor evidencia, más allá de la sospechosa delación de David, no ya de que Ethel participara en los actos de espionaje de su marido, sino de que siquiera tuviera constancia de los mismos.

La opinión pública, sin embargo, había emitido ya su veredicto y el gobierno de Washington necesitaba explicar al pueblo por qué los rusos tenían también bombas atómicas. El matrimonio Rosenberg pagó el pato con una condena a muerte por los cargos de conspiración, espionaje y alta traición. Para hacernos una idea de cuál era el estado de ánimo de la opinión y la limpieza del proceso judicial, cabe recordar estas palabras del juez Kaufman, encargado del caso:

«Creo que su conducta, al poner en manos de los rusos la bomba atómica [...] es responsable de la agresión comunista en Corea. El resultado han sido más de 50.000 bajas y quién sabe cuántos millones de seres inocentes que tendrán que pagar el precio de su traición.»

La *objetividad* del juez no dejó lugar a muchas maniobras, y así Julius y Ethel fueron ejecutados en la silla eléctrica el 29 de marzo de 1951, con

una premura francamente sospechosa. Y por si esto fuera poco, el resultado del proceso avivó el celo del senador McCarthy, quien se apresuró a poner en marcha su penoso Comité de Actividades Antiestadounidenses. Curiosamente, Julius y Ethel serían los únicos civiles estadounidenses ejecutados en toda la Guerra Fría por cuestiones relativas al espionaje.

Años después la desclasificación de archivos del NKVD y la KGB puso de manifiesto que, en efecto, Julius Rosenberg había trabajado para la inteligencia soviética. Sin embargo, no había evidencias relativas a Ethel, y en todo caso el material proporcionado por Julius nada tenía que ver con la fabricación de armas nucleares.

Con algunas diferencias respecto al Caso Dreyfus —ya que el capitán francés era de verdad inocente de todos los cargos—, el de los Rosenberg constituyó el ejemplo paradigmático de la paranoia estadounidense en los años de la Guerra Fría. Un país aislado, encerrado en sí mismo, que se sentía y se siente aún en un estado de asedio permanente. Los chivos expiatorios siempre son necesarios para el poder, sobre todo en tiempos de políticos mediocres y opiniones públicas atemorizadas. Aunque el tiempo demostró que Julius Rosenberg era un espía, nunca quedó claro que Ethel también lo fuera, y en todo caso se les condenó y ejecutó por unos delitos concretos que no cometieron.

Y de haber sido culpables ¿la traición de los Rosenberg habría cambiado la Historia? Probablemente no, pues los soviéticos investigaban por su cuenta y además disponían de información nuclear obtenida a través de otras fuentes. Por ejemplo, de Donald MacLean, uno de los citados Cambridge Five que pasaron información sobre la bomba atómica británica a los rusos; o del también mencionado Klaus Fusch, el auténtico traidor de esta historia. Fusch, un físico alemán, se encontraba en Inglaterra en el momento de estallar la II Guerra Mundial. Internado en un campo de concentración, aceptó trabajar para los Aliados en el

Proyecto Manhattan, gracias al cual Estados Unidos logró producir las bombas atómicas que se arrojaron sobre los civiles japoneses.

Klaus Fusch fue un auténtico traidor, ya que trabajó para los enemigos de su país y colaboró en la derrota alemana. Y desde luego puso su granito de arena a la hora de cambiar la Historia e inaugurar la siniestra y lamentable Era Atómica. No sólo Klaus, sino los demás *técnicos* (creemos injusto llamarles científicos) que trabajaron en el Proyecto Manhattan (encabezados por J. Robert Oppenheimer) fueron traidores que cambiaron la Historia. Traidores a la humanidad y a la ciencia.

Israel, aprendiz de Goliath

Una de las consecuencias inesperadas de la II Guerra Mundial fue la repentina compasión que Occidente comenzó a sentir hacia los judíos, masacrados por la barbarie nazi durante el conflicto. Perseguidos, ninguneados y humillados durante siglos en toda Europa, la tragedia del Holocausto despertó cierta simpatía por parte de la opinión pública y, por primera vez desde la Diáspora se tomó en consideración la posibilidad de que los judíos tuvieran una patria.

La rapidez con la que se hicieron las cosas sorprende aún hoy, pues el Estado de Israel, superpuesto al territorio histórico de Palestina, se fundó en 1948, apenas tres años después del término de la II Guerra Mundial. Y desde el principio los hebreos recién llegados tuvieron que enfrentarse con la lógica animosidad de los residentes palestinos, que no veían con agrado a esos extranjeros que venían a arrebatárles el país.

Gracias a la ayuda estadounidense Israel pudo consolidarse, vencer a sus enemigos y convertirse en el grave elemento de desestabilización internacional que todavía hoy es. Ahora bien, si consideramos el punto de vista de los israelíes modernos, rodeados de países hostiles, con un territorio pobre —por más sagrado que sea— y una enorme población

palestina en el interior —explosiva quintacolumna social, demográfica y a veces también militar—, podemos comprender su empeño en hacerse con un ejército poderoso.

Israel se convirtió así en un aprendiz de Goliath, en un pequeño coloso regional que invierte una parte considerable de sus ingresos (inversiones y subvenciones estadounidenses, además de la cuantiosa paga anual de las reparaciones de guerra alemanas) en sus fuerzas armadas.

No obstante, el desarrollo de un potente ejército convencional no habría sido suficiente para un país que no cuenta con un solo apoyo firme en la zona, pero que se encuentra sujeto a la amenaza permanente de un ataque exterior desde varios frentes a la vez. Por ese motivo Israel decidió desarrollar un programa de armamento nuclear —que no ha sido nunca vetado ni investigado por las Naciones Unidas— y en la actualidad se calcula que posee un arsenal *disuasorio* de entre 100 y 400 cabezas.

Es en el escenario de esta espiral militar y nuclear, no exenta de tintes mesiánicos, fanatismo religioso y cierto milenarismo, en el que encontramos los grandes ejemplos hebreos de la traición. Algunos de estos traidores se han movido en el terreno resbaladizo del espionaje para potencias extranjeras, como Shabtai Kalmanovitch o el profesor Abraham Marcus Klingberg, ambos acusados de vender secretos militares a la URSS.

Sin embargo, el caso de traición más célebre y polémico en el Israel moderno es el que tiene como protagonista a Mordechai Vanunu, quien trabajó en el programa nuclear israelí durante años. Agobiado por su conciencia —cosa rara en este tipo de personajes que malgastan su capacidad y sus conocimientos en la investigación militar—, en 1986 confirmó ante el periódico londinense *The Sunday Times* que Israel, en efecto, poseía un potente arsenal atómico que había sido desarrollado en secreto y contraviniendo todos los acuerdos internacionales al respecto.

Sin embargo, Israel no supo de esta declaración por la prensa —que se tomó su tiempo para publicarla—, sino a través de Robert Maxwell, propietario del *Sunday Mirror*, quien también recibió la oferta de Vanunu y decidió ponerla en conocimiento del Mossad.

Mordechai fue secuestrado en Roma por agentes del Mossad y llevado a Israel, donde se vio sometido a una pantomima de juicio por alta traición. De hecho Mordechai no había desvelado ningún secreto de importancia: simplemente había confirmado lo que todo el mundo ya sabía. Sin embargo, Israel necesitaba un chivo expiatorio, y para ello había puesto en marcha su procedimiento habitual de desprecio a todas las normas del Derecho: el profesor Vanunu no sólo fue extraditado ilegalmente, sino que se le sometió a un proceso a puerta cerrada sin garantías de ningún tipo, tras el cual fue condenado a cárcel perpetua. Durante los once años siguientes Mordechai estuvo encerrado en una celda aislada, privado de cualquier contacto con otros seres humanos. Cuando se aliviaron levemente sus condiciones de reclusión, aún permaneció encerrado siete años más. En 2004 fue liberado, pero se le mantuvo bajo una especie de muerte civil, con todos sus derechos suspendidos, convertido por la propaganda sionista en el villano número uno de la nación, y sujeto a continuos arrestos y maltratos. Un reflejo moderno y terrenal del inagotable rencor que destila ese dios carente de piedad que aparece una y otra vez como maestro de la ira en los libros sagrados de los hebreos.

Considerado por muchos como un preso de conciencia, Vanunu pagó el pato ante los sectores más derechistas de la sociedad israelí, precisamente los que definen la agresiva política del pequeño país asiático. Por si fuera poco, Vanunu se había convertido al cristianismo (con el apropiado nombre de John Crossman) poco antes de sus declaraciones al *Sunday Times*, lo que fue el colmo para la opinión pública israelí. La «traición» de Mordechai Vanunu quiso cambiar la Historia y

convertir a Israel en un país seguro y en buenas relaciones con sus vecinos, pero el peso inerte de los acontecimientos ha podido más e Israel sigue siendo hoy una pieza peligrosísima en el tablero de juego planetario.

La *War on Terror*

El desmoronamiento de la URSS y su bloque aliado a principios de la década de 1990 abrió ante el mundo unas expectativas ilusorias de cambio político global. De hecho, la desaparición del país que había sido el gran referente durante la mayor parte del siglo XX puede considerarse una catástrofe política de primera magnitud. Privado Occidente de su contrapeso ideológico, pero también militar y económico, Estados Unidos inauguró una nueva era en busca de protagonismo y recursos energéticos. O quizá sólo emprendió una huida hacia adelante para tratar de escapar de su propia y gravísima crisis económica.

Los Estados Unidos de América necesitaban desesperadamente un enemigo que garantizara la cohesión interna y, sobre todo, justificara el gasto militar sin medida que caracteriza a la potencia americana. Sin embargo, la cosa no iba a ser tan fácil. Con una URSS disgregada y convertida al capitalismo y una China cada vez más amistosa y colaboracionista, los primeros pasos de la estrategia de Washington se dirigieron a crear una alianza fantasmagórica a la que se dio en llamar *Eje del Mal*. Esta ilusión política estaría formada por cualquier país que se opusiera a los designios de la política exterior estadounidense —con *potencias* como Cuba, Venezuela o Corea del Norte— y sobre todo aquellos que se negaran a comerciar con Washington o a reconocer el único activo —aparte del ejército— que mantiene en pie una economía agobiada por la deuda exterior: el dólar USA.

En las crisis económicas repentinas de ciertos países que en los comienzos del siglo XXI manifestaron su intención de adoptar el euro como moneda de cambio alternativa al dólar debemos ver no tanto torpeza local, como cierto intervencionismo exterior, a veces un tanto desesperado, de la economía estadounidense, empeñada como es lógico en mantener su papel preponderante en el mundo. Y cuando los sucesos llegan al cruce de aceros, como ocurrió en Irak o en Afganistán, debemos tener en cuenta que los motivos van más allá del control del petróleo y sus rutas de transporte, aunque no sean estos factores secundarios: se trata de mantener en pie al dólar con el respaldo, si no de una economía pujante, sí de un ejército con capacidad para intervenir en cualquier momento allí donde alguien saque los pies del plato.

Es una estrategia arriesgada que requiere del consenso de muchos países aliados o vasallos, los cuales pueden en cualquier momento optar por un cambio de dirección. La fidelidad de los aliados del «Imperio» se mantendrá mientras interese, pero no es improbable que se puedan producir defecciones en el futuro, y si éstas alcanzaran cierta relevancia, sin duda podríamos hablar de traiciones que cambiarán la Historia.

Como asediar o invadir países soberanos por cuestiones económicas deteriora la imagen pública de los gobiernos y aumenta las posibilidades de fractura en el bloque occidental, los estrategas de Washington no dejaron de buscar una justificación más vendible para sus campañas: una supuesta lucha mundial para acabar con el terrorismo. De ahí el afán puesto por la administración del entonces presidente George W. Bush en denominar a sus campañas de agresión como *War on Terror*. La «guerra contra el terror», nada más adecuado de cara a su propia opinión pública en un país en el que sentimientos como el miedo y la culpa forman parte de la idiosincrasia nacional más profunda.

En esta *War on Terror* se produjeron algunas traiciones, aunque la verdad, de muy poca monta. Tan poca como la que tuvo la guerra en sí

(todo el poderío de la OTAN contra ejércitos de tres al cuarto y bandas de delincuentes comunes) o las presuntas potencias del Eje del Mal. Así, durante la campaña contra los talibanes afganos, poco después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, el ejército estadounidense anunció a bombo y platillo la captura de un traidor que luchaba en el campo afgano. Incluso en un sistema de manipulación de medios tan bien organizado como el estadounidense, la figura del joven John Walker Lindh, el «talibán americano» con paradójico nombre de whisky, resultó inaceptable como chivo expiatorio. Este joven californiano convertido al islam, que se unió a las milicias talibanes *antes* de 2001, se mostró en sus comparecencias ante la prensa como un hombre profundamente desorientado y no muy inteligente. Desde luego, una cabeza de turco muy poco creíble e incapaz de justificar el fracaso del espionaje estadounidense a la hora de prevenir los atentados del 11-S. En un juicio poco regular *Johnny Walker* fue condenado a veinte años de cárcel a cambio de no acusarle de traición. Como a otros desafortunados que tuvieron la desgracia de caer en manos del ejército de Estados Unidos, no se formuló ninguna acusación concreta más allá de esa difusa concepción del «combatiente ilegal» que ha supuesto durante años un sin fin de torturas a los musulmanes encerrados en la sentina militar de Guantánamo.

Otros estadounidenses detenidos por su presunta relación con Al-Qaida fueron Lyman Faris y Ronald Grecula. El primero, un camionero de Ohio acusado de conspirar con el grupo terrorista musulmán para destruir el puente de Brooklyn; el segundo, acusado de construir una bomba para Al-Qaida. Los cargos, no obstante, no fueron tanto de traición como de conspiración y terrorismo, por más que este último delito no esté expresamente definido en ningún código legal en ningún país del mundo.

Y de remate, el gran demonio del islamismo, el fundador y jefe de Al-Qaida, Osama ben Laden, sucumbió en el año 2011 a causa de la traición

de uno de sus colaboradores. Tras los atentados del 11-S el gobierno de Estados Unidos no disimuló que buena parte de sus acciones posteriores eran actos de venganza pura y dura, sin atenerse a ninguna norma jurídica nacional o internacional. Así, tras años de búsqueda, los espías norteamericanos (siempre según su propia versión) contactaron en 2009 con un mensajero de Al-Qaida que tenía contacto con Osama. Mediante sobornos y amenazas le convencieron para que denunciara el paradero de su jefe. El 1 de mayo de 2011 el gobierno de Washington anunció la muerte del enemigo público número uno, como resultado de una acción militar ilegal: un comando estadounidense penetró sin permiso en territorio paquistaní, localizó la vivienda de Ben Laden y lo asesinó sin contemplaciones. Más tarde, siempre según la información del gobierno estadounidense, el cuerpo fue arrojado al océano Índico (y aunque no le concedieron la gracia de un juicio justo, sí le otorgaron, al parecer, la de un funeral musulmán). Una traición que no cambió la Historia, como tampoco la pudo cambiar —por suerte— el propio Osama ben Laden.

Pequeñas traiciones de escaso por no decir nulo peso histórico, pero que forman parte de una página del devenir humano que combina ambiciones personales e incompetencia política en grandes dosis y que pueden conducir al mundo, si la sociedad civil no lo impide, a una catástrofe mundial sin precedentes. La humanidad es la que tiene, en este caso, la responsabilidad de saber elegir y deponer a sus gobernantes, que al menos en las democracias no tienen derecho a traicionar al pueblo que les otorga una concesión temporal de poder.

EL FUTURO DE LA TRAICIÓN

La traición ha sido compañera de la humanidad desde el principio de los tiempos, y es algo que no cambiará mientras existan sentimientos como la ambición de poder, el ansia de riquezas, el afán de gloria, el deseo de venganza, el instinto territorial que disfrazamos de patriotismo o... el amor. Estas han sido, a lo largo de los siglos, las causas de la mayor parte de las traiciones que han jalonado la Historia y que a veces la han cambiado.

Hemos visto también cómo la Historia ha evolucionado desde los grandes hechos individuales de la Antigüedad a un carácter cada vez más colectivo de los sucesos, evolución que, por supuesto, ha afectado también al fenómeno de la traición. Si en tiempos remotos un Judas o un Bruto podían, con un único acto, cambiar la Historia más allá de sus propias previsiones, en los tiempos modernos difícilmente el acto de un solo individuo puede tener consecuencias fuera de cierto límite. La traición en la actualidad es casi un trabajo de equipo, y los traidores no son ya visionarios ni grandes ambiciosos, sino funcionarios al servicio de un ejército o de una industria extranjeros. Conservan la ansiedad y a veces el carácter mezquino del traidor clásico, pero no su grandeza ni, desde luego, su influencia sobre los acontecimientos.

Sin embargo, hay algo que no cambia, y es el hecho, que se constata por desgracia una y otra vez, de que el ser humano sigue siendo un animal en el que la preciosa casualidad del raciocinio a duras penas puede con el pesado lastre del instinto. La territorialidad, el tribalismo o el afán acaparador del reptil y el mono que aún anidan en el fondo de nuestros cerebros son los sentimientos que, en última instancia, dominan

la regulación de los Estados, las relaciones internacionales y, por tanto, la Historia.

En el pasado esta característica inherente de nuestra naturaleza ha producido todo tipo de catástrofes, pero en nuestros días una serie de factores añadidos hacen que la posibilidad de un «error» genere consecuencias catastróficas inimaginables hace apenas medio siglo. Tres frentes abren un abismo cada vez mayor ante el aparentemente imparable avance humano:

En primer lugar, desde la década de 1950 la proliferación de armas nucleares hace que penda sobre las cabezas de toda la humanidad la posibilidad de una guerra total de consecuencias devastadoras. Conflicto que no tendría que desatarse necesariamente por iniciativa de una nueva potencia nuclear con un gobierno «impresentable» desde el punto de vista occidental, como los de Irán o Corea del Norte. Recordemos que hasta la fecha el único país que ha utilizado armas nucleares y otros ingenios de destrucción masiva es Estados Unidos. Y en 2006, durante los preparativos para una eventual invasión de Irán, algunos estrategas del Pentágono recomendaron al gobierno de Washington el uso de armas nucleares tácticas contra el ejército persa, propuesta que se repite de vez en cuando.

Por otra parte, la economía mundial —mundializada— carece de normas y regulaciones y funciona como un sistema piramidal gigantesco en el que unos pocos millones de seres humanos viven de manera cómoda y despilfarradora a costa de la penuria de miles de millones de congéneres. La debilidad de una estructura económica de este tipo es manifiesta, y sin llegar a los extremos de una guerra definitiva, la humanidad podría ver cómo todos sus afanes se quedan en nada ante un probable colapso económico generado por un mecanismo productivo y financiero que se caracteriza por un malísimo reparto, una rapacidad sin límite y la ausencia total de previsión.

Por último, la actividad humana produce, como la de cualquier otro animal que prolifera en exceso, un efecto perturbador sobre el delicado equilibrio ecológico. A medida que la especie humana se multiplica, extiende sus infraestructuras y aumenta su producción industrial para mantener en pie a costa de una expansión infinita (imposible, por supuesto) el entramado económico piramidal, el ecosistema mundial se deteriora. Nos encontramos en simbiosis con la Tierra, y a pesar del progreso técnico, nuestra especie no puede sobrevivir si el entorno planetario cambia más allá de cierto punto.

Guerra total, colapso de la civilización, destrucción del ecosistema o, lo más probable, una combinación de las tres cosas, son resultado directo de una actividad humana desmedida y carente de planificación que amenaza nuestra supervivencia no en un futuro remoto ni en un escenario de ciencia-ficción: el proceso ya está en marcha y algunos de sus síntomas son más que evidentes.

Si la humanidad fracasara por culpa de su propia rapacidad ello constituiría la traición definitiva que nos haríamos a nosotros mismos y ni siquiera tendríamos el turbio consuelo de buscar un chivo expiatorio para echarle las culpas. Una traición verdaderamente colectiva, la de una especie ambiciosa pero poco previsora que, como una marabunta enloquecida, acabó muriendo de éxito.

El panorama no es alentador, pero tampoco es un destino inevitable. Está en las manos de todos cambiar las cosas. Así ha sido siempre a lo largo de la Historia y no es diferente hoy. Los pueblos tienen la capacidad —la obligación— de limitar el poder de los gobernantes, de forzar a los consejos de administración de bancos y grandes empresas a reinvertir y repartir mejor sus ganancias, de fomentar la progresiva disminución de los ejércitos hasta su deseable desaparición en el futuro y a exigir el establecimiento de un sistema económico y productivo planetario que no

suponga la miseria para la mayor parte de los seres humanos ni contrate una hipoteca impagable sobre el conjunto planetario.

No hay soluciones fáciles, pero es la responsabilidad de todos evitar esa última traición que, más que cambiar la Historia, acabaría con ella para siempre.

